

ION

06

57

TOLSTOY

LA SALVACION
ESTA EN
VOSOTROS

PG3367

.S5

S2

R. C.



1020025780



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICHARDO GOVARRUBIAS

LA SALVACIÓN ESTÁ EN VOSOTROS

OBRAS DE LEON TOLSTOY

de venta en esta Casa Editorial

<u>LA SONATA DE KREUTZER.</u>	. . .	1 tomo
<u>EL MATRIMONIO.</u>	1 »
<u>AMO Y CRIADO.</u>	1 »
<u>RESURRECCIÓN.</u>	2 »
<u>LOS COSACOS.—IMITACIONES.</u>	. . .	1 »
<u>LA ESCLAVITUD MODERNA.</u>	. . .	1 »
<u>LA VERDADERA VIDA.</u>	1 »
<u>AMOR Y LIBERTAD.</u>	1 »
<u>ANA KARENINE.</u>	2 »
<u>PLACERES VICIOSOS.</u>	1 »
<u>¿QUÉ ES EL ARTE?.</u>	1 »
<u>LA GUERRA Y LA PAZ.</u>	3 »
<u>POLIKUCHKA.</u>	1 »

Conde León Tolstoy

LA SALVACION

ESTÁ EN VOSOTROS

El reino de Dios está entre
vosotros.

(San Lucas, XVII, 21)

TRADUCCIÓN

de

EUSEBIO HERAS



100722

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI.—CALLE DE MALLORCA, 226 Y 228

Buenos Ayres

México

MAUCCI HERMANOS

MAUCCI HERMANOS

Ouyo, 1070

Primera del Relox, 1

1902

37905

234.3

9.

P63367

.55

82



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

Tipografía de la Casa Editorial Maucci, Barcelona.



La salvación está en vosotros

INTRODUCCIÓN

Escribí, en 1884, un libro titulado: *En qué consiste mi fe*, obra en la cual, en efecto, exponía todas mis creencias.

Al expresar mi opinión sobre la doctrina de Cristo, no dije por qué considero que es una herejía la religión oficial llamada cristianismo.

A mi entender, apártase de la de Cristo por muchas divergencias, entre las que al principio incluí la supresión del mando que nos prohíbe oponernos al mal por la fuerza. Más que toda otra, esta diversidad de doctrina demuestra evidentemente hasta qué punto la iglesia oficial ha desnaturalizado los principios de Jesucristo.

Estaba, cual muchísimas personas, por otra parte, muy poco al corriente de cuanto se hizo, dijo ó escribió en los tiempos antiguos respecto á la importantísima cuestión de la irresistencia (1) al mal.

Sabía, sin embargo, lo que pensaban los Padres de la Iglesia. No ignoraba que existieron y que existen sectas que se oponen al servicio militar, y sólo entre los cristianos se admite el armamento. Pero sabía todo esto demasiado imperfectamente para profundizar y dilucidar del todo la cuestión.

Como esperaba, mi libro no fué autorizado por la censura rusa. Sin embargo, gracias quizá á mi notoriedad, gracias también, sin duda, al interés que ofrecían aquellas preguntas, mi trabajo tuvo gran éxito en Rusia, y numerosas traducciones se hicieron en el extranjero (2). Hasta provocó interesantes comunicaciones en apoyo de mi tesis, y también una serie de críticas.

Este choque de ideas, junto con los últimos hechos históricos, aclaró para mí bastantes puntos que habían quedado oscuros, y me llevó á nuevas conclusiones, que formularé más adelante.

Diré primero algunas palabras sobre las comunicaciones que se me hicieron, respecto á la irresistencia al mal; me extenderé después en los comentarios á que esta cuestión dió lugar, de parte de los críticos eclesiásticos ó laicos, y terminaré por conclusiones que me parece se desprenden de este estudio y de los últimos sucesos históricos.

(1) *No resistencia*. En castellano no hay palabra equivalente á la expresión de que se sirve Tolstoy.

(2) Esta obra es muy conocida con el título de «Mi religión».



CAPÍTULO PRIMERO

La doctrina de la irresistencia al mal fué profesada por la minoría de los hombres desde el origen del cristianismo.

Los primeros comentarios á que mi libro dió lugar, me fueron dirigidos por los cuáqueros americanos. Expresando su perfecta conformidad de miras respecto á la ilegitimidad, para el cristiano, de toda guerra y de toda violencia, los cuáqueros me comunicaron interesantes detalles sobre su secta, que, desde hace más de doscientos años, practica la doctrina de Cristo, con relación á la irresistencia al mal por la violencia. Me remitieron al propio tiempo sus periódicos, folletos y libros que tratan de la cuestión, indiscutible para ellos há muchos años, y demostrativa de la falsedad de la doctrina de la iglesia, que admite las ejecuciones y la guerra.

Después de probar, por medio de una serie de razones, apoyadas en textos, que la religión, basada en la concordia y el amor al prójimo, no puede admitir la guerra, es

decir, la mutilación y el asesinato, los cuáqueros afirman que nada contribuye tanto á obscurecer la verdad de Cristo y á impedirle propagarse, como la negación de este principio por hombres que se llaman cristianos.

«La doctrina de Cristo, dicen, entró en la conciencia de los hombres, no por la violencia, sino por la irresistencia al mal, por la resignación, la humanidad y el amor, y sólo puede propagarse por el ejemplo y la concordia entre sus partidarios.

»El cristianismo, según la doctrina de Dios, no puede ser guiado, en sus relaciones con el prójimo, sino por el amor. De consiguiente, no puede existir una autoridad enalquiera capaz de obligarle á obrar de modo contrario á la doctrina de Dios y al espíritu del cristianismo.

»La regla de la necesidad de Estado no puede obligar á hacer traición á la ley de Dios, sino á los que, para los intereses de la vida material, tratan de conciliar lo inconciliabile; mas, para el cristiano que cree firmemente que la salvación está en practicar la doctrina de Cristo, esta necesidad no puede tener ninguna importancia».

La historia de los cuáqueros y el estudio de sus obras, las de Fox, de Penn, y sobre todo los libros de Dymond, me demostraron que la imposibilidad de conciliar el cristianismo con la guerra y la violencia, no sólo fué reconocida hace mucho tiempo, sino que se probó tan clara é indiscutiblemente, que no se puede comprender esta unión imposible de la doctrina de Cristo con la violencia que fué predicada y continúa predicándose en las iglesias.

Además de los datos que me comunicaron los cuáqueros, recibí, en la misma época, igualmente de América, algunos detalles que me eran completamente desconoci-

dos. El hijo de William Lloyd Harrison el célebre defensor de la libertad de los negros, me escribió que en mi libro había hallado ideas expresadas por su padre en 1848, y, suponiendo que me sería interesante conocerlas, me dirigió el texto de un manifiesto ó declaración intitulada *Irresistencia*, escrita por su padre cincuenta años antes.

Esta declaración tuvo lugar en las siguientes circunstancias:

William Lloyd Harrison, examinando, en 1838, en una Sociedad americana que se proponía el establecimiento de la paz entre los hombres, los medios propios para hacer cesar la guerra, llegó á la conclusión de que la paz universal no puede basarse sino en el reconocimiento público del mandato de la irresistencia al mal por medio de la violencia en todas sus consecuencias, tal como lo practican los cuáqueros, con quienes Harrison se hallaba en amistosas relaciones. Llegando á tal conclusión, compuso y propuso á la sociedad la declaración siguiente, que se firmó, en 1838, por muchos de sus miembros:

Declaración de principios aceptada por los miembros de la Sociedad fundada para el establecimiento entre los hombres de la paz universal.

Boston, 1838.

Considerando los firmantes que nuestro deber, en bien propio y en el de la obra querida á nuestro corazón, en bien del país en que vivimos y en el del mundo entero, es proclamar nuestra fe; expresando los principios que profesamos, el fin que perseguimos y los medios que pensamos emplear para llegar á una revolución bienhechora, paci-

fica y general, á continuación enumeramos nuestros principios:

No reconocemos ninguna humana autoridad. Sólo reconocemos un rey y legislador, un juez y jefe de la humanidad. Nuestra patria es el mundo, nuestros compatriotas todos los hombres. Tan querido como el nuestro nos son todos los países, y los derechos de nuestros compatriotas no nos interesan más que los de toda la humanidad. Por esto no admitimos que el sentimiento del patriotismo pueda justificar la venganza de una ofensa ó de un mal causado á nuestro pueblo...

Reconocemos que el pueblo no tiene derecho ni á defenderse de los enemigos de fuera ni á atacarles. Reconocemos también que los individuos aislados no pueden tener este derecho en sus recíprocas relaciones, porque la unidad no puede tener más grandes derechos que los de la colectividad. Si el gobierno no debe resistir á los conquistadores extranjeros, cuyo objeto es arrasar nuestra patria y aniquilar á nuestros conciudadanos, tampoco puede oponerse la violencia á los individuos que amenazan á la tranquilidad y seguridad públicas. Porque la doctrina profesada por las iglesias, según la cual todos los Estados de la tierra fueron establecidos y aprobados por Dios, y las autoridades existentes en los Estados Unidos, en Rusia, en Turquía, etc. emanan de su voluntad, es tan estúpida como blasfemadora. Esta doctrina representa á nuestro Creador como un sér parcial, establecedor é impulsor al mal. Nadie puede afirmar que las autoridades de no importa qué país obran con sus enemigos como lo ordena la doctrina de Cristo. De consiguiente, sus acciones no pueden agrandar á Dios, y no pueden ser establecidas por Él, sino des-

truidas, no á la fuerza, sino por medio de la regeneración moral de los hombres.

Ni reconocemos como cristianas y legales las guerras, — ofensivas ó defensivas, — ni aceptamos organización militar alguna, y consideramos anticristiana toda ley exigiendo este servicio.

De consiguiente, consideramos imposible para nosotros, no sólo todo servicio activo en el ejército, sino hasta toda función cuyo cometido sea mantener á los hombres en el bien bajo la amenaza de prisión ó de sentencia de muerte. Excluimos, pues, de todas las instituciones gubernamentales, rechazamos toda política, y rehusamos todos los honores y todos los empleos humanos.

No reconociéndonos el derecho á ocupar puesto alguno en las instituciones gubernamentales, rechazamos igualmente todo derecho á elegir á otras personas para dichos puestos. Consideramos que no tenemos derecho á recurrir á la justicia para que se nos restituya lo que se nos arrebató, y consideramos que, lejos de perseguirle, obligados estamos á darle nuestra túnica al que nos despojó de nuestro manto.

Sólo profesamos que la ley criminal del Antiguo Testamento—ojo por ojo, diente por diente—se debe á Jesucristo, y que, según el Nuevo Testamento, los fieles perdonarán á sus enemigos en todas las ocasiones, sin acordarse de la venganza.

La historia de la humanidad está llena de pruebas de que la violencia física no contribuye al realce moral, y de que las malas inclinaciones del hombre sólo pueden ser corregidas por el amor; que el mal no puede desaparecer sino por el bien; que no se ha de contar con la fuerza del pro-

pio brazo para defenderse contra el mal; que la verdadera fuerza consiste en la bondad, la paciencia y la caridad; que solamente los pacíficos heredarán la tierra, y que los que á hierro matan á hierro morirán.

En consecuencia, tanto para garantizar más seguramente la vida, la propiedad, la libertad y la dicha de los hombres, como para cumplir la voluntad del que es Rey de reyes y Señor de señores, aceptamos el principio fundamental de la irresistencia al mal por el mal, porque creemos firmemente que este principio, que responde á todas las posibles circunstancias de nuestra existencia y expresa al propio tiempo la voluntad de Dios, debe finalmente triunfar. No predicamos una doctrina revolucionaria. El espíritu de la doctrina revolucionaria es un espíritu de venganza, de violencia y de asesinato, sin temor á Dios, y sin respeto á la humana personalidad. Mientras que nosotros queremos penetrarnos del espíritu de Cristo. Nuestro principio fundamental de la irresistencia al mal por el mal, no nos permite ni complots ni violencias. Nos sometemos á todas las reglas y á todas las exigencias del gobierno, salvo cuando fueren contrarias á las leyes evangélicas. No nos resistiremos si se nos somete pasivamente á castigos que se nos impongan por profesar nuestra doctrina. Soportaremos todos los ataques, sin cesar, por nuestra parte, de atacar al mal donde le encontremos, y nos encaminaremos á la fusión de todos los reinos terrestres en uno solo, el de Nuestro Señor Jesucristo. Consideramos como verdad indiscutible que todo lo contrario al Evangelio será aniquilado sin tardanza. Creemos con el profeta que un día llegará en que las espadas se conviertan en azadas y las lanzas en hoces, y en el que nos sea preciso traba-

jar, en la medida de nuestras fuerzas, para contribuir á la realización de esta profecía. Por esto los que fabrican, venden ó usan armas contribuyen á hacer preparativos de guerra, oponiéndose al poder pacífico del Hijo de Dios en la tierra.

Después de haber expuesto nuestros principios, digamos por qué senda pensamos llegar á nuestro fin. Esperamos vencer «por la locura de la predicación».

Nos esforzaremos para propagar nuestras ideas, y al objeto organizaremos públicas conferencias, repartiremos prospectos y folletos, formaremos sociedades, dirigiremos peticiones á todos los poderes públicos.

En una palabra, nos esforzaremos, por cuantos medios nos sean accesibles, en producir una revolución radical en las opiniones, los sentimientos y las costumbres de nuestra sociedad en lo concerniente á la ilegitimidad de la violencia contra los enemigos exteriores ó interiores. Al emprender esta gran obra, perfectamente sabemos que nuestra sinceridad nos expondrá á crueles pruebas, que se nos tratará como al Mesías, á quien queremos imitar. Mas ello no nos espanta. Depositamos nuestra esperanza no en los hombres, sino en el Señor Omnipotente. Si hemos rechazado toda humana protección, consiste esto en que para sostenernos tenemos nuestra fe, más poderosa que todo.

Por tanto, entregamos á Dios nuestras armas, confiando en la parábola de que el que abandone campos y casas, hermano y hermana, padre y madre, mujer é hijos para seguir á Cristo, recibirá cien veces más y herederá la vida eterna.

Creyendo firmemente, no obstante cuanto se pueda ar-

mar contra nosotros, que el triunfo de los principios aquí expuestos es cosa segura, esto firmamos, confiando en la sabiduría y en la conciencia de los hombres, y más aún en la potencia divina, en cuyas manos nos ponemos.

Como consecuencia de esta declaración, Harrison fundó la sociedad de la Irresistencia y una revista titulada *Irresistente*, en la que desarrollaba su doctrina.

Datos sobre el destino ulterior de esta sociedad y de esta revista, me fueron comunicados por la excelente biografía que de W.—L. Harrison escribiera su hijo. Ni la sociedad ni la revista duraron mucho. La mayoría de los colaboradores de Harrison tuvieron miedo, y sociedad y revista no tardaron mucho en desaparecer.

La profesión de fe de Harrison merecía impresionar fuertemente al público, ser conocida del mundo entero y objeto de un examen profundísimo. Y sin embargo, nada semejante se produjo. No sólo es desconocida en Europa, sino que hasta es casi extraña á americanos, que sin embargo veneran la memoria de aquel Harrison.

Igual indiferencia le esperaba á otro defensor del principio de la irresistencia al mal por el mal. Nos referimos al americano Adin Ballou, muerto recientemente, que por espacio de cincuenta años combatió en favor de esta doctrina.

Para mostrar hasta qué punto se ignora cuanto atañe á esta cuestión, citaré el caso de M. Harrison hijo, autor de una excelente biografía de su padre, en cuatro volúmenes, libro que casi nadie conoce.

He aquí como el citado Ballou se expresa en una de sus obras:

«Jesucristo es mi señor y mi dueño. Prometí abandonarlo todo para seguirle hasta la muerte, igual en la alegría que en el dolor. Pero soy ciudadano de la república democrática de los Estados Unidos, á la que juré ser fiel y sacrificar mi vida, si necesario fuese, para mantener su constitución. Cristo me ordena que no haga á otro lo que no quiera para mí. La constitución de los Estados Unidos me exige que haga á dos millones de esclavos (entonces había esclavos, cuyo puesto decirse puede que ocupan hoy los obreros) lo contrario de lo que quisiera se hiciese conmigo. ¡Y esto no me inquieta! Continúo eligiendo ó haciéndome elegir, ayudo á regentar los asuntos del Estado, hasta me hallo dispuesto á aceptar una plaza gubernamental. ¡Y esto no me impide ser cristiano! ¡Continúo practicando mi religión, no hallo dificultad para cumplir, al propio tiempo, mis deberes con Cristo y con el Estado!

»Jesucristo me prohíbe resistir á los que cometen el mal, y arrancarles ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre, vida por vida.

»El Estado exige de mí todo lo contrario. ¡Ningún medio destructor encuentra costoso!

»¡Y encontramos fácil *practicar el perdón de las ofensas, amar á nuestros enemigos, bendecir á los que nos maldicen, hacer bien á los que nos detestan!*

»Para esto tenemos un clero que ruega por nosotros y suplica las bendiciones de Dios para nuestras santas carnicerías.

»Veo todo esto (la contradicción entre los actos y la doc-

trina), y continuó practicando mi religión y administrando el país, y me glorio siendo á la vez *Cristiano y piadoso servidor fiel del gobierno*. No quiero admitir esta loca concepción de la irresistencia al mal por el mal; no puedo renunciar á mi parte de influencia y abandonar el poder á los hombres inmorales. La constitución dice: «El gobierno tiene derecho á declarar la guerra». ¡Y yo convengo en ello, y lo apruebo, y juro prestarle mi ayuda, y sin embargo no ceso de ser cristiano!

» ¡La guerra es igualmente un deber cristiano! ¿No son obras de cristiano matar á sus semejantes, violar mujeres, arruinar y quemar ciudades y cometer toda clase de crueldades?

» Hora es ya de abandonar todo este pueril sentimentalismo. Es el verdadero medio de perdonar las ofensas y de amar á nuestros enemigos. Mientras las hagamos en nombre del amor, nada más cristiano que estas carnicerías».

En otro folleto titulado: *Hombres que se necesitan para transformar un crimen en obra justa*, dice:

«No debe matarse á un solo hombre: el que le mata es criminal, es asesino. Matar á dos, á diez, á ciento son otros tantos asesinatos. Pero el Estado, el pueblo pueden matar á tantos como gusten, y su acción no será censurable sino gloriosa.

» ¿Por qué uno, diez, cien hombres no deben violar la ley de Dios, mientras que á muchos les es posible?»

He aquí ahora el catecismo que Ballou compuso para sus fieles:

CATECISMO DE LA IRRESISTENCIA

PREGUNTA.—¿De dónde está tomada la palabra *irresistencia*?

RESPUESTA.—De la expresión: No resistas al malo (1).

—¿Qué expresa esta frase?

—Expresa una alta virtud cristiana enseñada por Cristo.

—¿Conviene aceptar la palabra *irresistencia* en su más amplio sentido, es decir, significa que no se ha de oponer ninguna *resistencia al mal*?

—No. Debe comprenderse en el preciso sentido del mandamiento de Cristo, es decir, *que no se volverá el mal por el mal*. Es preciso resistir al mal por todos los medios justos, pero no con el mal.

—¿Cómo Cristo enseñó la *irresistencia* en tal sentido?

—Por medio de las palabras que en tal sentido pronunciara: «Oisteis que se ha dicho á los antiguos: Ojo por ojo, diente por diente». Y yo os digo: No resistais al malo. Si alguien te pega en una mejilla ofrécele la otra, y si te quiere despojar de tu manto entrégale tu túnica.

—¿De quién habla al decir: «Oisteis lo que se dijo»?

—De los patriarcas y de los profetas y de lo que dijeron, contenido en el Antiguo Testamento, que los israelitas suelen llamar la Ley y los profetas.

—¿A qué mandamiento alude Cristo en sus palabras: «Os fué dicho»?

(1) San Mateo, V, 39.

—Al mandamiento por el que Noé, Moisés y los otros profetas conceden derecho á causar un mal personal á los que os causaron mal, á fin de castigar y suprimir las malas acciones.

—Citad esos mandamientos.

—Derramada será la sangre de quien derrame sangre humana (1).

—Morirá de muerte violenta el que causare la muerte de otro hombre.

—Darás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente (2).

—Se castigará igualmente con la muerte al que hiera de muerte á cualesquiera persona...

—Y se ultrajará á cualesquiera hombre cuando éste haya ultrajado á su prójimo.

—Fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente (3).

—Y los jueces se informarán con exactitud, y si ocurriera que el testigo fuera falso y declarase contra su hermano, hazle lo que él quisiera hacer á su hermano...

...Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie. (4)

He ahí los mandamientos de que habló Jesús.

Noé, Moisés y los profetas enseñaron que el que mata, mutila ó martiriza á su semejante, comete el mal. Para resistir á este mal y suprimirle, quieren que el que le haya cometido sea castigado con la muerte, con la mutilación ó con cualquiera otro castigo. Quieren oponer la

(1) Génesis, IX, 6.

(2) Exodo, XXI.

(3) Levítico, XXIV, 17, 19, 20.

(4) Deuteronomio, XIX, 18, 21.

ofensa á la ofensa, el asesinato al asesinato, el sufrimiento al sufrimiento, el mal al mal. Pero Cristo rechaza todo esto. «Os digo—escribe en el Evangelio—que no resistáis al malo, que no respondáis á la ofensa con la ofensa, aun cuando de nuevo la hayáis de soportar». Lo que está permitido está prohibido. Habiendo comprendido qué clase de resistencia enseñan Noé, Moisés y los profetas, sabemos exactamente lo que significa la irresistencia enseñada por el Cristo.

—¿Admitían los antiguos la irresistencia á la ofensa con la ofensa?

—Sí. Pero Jesús la prohibió. El cristiano jamás tiene derecho á privar á nadie de la vida, ni á castigar al que obró mal.

—¿Puede matar ó herir en propia defensa?

—No.

—¿Puede quejarse á la justicia para obtener el castigo del ofensor?

—No; porque lo que hace por medio de los otros, él es realmente quien lo ejecuta.

—¿Puede combatir en el ejército contra los enemigos del exterior ó contra los amotinados del interior?

—Ciertamente que no. Ni aun en la organización de la guerra puede tomar parte. No puede servirse de armas homicidas. No puede resistir á la ofensa por la ofensa, sea solo ó con los otros, obre para sí mismo ó para otros.

—¿Puede voluntariamente reunir y armar soldados para servicio del Estado?

—Nada de esto hará si quiere ser fiel á la doctrina de Cristo.

—¿Puede benévolamente dar dinero para el gobierno,

que está sostenido por la fuerza armada, la pena de muerte y la violencia?

—No, á menos que este dinero no se destine á un fin particular justo, y cuyos medios y alcance sean buenos.

—¿Puede pagar impuestos á gobierno semejante?

—No, voluntariamente no puede pagar impuestos; mas no debe resistir á la percepción de estos impuestos. El impuesto decretado por el gobierno es percibido independientemente de la voluntad de los contribuyentes. No es posible sustraerse á él sin recurrir á la violencia, y el cristiano, que no puede emplear la violencia, debe abandonar su propiedad á las exigencias del poder.

—¿Puede un cristiano ser elector, juez ó agente del gobierno?

—No; la participación en las elecciones, en la justicia, en la administración, nos hace tomar parte en la violencia gubernamental.

—¿Cuál es la principal virtud de la doctrina de la irresistencia?

—La posibilidad de extirpar el mal en su raíz, y tanto en nuestro propio corazón como en el de nuestros semejantes. Esta doctrina reprueba lo que eterniza y multiplica el mal en el mundo. El que ataca á su prójimo ó le ultraja, provoca sentimientos de odio, origen de todo mal. Ofender á nuestro prójimo porque nos ofendió, bajo pretexto de castigo, es renovar una mala acción, es despertar ó al menos librar, animar al demonio, que pretendemos haber rechazado. Satán no puede ser rechazado por Satán; la mentira no se purifica con la mentira, el mal no puede ser vencido por el mal.

La verdadera *irresistencia* es la única resistencia al mal.

Abate la cabeza del dragón. Destruye y hace desaparecer enteramente los malos sentimientos.

—Mas, ya que la idea de la doctrina es justa, ¿resulta realizable?

—Tan realizable como todo bien ordenado por la Sagrada Escritura. El bien, para ser cumplido, no importa en qué circunstancias, exige renunciaciones, privaciones, sufrimientos, y en casos extremos, hasta el sacrificio de la vida. Pero el que más tiende á vivir que á cumplimentar la voluntad de Dios, muerto está ya para la vida verdadera. Tal hombre, al buscar salvación, se perderá.

Y en general, doquiera que la irresistencia pida el sacrificio de una sola vida ó de cualquier dicha esencial de la vida, la irresistencia pide millares de sacrificios semejantes. *La irresistencia conserva; destruye la resistencia.*

Mucho menos peligroso es obrar con equidad que con injusticia, soportar la ofensa que resistirla con la violencia. Ello es muy seguro hasta en nuestra vida actual. Si todos los hombres se abstuvieran de resistir al mal con el mal, la dicha reinaría sobre la tierra.

—Pero, si sólo algunos obraran de este modo, ¿qué sería de ellos?

—Aun cuando un solo hombre obrase de tal modo y los demás acordaran crucificarle, ¿no sería más glorioso para él morir en aras del amor que vivir y llevar la corona de César, salpicada con la sangre de los inmolados? Que uno ó mil hombres decidan no resistir al mal con el mal, ya entre los civilizados ó ya entre los salvajes, á buen seguro que se hallarán más al abrigo de la violencia que los que se apoyan en la violencia. El bandido, el asesino, el pícaro, antes les dejarían tranquilos á ellos

que á los que resistieran armas en mano. El que á hierro mata á hierro morirá, mientras que aquellos que paz busquen, los que fraternalmente vivan, los que perdonen y olviden las ofensas, en su mayoría tendrán paz mientras vivan, y serán bendecidos cuando mueran.

Luego si todos los hombres observaran el mandamiento de la irresistencia, nunca se verían ofensas ni crímenes. Si los fieles estuvieran en mayoría, pronto establecerían el poder del amor y de la benevolencia hasta con los ofensores, sin emplear jamás la violencia. Si se encontraran en minoría, aun ejercerían tal acción moralizadora y regeneradora en la humanidad, que todo castigo cruel sería suprimido: la violencia y el odio serían reemplazados por la paz y el amor. Si constituyeran una pequeña minoría, raras veces tendrían que sufrir algo peor que el desprecio del mundo, y sin embargo, el mundo, sin sospecharlo y sin agradecerlo, progresivamente se iría tornando mejor y más sabio, á causa de una influencia oculta. Aun admitiendo que estos miembros de la minoría fueran perseguidos hasta la muerte, tales víctimas en aras de la verdad dejarían tras sí su doctrina, consagrada ya por la sangre del martirio.

¡Que la paz encuentre á los que buscan paz, y que el amor vencedor sea la herencia imperecedera de toda alma que voluntariamente se someta á la ley de Cristo!

No resistas al mal con la violencia.

ADIN BALLOU

Durante cincuenta años, Ballou escribió y publicó libros casi siempre relativos á la irresistencia. En aquellas obras, notables por la claridad de pensamiento y la belleza del

estilo, la cuestión está examinada bajo todos los posibles aspectos. Hace de la observancia de este mandamiento un deber para todo cristiano que crea que la Biblia es una divina revelación. Pasa revista á todas las objeciones que pudieran presentársele, y victoriosamente las rechaza, reconociendo que si en solo un caso no pudiera admitirse la irresistencia, ello bastaría para probar la falsedad de la regla.

Digo todo esto para expresar el evidente interés que estos trabajos ofrecen á los cristianos. Parece que debían conocer la misión de Ballou y haber admitido ó rechazado sus principios. Pero nada de esto hay.

Más aún que mis relaciones con los cuáqueros, la obra de Harrison padre, la sociedad de la irresistencia que fundara y su declaración me demostraron que hace mucho tiempo se conoce la substitución del cristianismo de Estado á la religión del Cristo, en lo que atañe á la irresistencia al mal con la violencia, y que muchas personas trabajaron y trabajan para probar su evidencia. Pero el destino de Harrison, y sobre todo el de Ballou, desconocido del mundo no obstante sus cincuenta años de trabajos, me convenció de que existe una especie de conspiración del silencio, tácita, pero formal, contra semejantes tentativas.

Ballou murió en Agosto de 1890, y un diario americano, de título cristiano, le consagró un artículo necrológico.

Pero, en el elogio del difunto, de todo se habla menos de la misión á que dedicara toda su vida. Ni aun está mencionada la palabra irresistencia.

Y los trabajos de Ballou, como los de Harrison y los de los cuáqueros, desconocidos son para todos.

Como ejemplo sorprendente del desconocimiento de las obras publicadas en pro de la irresistencia, puede citarse el libro del tcheque Kheltchitsky, desconocido hasta hace poco y aun no publicado.

Poco después de la aparición de la traducción alemana de mi libro, recibí carta de un profesor de la Universidad de Praga, en la que se me advertía de la existencia de una obra inédita, del tcheque Kheltchitsky, muerto en el siglo xv, en cuya obra, titulada *La red de la fe*, Kheltchitsky expresaba, cuatro siglos antes, las ideas contenidas en mi obra. Decía quien me escribía que el trabajo de Kheltchitsky iba á ser publicado, por vez primera en tcheque, en las memorias de la Academia de Ciencias de San Petersburgo. No habiendo podido procurarme este libro, me dediqué á buscar cuanto se supiera de su autor, y en un libro alemán, en el titulado *Historia de la literatura tcheque*, de Pypine, leí:

«*La red de la fe* es la doctrina de Cristo que ha de arrancar el hombre de las oscuras profundidades del océano de la vida y de sus mentiras. La verdadera fe está en la creencia en las palabras de Dios; pero ha llegado el tiempo en que los hombres consideran que la verdadera fe es una herejía. Por esto la razón debe mostrar en qué consiste la verdad, si alguien la ignora. La noche la ocultó á los hombres, quienes ya no reconocen la ley verdadera de Cristo.

«Para explicar esta ley, Kheltchitsky recuerda la organización primitiva de la sociedad cristiana, organización que hoy sería considerada como herejía por la iglesia romana.

«Esta iglesia primitiva fué el ideal de la organización

basada en la libertad, la igualdad y la fraternidad, que hasta la fecha, según Kheltchitsky, son las bases del cristianismo. Que la sociedad vuelva á su pura doctrina, y la existencia de reyes y papas será inútil: la ley del amor bastaría al orden social.

«Históricamente, Kheltchitsky fija el principio de la decadencia del cristianismo en los tiempos de Constantino el Grande, á quien el papa Silvestre convirtió al cristianismo, sin hacerle renunciar á los principios y á las costumbres de los paganos. Constantino, á su vez, dió al papa la riqueza y el poder temporal. Después, ambos poderes unieron sus esfuerzos y los invirtieron en el desarrollo de su grandeza material. Los doctores, los sabios y los sacerdotes sólo pensaron en someter al mundo y en armar á unos hombres contra otros, para que el asesinato y la rapiña se ejercieran. Hicieron que por completo desapareciera la doctrina evangélica de la religión y de la vida».

Kheltchitsky rechaza absolutamente el derecho á la guerra y á las ejecuciones: todo guerrero, *caballero* ó no, es un asesino y un bandido...

Lo propio dice el libro alemán, que contiene, además, algunos detalles biográficos y citas de la correspondencia de Kheltchitsky.

Sabiendo en qué consistía la doctrina de este pensador, con impaciencia esperé la publicación de la *Red de la fe*. Pero pasó un año, luego dos, después tres, y la obra no aparecía. Hacia 1888 me enteré de que la impresión, ya comenzada, había sido suspendida. Me procuré pruebas de lo compuesto, y en ellas comprendí que se trataba de una obra sorprendente bajo todos aspectos.

La idea fundamental de Kheltchitsky es que el cristia-

nismo, habiéndose unido al poder en tiempo de Constantino, y continuando su desarrollo en estas condiciones, ha cesado de ser el cristianismo y hállase por completo corrompido. El título *Red de la fe*, dado á su libro por Kheltchitsky, proviene de haber tomado por epígrafe el versículo del Evangelio que ordena que los discípulos se tornen pescadores de hombres; y, continuando el símil, dice:

«Para sus discípulos, el Cristo cogió á los hombres en la Red de la fe; mas, rompiendo las mallas, los gordos escaparon, y por los agujeros que dejaron huyeron también los pequeños, de manera que la red quedó medio vacía».

Los gruesos peces que rompieron las mallas son los gobernantes: los emperadores, los papas, los reyes, que, sin abandonar el poder, aceptaron no ya el cristianismo, sino su apariencia.

Kheltchitsky enseñó la doctrina que enseñaron y enseñan los *irresistentes*.

El cristiano, segun Kheltchitsky, no sólo no puede ser jefe ó soldado, sino que ni aun puede tomar parte alguna en la administración: no puede ser comerciante ni propietario de un dominio: sólo puede ser artesano ó labrador.

Ese libro de Kheltchitsky es uno de los pocos que escaparon de los autos de fe, y esto es lo que le hace tan interesante.

Mas, aparte de este interés, tal obra, bajo cualquier aspecto que se la mire, es una de las más notables producciones del pensamiento, tanto por la profundidad de sus juicios como por su antigüedad, y á la vez por la energía

extraordinaria y la belleza de estilo popular en que está escrita.

Y, sin embargo, este libro permanece inédito hace ya cuatro siglos, y únicamente le conocen los especialistas.

El mismo hecho se reproduce para todos los trabajos de esta clase. ¡Ni que adeptos, contrarios é indiferentes hubiéranse puesto de acuerdo para no hablar palabra de ellos!

Pero lo más sorprendente es la obscuridad en que han quedado un par de obras, de cuya existencia me enteré al aparecer mi libro. Una, que es de Dymond, titúlase *De la guerra*, editada por vez primera en Londres, en 1824, y la de Daniel Musser, *De la irresistencia*, escrita en 1854.

Muy admirable es que tales obras permanezcan ignoradas, porque, sin hablar de su valor, tratan no tanto de la teoría de la irresistencia como de su aplicación práctica en la vida, y del cristianismo en sus relaciones con el servicio militar; lo que es hoy particularmente importante é interesante, á causa del servicio universal.

Quizá se nos pregunte cuál debe ser la actitud del sujeto cuya religión es inconciliable con la guerra, pero á quien el gobierno exige el servicio militar.

Esta pregunta parece esencial, y el servicio universal da á la respuesta una importancia particular. Todos ó casi todos los hombres son cristianos, y todos los varones adultos son llamados bajo las banderas. ¿Cómo un hombre puede, en calidad de cristiano, responder á esta exigencia? He aquí lo que contesta Dymond:

«Su deber es rechazar dulcemente, pero con firmeza, el servicio militar.

«Ciertos hombres, sin razonamiento bien definido, con-

cluyen, no se sabe por qué causa, que la responsabilidad de las medidas gubernamentales incumbe toda entera á los que gobiernan, es decir, que los gobernantes y los reyes deciden lo que es bueno ó malo para sus súbditos, y que el deber de éstos es obedecer. Creo que este modo de pensar oscurece la conciencia. «Puedo no tomar parte en los consejos del gobierno, y, por consiguiente, no soy responsable de sus crímenes». Verdad que no somos responsables de las arbitrariedades de los gobernantes, pero lo somos de nuestras propias malas acciones, y las cometidas por nuestros gobernantes se tornan nuestras si, sabiendo que lo son, tomamos parte en su cumplimiento... Los que creen que su deber es obedecer al gobierno, y que la responsabilidad de los crímenes cae sobre el soberano, á sí mismos se engañan.

«Se dice: Sometemos nuestros actos á la voluntad de los demás, y estos actos no pueden ser ni buenos ni malos. En nuestros actos no puede haber ni el mérito de una buena acción ni la responsabilidad de una mala, puesto que se cumplen contra nuestra voluntad.

«Lo cual es inexacto: el hombre no puede declinar la responsabilidad de sus acciones. He aquí por qué:

«Si el jefe te mandase matar al hijo del vecino, á tu padre, á tu madre, ¿le obedecerías? Y, si no obedeces, todos los razonamientos caen, porque si no puedes obedecer en un caso, ¿dónde hallarás el límite hasta que el que puedes obedecer? No hay otro límite que el que define el cristianismo, y tan prudente como fácil de observar.

«Negándoos á tomar parte en la violencia, día llegará en que merezcáis la bendición de los que escuchan y cum-

plen órdenes violentas, y en el que el mundo os honrará como causantes de la humana regeneración».

El libro de Daniel Musser está escrito con motivo de la guerra de sucesión para la que el gobierno americano exigió el servicio militar á todos los súbditos. Resulta de actualidad por los argumentos con que condena el servicio militar. En su introducción dice el autor:

«Se sabe que en los Estados Unidos muchas personas niegan la necesidad de la guerra. Se les llama *irresistentes* ó *defenceless* (sin defensa). Niéganse á defender á su país, á combatir contra sus enemigos á petición del gobierno. Hasta los últimos tiempos, esta razón religiosa fué respetada por los gobiernos, y los que la invocaban no servían. Mas, con motivo de la guerra de secesión, la opinión pública se indignó contra tal situación.

«Muchos oradores y escritores predicaron contra la doctrina de la irresistencia, tratando de probar su falsedad, tanto por medio del razonamiento como con ayuda de las Sagradas Escrituras. Esto es lógico, y, en muchos casos, los escritores tienen razón: cuando se trata, por ejemplo, de personas que, negándose á tomar parte en las ventajas del servicio, no rehusan las que el estado social las proporciona; pero no tienen razón en cuanto al principio de la irresistencia».

Ante todo, el autor establece para los cristianos el deber de la irresistencia, por el hecho de que este mandamiento está claramente expresado por Cristo.

Y considera resuelta la cuestión de principio. En cuanto á la otra, relativa á las personas que, no rechazando las ventajas que les procura un gobierno basado en la violencia, niéganse, sin embargo, á servir militarmente, el

autor la estudia en detalle y llega á la conclusión de que el cristiano que obedece á la ley de Cristo, si se niega á ir á la guerra, no puede tomar parte en la administración gubernamental, ni en el poder judicial, ni en el poder electivo.

Más adelante, el autor examina las relaciones existentes entre el Antiguo y Nuevo Testamento, y muestra el significado del Estado para los no cristianos. Expone las objeciones hechas á la doctrina de la irresistencia, y las rechaza, concluyendo:

«Los cristianos no necesitan gobierno, razón por la que no deben obedecerle, ni pueden, con doble motivo, tomar parte en sus acciones».

Sin examinar si la definición del deber del cristiano respecto á la guerra es justa ó no, innegable es la práctica posibilidad y la urgencia de una respuesta á tal pregunta.

Centenas de millares de hombres, los cuáqueros, los menonitas, etc., y muchas personas no pertenecientes á secta alguna, consideran que la violencia, el servicio militar, de consiguiente, es inconciliable con el cristianismo. Por ello todos los años, en nuestro país, en Rusia, algunos hombres se niegan á servir militarmente, basándose en sus ideas religiosas.—¿Y qué hace el gobierno? ¿Les obliga á servir y, en caso de negativa, les castiga?—No...

Así se procedía en 1818. He aquí un extracto del diario, que nadie ó casi nadie conoce en Rusia, de Nicolás Nicolaievitch-Muravief-Karsky, suprimido por la censura:

«2 de Octubre de 1818. Tiflis.

»El comandante me dijo esta mañana que recientemente

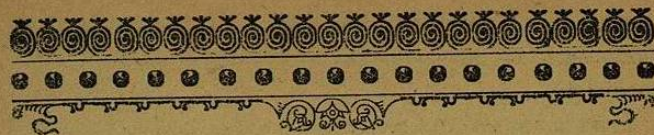
te habían sido enviados á Georgia cinco aldeanos del distrito de Tambof. Estos hombres iban destinados al ejército, pero se niegan á servir. Muchas veces se les ha castigado ya, mas se abandonan sin resistencia á los golpes, á las torturas más crueles, con tal de no ser soldados. «—Dejadnos marchar—dicen;—no nos causéis mal, que nosotros no se le haremos á nadie. Todos los hombres son iguales, y el czar es un hombre como nosotros. ¿Por qué hemos de pagarle impuesto? ¿Por qué hemos de exponer nuestra vida, matando, en guerra, á personas que ningún daño nos hicieron? Podéis hacernos pedazos, que no cambiaréis nuestras ideas.» He aquí lo que dicen estos mujiks, quienes aseguran que como ellos hay muchos en Rusia. Cuatro veces han sido conducidos ante el comité de ministros, y por último se ha decidido comunicar lo que ocurre al czar. Este ha ordenado, para su corrección, que se les envíe á Georgia, con orden al general en jefe de que le envíe un despacho mensual notificándole los progresos de su conversión á ideas más sanas.»

¿Se logró someterles? Nadie lo sabe, ni conoce tampoco el hecho, que se envolvió en el mayor secreto.

Así obraba el gobierno hace 75 años; así obró en la mayoría de los casos, siempre cuidadosamente ocultos para el pueblo; así se obra hoy, salvo en lo que respecta á los alemanes menonitas del distrito de Kherson, cuya negativa á servir militarmente es respetada, y donde, en cambio, se les hace ser aldeanos del gobierno.

En los recientes casos de negativa á servir militarmente por hombres no pertenecientes á la secta de los menonitas, las autoridades procedían como se dijo.

de que esta hostilidad se traduce principalmente en la conspiración del silencio con que ordinariamente se rodean todas sus manifestaciones.



CAPÍTULO II

Opiniones de creyentes y librepensadores respecto á la irresistencia al mal por medio de la violencia.

Los comentarios á que mi libro dió lugar, produjeron en mí esta misma impresión. Adiviné el deseo que se tenía de guardar silencio respecto á las ideas que yo trataba de expresar.

Al aparecer, como me esperaba, el libro fué prohibido. Con arreglo á la ley debió ser quemado. En lugar de esto, los funcionarios empezaron á buscarle, y se repartieron gran cantidad de copias y de autografías, así como traducciones impresas en el extranjero.

Y en seguida aparecieron críticas no solamente religiosas, sino laicas, que el gobierno toleró y hasta inició. De

manera que la refutación de un libro que nadie debió conocer entró en las academias, como tema para trabajos teológicos.

Las críticas de mi libro, rusas ó extranjeras, se dividen en dos categorías: las religiosas, de escritores considerados creyentes, y las de los librepensadores.

Empiezo por las primeras.

Acuso, en mi libro, á los doctores de la iglesia de que á mi entender enseñan una doctrina contraria á los preceptos de Cristo, sobre todo en lo que atañe al mandamiento de la irrisistencia al mal, quitando, por tal motivo, todo su alcance á la doctrina de Cristo.

Los teólogos admiten el Sermón de la Montaña, así como el mandamiento de la irrisistencia al mal por medio de la violencia como revelaciones divinas. ¿Por qué, pues, ya que se decidieron á discutir mi libro, no responden ante todo al punto principal de la acusación? Francamente debían decir si reconocían ó nó obligatoria para los cristianos la doctrina del Sermón de la Montaña y el mandamiento de la irrisistencia al mal por medio de la violencia. En lugar de responder como lo hacen á menudo que, por una parte, no es posible negar, así como, por otra, es imposible afirmar... tanto más cuanto que... etc., claramente debían responder, puesto que con claridad se hace en mi libro la pregunta.

Al aparecer la obra, en lugar de satisfacerme con estas contestaciones, se me reprochó la mala interpretación de tal ó cual pasaje de la Escritura; porque no reconocía la Trinidad, la Redención ni la inmortalidad del alma, disentióse mi extravío.

Se habló de muchas cosas, pero no de la que para todo

cristiano es principal, la más esencialísima en la vida. ¿Cómo puede conciliarse la doctrina claramente explicada por el Maestro y contenida en el corazón de cada uno de nosotros,—perdón, humildad, paciencia, amor á todos, amigos ó enemigos,—con la exigencia de la guerra y de sus violencias contra nuestros conciudadanos y contra los extranjeros?

Las apariencias de respuesta dada á esta pregunta pueden dividirse en cinco categorías. Aquí he reunido no sólo cuanto hallé en las críticas de mi libro, sino cuanto en los pasados tiempos se escribió sobre igual motivo.

La primera y más grosera clase de respuestas consiste en la afirmación aventurada de que la violencia no se halla en contradicción con la doctrina del Cristo, y que está autorizada y hasta ordenada por el Antiguo y Nuevo Testamento.

Las contestaciones por el estilo emanan, en general, de las personas que se hallan en la cima de la jerarquía administrativa ó religiosa, y que se hallan, de consiguiente, perfectamente seguras de que nadie se atreverá á contradecirlas, sabiendo, por otra parte, que ni aun oirían la contradicción. A causa de la embriaguez del poder, dichos hombres perdieron hasta tal punto la noción de lo que es el cristianismo (en nombre del cual ocupan sus puestos), que cuanto de realmente cristiano se halla en él parece herejía, mientras que cuanto en las Sagradas Escrituras puede interpretarse en sentido anticristiano y pagano, se les figura el principio mismo del cristianismo.

En apoyo de la afirmación de que el cristianismo no está en contradicción con la violencia, invocan, con el mayor atrevimiento, los pasajes más equívocos del Anti-

güo y Nuevo Testamento, interpretándolos en el sentido menos cristiano, y citan cuanto les parece justificar la violencia, como la expulsión de los mercaderes del templo y pasajes al consonante.

Según la concepción de tales hombres, un gobierno cristiano no tiene en manera alguna el deber de guiarse por el espíritu caritativo, de perdón de las ofensas y de amor al enemigo.

Inútil rechazar parecida tesis porque los que los que la prohíben se rechazan á sí mismos, ó mejor, porque se apartan de Cristo, imaginando su propio Cristo y su propio cristianismo en lugar de aquel por que existen ellos, la iglesia y la posición que ocupan. Si todo el mundo supiera que la iglesia reconoce á un Cristo vengador, implacable y guerrero, nadie sería partidario de esta iglesia, y nadie defendería sus doctrinas.

El segundo medio—algo menos grosero—consiste en reconocer que el Cristo enseñaba, es verdad, á ofrecer la otra mejilla y dar sus ropas, lo cual es moral elevada; pero... como en la tierra existen una multitud de malhechores, les he de respetar á causa de su fuerza, so pena de ver á los buenos, y al mundo entero, perecer.

Por primera vez hallé tal argumento en Juan Crisóstomo, y pruebo su falsedad en mi citado libro.

Este argumento carece de valor, porque si nos permitimos declarar malo á tal ó cual hombre, y lo ponemos fuera de la ley, destruímos toda la doctrina cristiana con arreglo á la cual todos somos iguales como hijos de un solo Padre celestial. A más de esto, aun cuando Dios nos hubiera permitido la violencia contra los malhechores, como es imposible determinar quién y quién no lo es, ocurriría que los

hombres y las sociedades se considerarían mutuamente malhechores, cosa que hoy existe. En fin, suponiendo que fuera posible distinguir al malhechor del que no lo es, no se le podría apresar, torturar ó ejecutar en una sociedad cristiana, porque no se hallaría persona para cumplimentar tales acciones, puesto que al cristiano le está prohibida toda violencia.

El tercer medio de responder—más sutil que los precedentes—consiste en la afirmación de que el precepto de la irresistencia al mal por medio de la violencia es obligatorio para el cristiano, pero cuando el mal le amenaza á él solo; cesa de ser una obligación cuando el mal va contra un semejante. En tal caso, no sólo no ha de conformarse con el precepto, sino que, por el contrario, á la violencia debe oponer la violencia.

Esta afirmación es completamente arbitraria; imposible hallar su confirmación en toda la doctrina del Cristo. Tal interpretación hace algo más que poner en duda el precepto; es una negación absoluta. Si todo hombre tiene derecho á emplear la violencia para rechazar un peligro que amenaza á su semejante, la cuestión está fuera de lugar; ya no se trata de saber si la violencia está prohibida ó permitida, trátase de saber la definición de lo que para otro puede ser peligroso. Y si mi razonamiento particular pudiera decidir la cuestión, diría que no hay caso de violencia en que no haya peligro para otro. Se ha quemado y ejecutado á los hechiceros; se ejecutó á los aristócratas y á los girondinos; se ejecutó igualmente á sus enemigos, por que los que ocupaban el poder les consideraban un peligro para la nación.

Si esta importante restricción, que reduce á nada la im-

portancia del precepto, hubiera entrado en el pensamiento de Cristo, en alguna parte estaría formulada. No sólo no se la encuentra, sino que, por el contrario, en las predicaciones y vida del Maestro hay una advertencia contra dicha restricción, tan falsa como seductora. Claramente se ve esto en el razonar de Caifás, justamente haciéndose tal restricción. Reconoce que es injusto condenar á Jesús inocente, pero vé el peligro, no para él, sino para el pueblo entero. Y por esto dijo: «Más vale que perezca un solo hombre que no que muera un pueblo». La misma enseñanza se desprende de las palabras dichas á Pedro cuando éste trata de oponer la violencia á la violencia dirigida contra Jesús: «El que á hierro mate, á hierro morirá».

A más de esto, la violencia para defender á un semejante de otra violencia nunca quedará justificada porque, no estando cometido el mal que deseáis impedir, os es imposible adivinar cuál será el mal mayor, si el que tratáis de cometer ó el que pensábais impedir. Ejecutamos á un criminal para desembarazar de él á la sociedad, y nada nos prueba que el criminal no podía haberse enmendado, y que su ejecución no sea una inútil crueldad. Veo que un bandido persigue á mi hija. Tomo una escopeta, apunto, disparo y mato al bandido. Salvo á la joven, pero la muerte del bandido es un hecho cierto, mientras que ignoro qué hubiera ocurrido á la hija mía. ¡Qué inmenso mal debe resultar, y resulta realmente, del derecho reconocido á los hombres á prevenir las desgracias que pudiesen ocurrir! Desde la inquisición á las bombas de dinamita, las ejecuciones y las torturas de decenas de millar de criminales llamados políticos, ochenta y nueve veces por ciento, se basan en dicho razonamiento.

La cuarta categoría de respuestas—más sutiles aun—consiste en afirmar que el precepto de la irresistencia al mal por medio del mal, lejos de ser negado, es, por el contrario formalmente reconocido, como los demás, pero que no se le debe atribuir un significado absoluto, como lo hacen los sectarios. Crear una condición *sine qua non* de la vida cristiana, como Harrison, Ballou y otros, resulta un sectarismo limitado. Este precepto no tiene ni más ni menos alcance que los otros, y el hombre que falta, á causa de su debilidad, á no importa qué mandamiento, comprendido el de la irresistencia, no cesa de ser cristiano si tiene fe.

Esta treta es muy hábil, y muchas personas que desean ser engañadas sucumben fácilmente. Consiste en transformar la negación consciente del precepto en una infracción ocasional. Pero basta comparar la actitud de los ministros de la iglesia respecto á este precepto, y su actitud con los que reconocen realmente, para convencerse de la diferencia entre unos y otros.

Reconocen realmente, por ejemplo, el precepto contra la lujuria, que creen siempre un mal, y enseñan que han de evitarse las tentaciones de la lujuria. En cambio, todos los sacerdotes reconocen casos en que el precepto de la irresistencia puede ser violado, y en este sentido enseñan. Y no sólo no instruyen para evitar las tentaciones, sino que ellos mismos las pronuncian. En ningún caso no aprueban la violencia de ningún otro mandamiento; mientras que, para la irresistencia, profesan abiertamente que no es necesario tomar tal prohibición tan al pie de la letra; que no siempre se ha de sujetar uno á ella, y hasta que hay circunstancias, situaciones que exigen precisa-

mente lo contrario, es decir, en las que se debe juzgar, guerrear, ejecutar. De suerte que, cuando se trata del mandamiento de la irrisistencia, frecuentemente se enseña este precepto como cosa de que se ha de prescindir. La observancia de tal mandamiento es, dicen ellos, difícilísima. ¿Y cómo no, si su violación, lejos de ser reprendida, es aprobada; si se bendice á los tribunales, y las prisiones, y los fusiles, y toda clase de armas, y hasta los combates? Luego no es cierto que este mandamiento sea reconocido, como los otros, por los ministros de la iglesia.

No lo reconocen, mas, no atreviéndose á confesarlo, tratan de disimular su modo de ver.

El quinto modo de responder, que es el más hábil, el más empleado y el más poderoso, consiste en evitar la contestación, fingiendo considerarla resuelta há mucho tiempo y del modo más claro y satisfactorio.

Tal medio es empleado por todos los escritores religiosos demasiado instruidos para desconocer las leyes de la lógica. Sabiendo que no es posible explicar la contradicción existente entre la doctrina de Cristo, que profesamos, según decimos, y nuestro orden social, y que al hablar de ella lo que se consigue es hacerla más evidente, se agitan alrededor de la dificultad más ó menos hábilmente, procurando creer que la cuestión de la conciliación de la doctrina cristiana con la violencia está resuelta ó no existe.

La mayoría de las críticas religiosas que se ocuparon de mi libro emplearon este medio. Por decenas podría citar apreciaciones en las cuales, sin excepción, repítese siempre lo mismo. Se habla de todo, salvo del objeto principal del libro. Como ejemplo característico de tales críticas,

voy á citar el artículo del célebre y sutil escritor y predicador inglés Farrar, gran maestro, como todos los teólogos sabios, en el arte de los rodeos y las reticencias. Este artículo fué publicado en la revista americana *Forum* del mes de Octubre de 1888.

Después de resumir concienzuda y rápidamente mi trabajo, Farrar dice:

«Tolstoy ha llegado á la convicción de que el mundo fué groseramente engañado cuando se aseguró á los hombres que la doctrina de Cristo: No resistas al mal por medio del mal, es conciliable con la guerra, los tribunales, las ejecuciones, el divorcio, el juramento, el patriotismo, y en general con la mayoría de las instituciones de la vida social y política. Hoy cree que el reino del Cielo existirá cuando los hombres sigan los cinco mandamientos de Cristo, á saber:

- »1.º Vivir en paz con todo el mundo.
- »2.º Llevar una vida pura.
- »3.º No jurar.
- »4.º No resistir al mal.
- »5.º No creer en fronteras.

»Tolstoy niega el origen divino del Antiguo Testamento, de las epístolas y de todos los dogmas de la iglesia, y sólo reconoce las palabras y los preceptos de Cristo.

»Mas ¿es justa semejante interpretación de la doctrina de Cristo? ¿Los hombres deben obrar como enseña Tolstoy, es decir, aceptar los cinco mandamientos de Cristo?»

Al leer esta pregunta esencial, única que el autor hace al escribir su artículo sobre mi libro, esperaréis que os diga, con argumentos, si mi interpretación de la doctrina del Cristo es justa ó inexacta. Pero no hay nada de esto,

Farrar se limita á expresar la «convicción» de que Tolstoy, aunque guiado por la sinceridad más noble, ha incurrido en error. ¿En qué consiste este error? No lo explica; dice solamente:

Me es imposible entrar en la demostración de esto, porque las cuartillas que debía escribir están llenas.

Y concluye, con admirable tranquilidad de alma:

«Sin embargo, si el lector se siente atormentado por el pensamiento de que, como Tolstoy, debe renunciar á las habituales condiciones de existencia y vivir como un autómeta, que se tranquilice y viva según la máxima: *El mundo entero juzga libremente* (1).

»Salvo en algunas excepciones, prosigue, toda la cristiandad, desde la época de los apóstoles hasta nuestros días, llegó á la convicción de que el objeto de Cristo era dar á los hombres un gran principio, y no destruir las bases de las instituciones de todas las sociedades humanas, que se fundan en la sanción divina y en la necesidad. Si la misión á mí confiada hubiera sido probar cuán imposible es la doctrina del comunismo, que Tolstoy basa en paradojas divinas (*sic*) que sólo pueden basarse en principios históricos en acuerdo con todos los métodos de la doctrina de Cristo, esto habría exigido más lugar del que se pone á mi disposición».

¡Oh desgracia! ¡No tiene espacio! Y, cosa extraña, muchos años há que nadie tuvo espacio para probar que Cristo, en quien creemos, no dijo lo que dijo. ¡Y sin embargo, se hubiera podido hacer, á haber querido! Verdad que no merece la pena una demostración de lo que todo

(1) «Securus judicat orbis terrarum.

el mundo sabe. Basta decir: *Securus judicat orbis terrarum.*

Tal es, sin excepción, el modo de razonar de todos los creyentes letrados, que comprenden, por consiguiente, la falsedad de su situación.

Y esto mismo se ve en los consejos revisionistas. Ante una mesa, bajo el retrato del emperador, están sentados viejos funcionarios atestadísimos de condecoraciones. Cerca de ellos, con sotana de seda y una gran cruz sobre el pecho, un sacerdote venerable mueve los labios... Se llama á Ivan Petrof. Un adolescente mal vestido, sucio, asustado, avanza, con el rostro descompuesto, los ojos inquietos y febriles, y en voz baja y trémula:

—Yo... la ley... como cristiano...—balbucea.

—¿Qué está diciendo?—pregunta con impaciencia el presidente, que guiña los ojos escuchando y alzando la cabeza de su libro.

—¡Hablad más alto!—grita el coronel, cuyos galones brillan.

—Yo... yo... como cristiano...

Por último, logra saberse que el joven no desea servir militarmente porque es cristiano.

—¡No digas necedades! Ponte en la talla. Amigos, ¿queréis medirle? ¿Util?

—Util.

—Padre mío, hacedle jurar.

No sólo nadie se ha turbado, sino que ni aun se presta atención á lo que, espantado, murmura el adolescente.

—Todos quieren decir algo, cual si tuviésemos tiempo para oírles. ¡Quedan aun tantos para examinar!...

El infeliz parece querer decir algo.

—Esto va en contra de la religión de Cristo.

— ¡Basta, basta! No se os necesita para saber lo que es contrario á la ley y lo que está de acuerdo con ella. ¡Ea, marchaos! Padre mío, catequizado. Venga el siguiente: ¡Vassili Nikitine!

Y el adolescente es sacado de allí, todo tembloroso.

¿Y quién sospecha que aquellas palabras sin ilación del mozo contienen la verdad, mientras que en los discursos de los funcionarios y del sacerdote enciérrase la mentira?

Los artículos de Farrar producen igual impresión.

He aquí, pues, el quinto medio de controversia, el más eficaz para velar la contradicción en que el cristianismo oficial se ha colocado, profesando la doctrina del Cristo en teoría, pero renegando de ella en la práctica.

Los que tratan de justificarse por el primer medio, afirman abiertamente, brutalmente que Cristo autorizó la violencia, las guerras, el asesinato, apartándose convenientemente de la doctrina evangélica. Los que se defienden con el segundo, tercero y cuarto medios, ellos mismos se embrollan en su contradicción, y fácil sería convencerles de que se engañan; pero los últimos, que no se dignan razonar, que se refuerzan con su grandeza, que aparentan creer que todas las preguntas están há tiempo contestadas, estos supuestos impasibles permanecerán impasibles mientras los hombres se hallen bajo la sugestión hipnotizadora de los gobiernos y de las iglesias. Tal fué, respecto á mi libro, la actitud de los teólogos, es decir, de los que profesan la religión cristiana.

Cierto que no esperaba más de ellos. Pero sí confiaba en los librepensadores, que no están ligados por la fe y pueden expresarse libremente: esperaban que los libre-

pensadores hablaran de Cristo no únicamente como del fundador de una religión de salvación personal (según lo comprenden los partidarios de la iglesia), sino como de un reformador, además, que derribando las antiguas bases sociales creaba otras nuevas; reforma todavía no completa, pero tras de la cual se da un paso por día.

Esta concepción de la doctrina de Cristo es la de mi libro. Con gran admiración mía, entre las numerosas críticas que provocó, ni una sola, rusa ó extranjera, trató la cuestión desde este punto de vista, es decir, considerando la doctrina de Cristo como una doctrina filosófica, moral y social (según la expresión de los sabios).

Las críticas laicas rusas no han visto en mi libro sino el precepto de la irresistencia al mal, y (probablemente para comodidad de la objeción) comprendieron este precepto en un sentido absoluto, esto es, como la prohibición de toda lucha contra el mal. Le atacaron con furor, y demostraron, durante muchos años, que la doctrina de Cristo es falsa puesto que prohíbe oponerse al mal. Rechazaron esta pretendida doctrina del Cristo con tanto mayor éxito cuanto que sabían, de antemano, que su argumentación no sería discutida, puesto que la censura había prohibido el libro, y prohibiría, de igual modo, un artículo en su favor.

Las críticas laicas rusas ignoran visiblemente lo que se ha hecho con relación al examen de la cuestión de la irresistencia al mal por medio de la violencia, y en ocasiones hasta parecen suponer que inventé personalmente esta regla, motivo por el cual ellos la atacaban, la rechazaban y la falseaban cada vez con más calor. De antemano establecían argumentaciones examinadas bajo todos aspectos y

rechazadas antiguamente, para probar que el hombre debe defender violentamente á los débiles y oprimidos, y que, de consiguiente, la doctrina de la irresistencia al mal por medio de la violencia es una doctrina falta de moral.

Para las críticas rusas, todo el alcance de la predicación de Cristo aparece como un pretendido impedimento voluntario de cierta acción dirigida contra lo que entonces se consideraba un mal. De manera que la irresistencia al mal por medio de la violencia fué atacada de dos modos distintos: por los conservadores, porque aquel principio estorbaría la resistencia al mal causado por los revolucionarios, su persecución y su ejecución, y por los revolucionarios, porque tal principio impedía la resistencia al mal causado por los conservadores y su destronamiento. Los conservadores se indignaban porque la doctrina de la irresistencia estorbaba el aniquilamiento de los revolucionarios, comprometiendo el bienestar de la nación; los revolucionarios se indignaban porque la susodicha doctrina, impidiendo el destronamiento de los conservadores, comprometía el bienestar de la nación. Lo notable es que los revolucionarios atacasen el principio de la irresistencia al mal por medio de la violencia, el más terrible, el más peligroso para todo despotismo, puesto que desde que el mundo existe todas las violencias se han basado en el principio contrario.

Además, las críticas rusas objetaban que la aplicación en la vida práctica de aquel precepto apartaría á la humanidad de la senda de civilización. Luego la senda de civilización que siguen los pueblos europeos es, á su entender, la que necesariamente ha de seguir toda la humanidad.

Las críticas extranjeras estaban concebidas por el estilo, pero diferían algo en las objeciones. Se distinguían de las críticas rusas no sólo por su fondo, sino también por su urbanidad y menor apasionamiento en la forma. Hablando, con motivo de mi libro, de la doctrina evangélica en general, según se halla establecida en el «Sermón de la Montaña», los críticos extranjeros afirmaban que esta doctrina no es, propiamente hablando, la del cristianismo (que, á su entender, está representado por el catolicismo ó protestantismo), sino simplemente una serie de utopías encantadoras, pero no prácticas, del *doctor encantador*, como decía Renán, admisibles para los semisalvajes que habitaban la Galilea mil ochocientos años atrás, ó para los semisalvajes mujiks rusos, Sutaief, Bondaref y el místico Tolstoy, pero absolutamente inaplicables á las sociedades europeas de alta cultura.

Las críticas laicas extranjeras hicieronme sentir, de un modo delicado y sin ofenderme, que sólo yo puedo suponer á la humanidad de hoy capaz de conformarse con la sencilla doctrina del «Sermón de la Montaña», gracias á mi carencia de saber, á mi ignorancia de la historia y de todas las vanas tentativas antiguamente hechas para poner en práctica en la vida los principios de tal doctrina. Hicieronme comprender que desconocía el alto grado de civilización á que hoy han llegado las naciones europeas.

«La doctrina de Cristo no es practicable porque no corresponde á nuestro siglo industrial», — decía sencillamente Ungersal, expresando franca y claramente la opinión de las personas instruidas y refinadas sobre la doctrina de Cristo.

¡No es practicable en nuestro siglo industrial! ¡Como si la organización, tal cual existe, fuera sagrada é inmodificable! Esto es como si los borrachos respondieran, al consejo de hacerse más sobrios, que el consejo estaba fuera de lugar, por dárselos en estado de embriaguez.

Las opiniones de todos los críticos, rusos ó extranjeros, no obstante la diferencia de tono y de forma, encerraban la misma vulgar y extraña equivocación, es decir, que la doctrina de Cristo, en la que uno de los principios es la irresistencia al mal por medio de la violencia, no es aplicable para nosotros, porque nos obligaría á cambiar de existencia.

La doctrina de Cristo no es posible porque, si se siguiera, nuestra manera de vivir no podría continuar. En otros términos, si hubiéramos comenzado viviendo bien, según Cristo enseña, no hubiéramos podido vivir mal, como lo hacemos, y como estamos acostumbrados á hacerlo. Respecto á la irresistencia al mal, no sólo no puede aceptarse, sino que el solo hecho de tal prescripción en el Evangelio es prueba suficiente de la imposibilidad de toda la doctrina.

Y sin embargo parece preciso dar una solución cualquiera á este problema, porque él es la base de nuestro orden social.

La dificultad está ahí. ¿Cómo resolver el antagonismo de personas, unas de las cuales tiran hacia el bien y otras hacia el mal? Porque declarar malo aquello que me lo parece, no obstante la seguridad de mi adversario, que lo cree bueno, todo es menos respuesta. Sólo puede haber dos soluciones: hallar un criterio verdadero, indiscutible ó no resistir al mal con el mal.

La primera solución fué buscada al principiar los tiempos históricos, y, como sabemos, no dió ningún resultado satisfactorio. La segunda solución es no resistir por medio del mal á lo que llamamos mal, hasta que no hayamos hallado un criterio justo, que es lo que Cristo enseña.

Puédese decir que esta solución no es buena, pero posible es reemplazarla con otra mejor, dando un criterio que fije para todo el mundo lo que se entiende por mal. Pueden considerarse inútiles estas cuestiones, como lo hacen los pueblos salvajes; mas no como los críticos versados en el estudio de la doctrina evangélica, aparentar creer que estas cuestiones no existen ó que fueron resueltas por el derecho reconocido á ciertos hombres, ó á ciertas clases de hombres (sobre todo si formamos de ellos parte), para definir el mal y oponerse á él por medio de la violencia. Tal atribución nada resuelve, lo sabemos, puesto que siempre hay hombres que se niegan á reconocer tal derecho en los demás.

Los críticos laicos de la doctrina cristiana, ó no comprenden la cuestión, ó basan sus argumentos en una definición arbitraria del mal, definición que les parece indiscutible. De manera que los estudios sobre mi libro, laicos ó religiosos, me probaron sencillamente que la mayoría de los hombres no comprenden, no ya las palabras de Cristo, sino que ni aun se explican las preguntas á que responden.



CAPÍTULO III

El cristianismo mal comprendido por los creyentes

Por consiguiente, los datos que adquirí después de publicar mi libro, tanto sobre el modo de comprender la doctrina de Cristo en su verdadero significado por una minoría de pensadores, como sobre las críticas religiosas ó laicas que provocó, y que niegan la posibilidad de comprender la doctrina de Cristo en su significado literal, me convencieron de que, mientras que para la minoría esta doctrina, lejos de cesar de ser comprensible, tornábase aún más clara, para la mayoría, su sentido se volvía más obscuro cada vez. Esta obscuridad llegó á tal grado, que los hombres no comprenden ya ni las nociones más sen-

cillas expresadas en el Evangelio con las más sencillas palabras.

Hoy, que la luz de la doctrina de Cristo ha penetrado hasta en los rincones más sombríos de la conciencia humana, hoy que, como dijo Cristo, se grita fuertemente lo que él dijo al oído; cuando esta doctrina se mezcló á todas las manifestaciones de la vida familiar, económica, social, política é internacional, inexplicable sería que fuera incomprendida, si para ello no había otras causas especiales.

Una de estas causas consiste en que los creyentes, como los ateos, están firmemente convencidos de que comprendieron há mucho tiempo, tan completa, tan positiva y tan definitivamente la doctrina cristiana, que es imposible atribuirle otro sentido que el que ellos la dan. Y su falsa interpretación se fortifica con la antigüedad de la tradición.

La corriente más abundosa no puede agregar una gota á un vaso que ya está lleno.

Al hombre más limitado se le pueden explicar las cosas más abstractas, si de ellas no tiene noción; pero no se puede explicar la cosa más sencilla al más inteligente, si se halla firmemente convencido de que sabe lo que se le quiere hacer comprender.

La doctrina de Cristo preséntase á los hombres de nuestro tiempo como una doctrina perfectamente conocida há mucho tiempo y que no puede ser comprendida de otro modo que como lo está.

El cristianismo es hoy para los fieles una revelación sobrenatural, milagrosa, de todo lo que se dice en el Credo. Para los librepensadores es una manifestación apura-

da de la necesidad que tienen los hombres de creer en lo sobrenatural, un fenómeno histórico que encontró su expresión definitiva en el catolicismo, la ortodoxia, el protestantismo, y que para nosotros no tiene significado práctico.

El alcance de la doctrina es ocultado á los creyentes por la Iglesia, y á los librepensadores por la ciencia.

Hablemos de los primeros desde luego.

Hace mil ochocientos años, en mitad del mundo romano apareció una nueva doctrina, extraña, no semejante á ninguna otra, y que se atribuía á un hombre, á Cristo.

Aquella doctrina era completamente nueva, tanto en la forma como en el fondo, para el pueblo judío que la había visto surgir, y sobre todo para el mundo romano, en el que era predicada y propagada.

En medio de las reglas religiosas, demasiado complicadas en el mundo judío, donde, según Isaías, había precepto sobre precepto, y de la legislación romana, llevada al último grado de perfección, surgió una doctrina que negaba no sólo todas las divinidades, sino las instituciones humanas todas y hasta su necesidad. En lugar de todas las reglas de las antiguas creencias, aquella doctrina sólo daba un modelo de perfección interior, de verdad y de amor, en la persona de Cristo, y, como consecuencia de esta perfección interior, la perfección exterior predicada por los profetas: el reino de Dios, donde todos los hombres, no sabiendo odiar, estarían unidos por el amor, donde el león estaría junto al cordero. En lugar de amenazas de castigo, en lugar de recompensas, aquella doctrina sólo llamaba á sí porque era la Verdad.

El que quiera saber si esta doctrina viene de Dios, que la siga (1).

Tratáis de matarme, á mí, que os digo la verdad.— Conoceréis la verdad, y la verdad os libertará. No se debe obedecer á Dios sino con la verdad. Toda la doctrina será revelada y comprendida por el espíritu de la verdad. Haced lo que os digo; sabréis si lo que digo es la verdad (2).

No se adelantó ninguna otra prueba de la doctrina más que la verdad, el acuerdo de la doctrina con la verdad. Toda la doctrina consistía en conocer la verdad y en observarla, en aplicarla poco á poco á la vida práctica.

Según aquella doctrina, solamente por prácticas tornábase justo el hombre. Los corazones se elevan á la perfección interior gracias á Cristo, modelo de verdad, y á la perfección exterior en la realización del reino de Dios. El cumplimiento de la doctrina no está sino en la marcha por la senda indicada, en la persecución de la perfección interior por medio de la imitación de Cristo, y de la perfección exterior por medio del establecimiento del reino de Dios. La dicha mayor ó menor del hombre depende, según tal doctrina, no del grado de perfección á que pueda llegar, sino de su marcha más ó menos rápida hacia dicha perfección.

Toda situación, según esta doctrina, no es sino una etapa en la vía de la perfección interior y exterior irrealizable. Por ello no tiene importancia. La dicha consiste en hallar la perfección; la detención en no importa qué grado es también un retardo en la dicha.

«Que ignore la mano izquierda lo que haga la derecha».

(1) San Juan, VII, 17.

(2) San Juan, VII, 32, 46.

«El trabajador que toma la esteva y mira hacia atrás no está seguro del reino de Dios». «No os regocije que los demonios os obedezcan; tratad de que vuestro nombre sea inscrito en el cielo». «Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial». «Buscad el reino de Dios y su verdad». El cumplimiento de la doctrina no consiste sino en la marcha incesante hacia la posesión de la verdad cada vez más alta, en la realización en sí mismo de esta verdad cada vez más grande, por medio de un amor cada vez más ardiente, y, fuera de sí, en la realización cada vez más completa del reino de Dios.

Es evidente que tal doctrina, apareciendo en medio del mundo judío y del mundo pagano, no pudo ser aceptada por la mayoría de los hombres, habituados á una vida completamente distinta á la que se les exigía. Ni aun por los que la aceptaron podía ser comprendida en su significado verdadero, porque era contraria á todas las antiguas concepciones de la vida.

Sólo después de una serie de falsas interpretaciones, de errores, de explicaciones limitadas, rectificadas y completadas por muchas generaciones, el cristianismo se ofreció á los hombres más claro cada vez. La concepción evangélica influyó sobre las del judaísmo y del paganismo, y el paganismo y el judaísmo dejaron huella, á su vez, en el cristianismo. Pero la concepción cristiana, más viva, cada vez rebajaba más al judaísmo y al paganismo expirante, y aparecíase más clara cada vez, desembarazándose de los elementos malos, que habíanse unido á ella. Los hombres, comprendiendo mejor cada vez el sentido cristiano, le realizaban cada vez más en la vida.

Cuanto más envejecía la humanidad, más clara veía la doctrina del Cristo; no podía ocurrir otra cosa, tratándose de una doctrina social.

Las generaciones sucesivas corregían los errores de las anteriores generaciones, y se aproximaban más cada vez al verdadero sentido de la doctrina. Esto es lo que ocurrió desde los primeros tiempos del cristianismo. En cuanto apareció, hombres hubo que afirmaron que su manera de explicar la doctrina era la sola justa, probándolo con fenómenos sobrenaturales que confirmaban la exactitud de su interpretación.

He aquí la causa principal de que la doctrina fuera primeramente mal comprendida, y á continuación desnaturalizada.

Admitido está que la doctrina del Cristo se transmite á los hombres, no como cualquiera otra verdad, sino por vía especial, sobrenatural. De manera que está demostrada, no por su lógica y su acuerdo con las necesidades de la vida humana, sino por el carácter milagroso de transmisión.

Esta suposición, nacida de la comprensión imperfecta de la doctrina, dió como resultado la imposibilidad de comprenderla mejor.

Esto tuvo lugar en los primeros tiempos, cuando se interpretaba la doctrina de una manera tan completa y á menudo tan falsa, como lo vemos en los Evangelios y en los Actos. Cuanto peor comprendida es, más misteriosa aparecía y más necesario era dar pruebas exteriores de su verdad. El precepto: «No hagas á otro lo que para tí no quieres», no necesita ser demostrado con ayuda de milagros, ni exige un acto de fe, porque es convincente por sí

mismo, y satisface á la vez á la inteligencia y al instinto humano, mientras que la divinidad del Cristo precisaba ser probada con milagros absolutamente incomprensibles.

Cuanto más obscura era la noción de la doctrina del Cristo, más elementos milagrosos uníanse á ella; cuanto más se mezclaba con ella lo maravilloso, más ella se apartaba de su sentido y más obscura se tornaba; cuanto más se apartaba de su sentido y más obscura se tornaba, más preciso era afirmar con fuerza su infalibilidad y más incomprensible se tornaba.

Desde los primeros tiempos puédesse ver, según los Evangelios, los Actos, las Epístolas, como la inteligencia del exacto sentido de la doctrina reclamaba la necesidad de pruebas milagrosas.

Esto comenzó, según el libro de los Actos, en la reunión en que los apóstoles examinaron, en Jerusalem, la cuestión del bautismo de los incircuncisos y de los que comen carnes procedentes de sacrificio.

La sola manera de establecer la cuestión mostraba que los que la trataban no comprendían la doctrina del Cristo, que excluye toda ceremonia exterior. He aquí por qué la cuestión de que hablamos sólo pudo nacer de hombres poco amantes del Maestro, que sentían la grandeza de su doctrina, pero que aun no la comprendían bien claramente. De consiguiente, una confirmación exterior de su interpretación les era tanto más necesaria cuanto que aquella interpretación no era exacta. Y para resolver aquella cuestión, la asamblea pronunció las nefastas y terribles palabras: «Lo queremos nosotros y el Espíritu Santo».

Por primera vez, los apóstoles afirmaban la exactitud

de sus decisiones de un modo exterior, es decir, apoyándose en la participación milagrosa del Espíritu Santo, dicho de otro modo, de Dios. Pero la afirmación de que el Espíritu Santo, es decir, Dios, habló por medio de los apóstoles, también debía probarse; y entonces se dijo que, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo bajaría en forma de lenguas de fuego sobre los que se afirmaba (En el relato, el descendimiento del Espíritu Santo precedió a la deliberación, pero los Actos fueron escritos mucho después). Mas también era preciso confirmar la bajada del Espíritu Santo para aquellos que no vieron las lenguas de fuego (aun cuando sea incomprensible que una lengua de fuego pruebe que la persona sobre quien se halle siempre dirá absolutas verdades); y entonces fué preciso producir otros milagros: curaciones maravillosas, resurrecciones, muertes, todos los milagros, en fin, de que está lleno el libro de los Actos, y que no sólo no pueden convencer á nadie de la verdad de la doctrina, sino que deben, por el contrario, hacerla más dudosa.

Tal manera de afirmar la verdad daba la consecuencia de apartar la doctrina de su sentido primitivo y de hacerla tanto más incomprensible cuanto que en ella se acumulaban los relatos de milagros.

Esto es lo que ocurrió en los primeros tiempos, y esto siguió en aumento, llegando, en nuestra época, á los dogmas de la transubstanciación y de la infalibilidad del papa, de los obispos, de las Escrituras, es decir, hasta la exigencia de una fe ciega, incomprensible hasta el contrario-sentido, no en Dios, ni en el Cristo, ni en la doctrina, sino en una persona, como en el catolicismo; en personas, como en la ortodoxia, ó en un libro, como en el protestantis-

mo. Cuanto más el cristianismo se propagaba, más adeptos no preparados recogía y menos comprendido era. Cuanto más enérgicamente se afirmaba la infalibilidad de la interpretación oficial, menos posible era conocer el verdadero sentido de la doctrina. Ya, en tiempos de Constantino, reducíase á un resumen, confirmado por el poder secular,—resumen de las discusiones habidas en el concilio,—el símbolo de la fe, donde está dicho: «Creo en esto... en esto... en esto, y finalmente en una iglesia universal, sagrada y apostólica, es decir, en la infalibilidad de las personas que se denominan la iglesia». De manera que ya todo se ha hecho para que el hombre no crea ni en Dios ni en Cristo tales como se revelaron, sino únicamente en lo que la iglesia manda se crea.

Pero la iglesia es sagrada. La iglesia fué fundada por Cristo. Dios no pudo dejar á los hombres la libertad de interpretar arbitrariamente su doctrina; por ello, estableció la iglesia. Todas estas máximas son á tal punto falsas y sin fundamento, que vergüenza da refutarlas. En ninguna parte, en ningún indicio (salvo en la afirmación de las iglesias) se ve que Dios ó Cristo fundaran algo semejante á lo que los fieles denominan iglesia. Hay, en el Evangelio, una indicación contraria á la iglesia como autoridad exterior, indicación de las más claras y más evidentes; refiérome al pasaje en que se dice que los discípulos de Cristo á nadie deben llamar maestro ni padre. Pero ninguna mención se hace del establecimiento de lo que los hombres llaman iglesia.

La palabra iglesia está empleada dos veces en el Evangelio: una vez en el sentido de asamblea definidora de una cuestión dudosa, otra al mismo tiempo que las pala-

bras obscuras sobre la piedra, Pedro y las puertas del infierno. De estas dos menciones de la palabra iglesia, menciones cuyo significado es la palabra como conjunto, se dedujo lo que hoy conocemos con el nombre de iglesia. Pero Cristo no pudo en ningún caso fundar la iglesia, lo que nosotros entendemos por tal palabra, porque nada que se asemeje á la concepción de la iglesia actual se encuentra en las palabras de Cristo, en el pensamiento de los hombres de su época.

El hecho de que lo después formado se conozca bajo un nombre que Cristo empleó en sentido diferentísimo, no permite afirmar que Cristo fundara la única y verdadera iglesia.

Además, si realmente hubiera establecido una institución como la iglesia, sobre la que se basan toda la doctrina y toda la fe, hubiéralo hecho en términos tan precisos y tan claros, y habría dado á aquella iglesia única y verdadera, en lugar de los milagros que se emplean en todas las supersticiones, signos tan evidentes, que respecto á su realidad no cabría la menor duda. Pero no hay nada semejante, y, como en otro tiempo, existen hoy distintas iglesias, cada una de las cuales intitúlase única y verdadera.

El catecismo católico dice:

«La iglesia es la asociación de los fieles establecida por Nuestro Señor Jesucristo, propagada en toda la tierra y sometida á la autoridad de los pastores legítimos, principalmente á nuestro Santísimo Padre el papa», comprendiendo en las palabras «pastores legítimos» una institución humana que á la cabeza tiene su papa y que se com-

pone de ciertas personas ligadas entre sí por cierta organización.

El catecismo ortodoxo dice:

«La iglesia es una asociación fundada en la tierra por Jesucristo, reunida en un solo todo por una sola doctrina y los sacramentos, bajo la dirección y bajo el amparo de la jerarquía establecida por Dios», comprendiendo en las palabras «jerarquía establecida por Dios» la jerarquía griega, precisamente, formada por tales ó cuales personas establecidas en tal ó cual sitio.

El catecismo luterano dice:

«La iglesia es el santo cristianismo ó la reunión de todos los fieles bajo Cristo, su jefe, y en la que el Espíritu Santo, por mediación del Evangelio y de los sacramentos, ofrece, comunica la divina salvación», dejando entender que la iglesia católica abandonó la senda verdadera, y que la verdadera tradición está en el luteranismo.

Para los católicos, la iglesia divina se encarna en la jerarquía romana y el papa, para los ortodoxos en la jerarquía griega y rusa, y para los luteranos en la reunión de los hombres que reconocen la Biblia y el catecismo de Lutero.

Generalmente, hablando del origen del cristianismo, los hombres que pertenecen á una de las iglesias existentes emplean la palabra iglesia en singular, como si siempre hubiera existido y existiera hoy una iglesia. Pero esto es inexacto. La iglesia, institución que afirma poseer la indiscutible verdad, no apareció sino en el momento en que no era sola, cuando por lo menos había dos.

Mientras los creyentes estuvieron de acuerdo entre sí, su asociación única no se tituló iglesia. Sólo cuando se di-

vidieron en partidos opuestos, negándose mutuamente, cada partido sintió la necesidad de afirmar su ortodoxia, atribuyéndose la exclusiva posesión de la verdad. La concepción de una iglesia única fué la consecuencia del hecho de que en ambos partidos entrara el desacuerdo, y, llamando al contrario cismático, sólo en el suyo veía la verdad infalible.

Si sabemos que existía una iglesia que, en el año 51, decidió admitir á los incircuncisos, es porque había otra judaica que había decidido no admitirles.

Si hoy existe una iglesia católica que afirma su infalibilidad, es porque hay las iglesias greco-rusa, ortodoxa, protestante que cada cual afirma lo propio. La iglesia universal es término ilusorio.

Tan numerosas asociaciones afirman, cada una para sí, que es la iglesia universal establecida por el Cristo, y que las demás son cismáticas, herejes, y que existieron y existen como fenómenos históricos.

Los catecismos de las iglesias que cuentan con más adeptos lo dice claramente.

Toda iglesia basa su fe en la tradición no interrumpida y transmitida por el Cristo y los apóstoles. Efectivamente, toda confesión cristiana procedente del Cristo, necesariamente había de llegar á la generación presente por mediación de ciertas tradiciones. Pero esto no prueba que las tradiciones sean indiscutibles y excluyan á las demás.

Todas las ramas del árbol vienen de la raíz; pero de esto no se desprende que toda rama sea la única rama.

Cada iglesia presenta sus pruebas de su continuidad en la tradición, y sus milagros en apoyo de su ortodoxia. De manera que la definición exacta y absoluta de lo que es

la iglesia sólo puede ser una: la iglesia es una reunión de hombres que aseguran ser los únicos que poseen la verdad.

Estas asociaciones, transformadas con el concurso del poder ó de las instituciones poderosas, fueron los obstáculos principales á la propagación de la verdadera inteligencia de la doctrina del Cristo.

No podía ocurrir otra cosa. La particularidad principal de la doctrina de Cristo, la que la distingue de todas las demás, consiste en que los que la aceptan tienden más á comprenderla que á practicarla; mientras que la iglesia afirma la comprensión definitiva de la doctrina y su cumplimiento.

Por extraño que esto pueda parecernos á los educados en los principios de la falsa doctrina de la iglesia como institución cristiana, y en su desprecio á la herejía, eso que llama herejía es lo que constituye la buena senda, es decir, el verdadero cristianismo, y ello no cesó de ser verdad sino cuando esta marcha se detenía y se fijaba en la herejía, como la iglesia en sus formas inmorales.

Pero ¿qué es la herejía? Releed todas las obras teológicas que traten de esta cuestión, y en ninguna encontraréis ni asomo de definición de la herejía.

La argumentación que al efecto hace el sabio historiador del cristianismo, E. de Pressensé, en su *Historia del dogma* (París, 1869), es un ejemplo de lo dicho.

Toda la argumentación, bastante extensa, de este autor, es para decir que cualquier razonamiento en desacuerdo con los dogmas que se profesa constituye la herejía. Pero los

hombres pueden profesar una fe que no sea verdad.

Toda pretendida herejía que no reconoce verdadero lo que enseña, puede hallar una explicación en la historia de la iglesia, valerse para sí de los argumentos de Presensé, y considerar que su fe es el solo cristianismo verdadero.

La única definición de la herejía es el nombre dado por una reunión de hombres á toda argumentación que rechaza una parte de la doctrina profesada por aquella asociación. El significado más particular que con frecuencia se da á la palabra herejía es el de una opinión que destruye la doctrina establecida por la iglesia y sostenida por el poder temporal.

Existe una obra importante, mas no muy conocida, de Godfrid Arnold, que trata de este asunto y muestra la ilegitimidad, la arbitrariedad, el contrasentido y la crueldad de la palabra herejía en un sentido reprobador. Este libro, ensayo de descripción histórica del cristianismo, bajo la forma de historia de herejías, fué publicado en 1729, y se titula: *Unpartheyische Kirchen und Ketzer-Historie (Historia de las herejías y de la iglesia)*.

La herejía es el reverso de la iglesia. Allí donde haya iglesia, la herejía existirá. La iglesia es una asociación de hombres que pretenden poseer la verdad; la herejía es la opinión de los que no reconocen la infalibilidad de esta verdad.

La herejía es la manifestación del movimiento, una rebelión contra la inercia de los principios de la iglesia, un ensayo de concepción viviente de la doctrina. Todo paso hacia adelante, hacia el conocimiento y la realización de la doctrina fué dado por herejes: Tertuliano, San Agustín,

Lutero, Savonarola, Huss, Kheltchitsky y otros fueron herejes. No podía ser otra cosa.

El discípulo de Cristo, cuya doctrina consiste en la penetración progresiva del pensamiento evangélico, en su observancia cada vez mayor, en la marcha hacia la perfección, precisamente por ser discípulo de Cristo, no puede afirmar, por su cuenta ó por la de otro, que comprende perfectamente la doctrina de Cristo y que la observa. Aun menos puede afirmarlo en nombre de toda una asamblea.

Aun cuando llegue al más alto grado de comprensión y de perfección, el discípulo de Cristo siempre siente la insuficiencia de su comprensión y de su observancia, y siempre tiende hacia una penetración y una observancia cada vez mayores. He aquí por qué la afirmación, en su nombre ó en el de un grupo, de que encontramos en posesión de la comprensión perfecta y la perfecta observancia de la doctrina de Cristo sería una renuncia al espíritu mismo de esta doctrina.

Por raro que parezca, toda iglesia, como iglesia, siempre fué y no puede dejar de ser una institución extraña, sino directamente opuesta á la doctrina del Cristo. No sin motivo la llamó infame Voltaire. No sin motivo todas, ó casi todas las pretendidas sectas cristianas reconocieron y reconocen á la iglesia en la gran pecadora de que habla el Apocalipsis. No sin motivo la historia de la iglesia es la historia de mayores crueldades y de los peores horrores.

Las iglesias, como iglesias, no son instituciones cuya base es un principio cristiano. Las iglesias, como asociaciones afirmadoras de su infalibilidad, son instituciones anticristianas. No sólo no hay nada común entre las iglesias y el cristianismo, salvo el nombre, sino que sus prin-

cipios son absolutamente opuestos y hostiles. Las unas representan el orgullo, la violencia, la sanción arbitraria, la inmovilidad y la muerte; el otro la humildad, la penitencia, la sumisión, el movimiento y la vida.

No se puede servir al mismo tiempo á dos amos: se ha de elegir entre uno y otro.

Los servidores de las iglesias de todas las confesiones, tratan, sobre todo en los últimos tiempos, de presentarse como partidarios del progreso en el cristianismo. Hacen concesiones, quieren corregir los abusos que se han introducido en la iglesia, y dicen que no se puede negar, á causa de este abuso, el principio mismo de la iglesia cristiana, que es la única que puede reunirnos en un solo todo, y ser la intermediaria entre los hombres y Dios. Pero esto es falso. No sólo no unieron nunca á nadie, sino que las iglesias fueron siempre la causa de los desacuerdos habidos entre los hombres, del odio, de las guerras, de las discordias, de las inquisiciones, etc., y nunca sirvieron de intermediarios entre el hombre y Dios, lo que, por otra parte, es inútil y se halla prohibido por Cristo, que directamente revela su doctrina á todos los hombres. Ponen, por el contrario, formas muertas en el lugar de Dios, y, lejos de mostrársele á los hombres, se lo ocultan. Nacidas de la ignorancia y manteniendo esta ignorancia con su inmovilidad, las iglesias no pueden perseguir la justa comprensión de la doctrina. Tratan, en vez de esto, de ocultarla; pero es imposible lograrlo; porque todo progreso en la vía designada por el Cristo destruye su poder.

Cuando oís ó leéis sermones ó artículos en que los escritores religiosos de los tiempos modernos y de todas las confesiones hablan de virtud y de verdad cristianas; cuan-

do oís ó leéis aquella argumentación hábil, aquellas exhortaciones, aquellas profesiones construídas en siglos y que á veces se asemejan á la sinceridad, pronto estáis á dudar que las iglesias sean hostiles al cristianismo. Pero cuando examináis el fruto para juzgar al árbol, según lo enseñara Cristo, y cuando veis que los frutos son malos, que la corrupción del cristianismo fué la consecuencia de su acción, no podéis dejar reconocer que, por buenos que fueran los hombres, la obra de la iglesia, á que cooperaron, no puede ser obra cristiana. La bondad y el mérito de todos los servidores de las iglesias está en las virtudes de los hombres, no en las virtudes de la obra en que se ocupan. Y mejores, más dignos habrían sido aquellos hombres si no hubieran incurrido en el error que propagaban.

Pero ¿á qué hablar del pasado, juzgar del pasado, que puede ser poco ó nada conocido? Las iglesias, con sus principios y sus ceremonias, no son cosa del pasado; las iglesias están hoy ante nosotros, y podemos juzgarlas por sus actos y su acción sobre los hombres.

¿En qué consiste hoy la acción de las iglesias? ¿Cómo influyen sobre los hombres? ¿Qué hacen las iglesias nuestras, las de los católicos, las de los protestantes y las de otras confesiones? ¿Cuáles son las consecuencias de su acción?

La acción de nuestra iglesia rusa, llamada ortodoxa, es visible para todos. Gran hecho es que no se pueda ocultar y que no se pueda discutir.

¿En qué consiste la acción de esta iglesia rusa, de esta inmensa institución animada por una vida intensa y com-

puesta de un ejército de medio millón de hombres que cuestan al pueblo decenas de millones?

La acción de esta iglesia consiste en inspirar, por todos los medios posibles, á los cien millones de hombres de la nación rusa, las creencias anticuadas que en otros tiempos profesaran hombres diferentísimos de los que forman nuestro pueblo, en las cuales nadie tiene ya fe, á menudo ni aun los que han de protegerlas.

Penetrar al pueblo de esas fórmulas del clero bizantino sobre la Trinidad, la madre de Dios, los sacramentos, la gracia, que ningún sentido tienen para los hombres de nuestro tiempo, constituye una parte de la acción de la iglesia rusa. La otra parte de su acción es el apoyo prestado á la *idolatría*, en el sentido propio de la palabra; veneración de las santas reliquias y de las sagradas imágenes, y sacrificios encaminados á obtener la realización de sus deseos. No hablaré de lo que dice y escribe el clero ruso, con mezcla de erudición y liberalismo, en las revistas religiosas, pero hablaré de lo que el clero hace realmente. ¿Qué es lo que al pueblo se enseña? ¿Qué es lo que se exige de él en virtud de la pretendida fe cristiana?

Empezaré por el principio, por el nacimiento de la criatura. Al nacer el niño, se enseña que debe orarse por el recién nacido y por la madre, á fin de purificarle, porque, sin tal requisito, la madre sería impura. Al efecto, el sacerdote toma en sus brazos al niño, y pronuncia las palabras sacramentales ante las imágenes de los santos, que, en los pueblos, se llaman francamente dioses. Purifica de este modo á la madre. Luego se inculca á los padres, hasta se exige de ellos, bajo amenaza de castigos, que bautizarán al niño, es decir, que consentirán que el sacerdote

le sumerja en el agua tres veces seguidas, acompañadas de actos aun más incomprensibles; unción de distintas partes del cuerpo, corte de cabellos, soplando y escupiendo los padrinos contra el enemigo imaginario. Todo esto para purificar al niño y hacer de él un buen cristiano. Luego se enseña á los padres que es necesario hacer que comulgue el niño, es decir, que le obligarán á tragarse, en forma de pan y vino, una parte del cuerpo de Cristo, lo que dará la consecuencia de que en él entre toda la gracia divina, etc., etc. Luego se afirma que conforme vaya creciendo se le irá enseñando á orar. Por orar se entiende colocarse ante la imagen, tocarse la frente, los hombros, el abdomen y pronunciar ciertas palabras. Luego se enseña que al pasar por delante de una iglesia se ha de hacer igual señal de la cruz. Luego se enseña que en las fiestas (las fiestas son el aniversario del nacimiento de Cristo, el de la Virgen, el día en que se vió tal aparición, etc., etc.), se enseña que en las fiestas se vestirán los mejores trajes, se irá á la iglesia, se comprarán cirios, que se colocarán ante las imágenes, se harán otras mil ceremonias, todas contra el bolsillo del creyente, todas encaminadas á rogar por la dicha del czar y de los obispos, para sí mismo y para sus asuntos...

Además de estas oraciones, enséñase que es preciso comulgar una vez al año, cuando menos.

Luego se enseña que, si el hombre y la mujer quieren que su union carnal sea santa, deben ir á la iglesia, ponerse en la cabeza coronas de metal, tomar cierta bebida, y dar tres vueltas en torno de una mesa, con acompañamiento de cánticos.

Se enseñan las reglas siguientes, que practicará quien

quiera vivir bien: No comer carne ni beber leche en ciertos días; asistir á los oficios y rogar por los muertos en otros; invitar al sacerdote los de fiesta, darle dinero, y sacar de la iglesia, muchas veces al año, á las imágenes, llevándolas en procesión á través de los campos y las casas. Por último, se enseña al hombre la obligación de comer, momentos antes de morir, la cucharada de pan y vino, ó, práctica preferible, embadurnarse de aceite, si hay tiempo. Ello le garantizará la felicidad en la vida futura. Después de la muerte, para la salvación del alma del difunto se enseña á los parientes que es utilísimo ponerle entre las manos un papel en el que se haya escrito una oración; y también es útil leer sobre el cuerpo del muerto en cierto libro, y pronunciar su nombre en la iglesia ciertos días.

En esto consiste la fe obligatoria. Mas, si cualquiera desea tener especial cuidado de un alma, se enseña que, según esta creencia, la garantía más cierta de la dicha del alma en el otro mundo es dar dinero para iglesias y conventos, lo que obliga á los hombres santos á orar por el donante

Según esta creencia, las imágenes milagrosas concentran en sí una fuerza, una gracia y una santidad particulares, y el tocarlas, el besarlas, el poner ante ellas cirios ayuda mucho á la salvación, cosa que también se consigue pagando misas á ellas dedicadas.

Y esta creencia, y no otra, esta creencia, denominada ortodoxia, es decir, la verdadera fe, es enseñada al pueblo como si se tratara del cristianismo.

Y no se diga que los sacerdotes ortodoxos comprenden de otro modo el sentido de la doctrina y que estas son an-

tiguas formas que no se quiere destruir. Ello no es cierto. En toda Rusia se enseña hoy esta fe: no hay otra. Se escribe y se habla de algo nuevo en las capitales, mas, en medio de los cien millones de almas del pueblo, sólo se hace esto, sólo esto se enseña.

Estas prosternaciones ante las reliquias y ante las sagradas imágenes, forman parte de la teología, del catecismo. Se enseñan teórica y prácticamente al pueblo, con aparato, solemnidad, autoridad ó violencia; hipnotizándole en la obligación á creer, y preservando esta fe de toda tentativa de liberación del pueblo de sus salvajes supersticiones.

Como dije con motivo de mi libro, la doctrina de Cristo y sus propias palabras relativas á la irresistible al mal por medio de la violencia fueron ante mí, durante muchos años, el objeto de bromas, de burlas; y no solamente los ministros de la iglesia no se oponían á estas blasfemias, sino que, por el contrario, las provocaban. Tratad de hablar sin respeto del ídolo ridículo que gentes ebrias pasean por Moscou, de un modo sacrilego, con el nombre de Santo de Iver, y un grito de indignación exhalarán todos los ministros de la iglesia ortodoxa. Se predica el culto exterior de la idolatría. Y que no se diga que lo uno impide lo otro; que esto debe hacerse, pero sin abandonar lo otro. «Todas las cosas que os manden observar, observarlas, pero no las ejecutéis, porque ellos dicen y no hacen» (1). Díjose esto de los fariseos, que observaban todas las reglas exteriores de la religión; he aquí por qué causa las palabras: «Observad lo que os manden observar», se refieren á las acciones de caridad y beneficencia,

(1) San Mateo, XIII, 3.

mientras que las palabras: «pero no ejecutéis sus obras porque ellos dicen y no hacen», se refieren al cumplimiento de las ceremonias y al incumplimiento de las obras de Dios. Estas palabras tienen sentido directamente opuesto al que quisieran atribuirle los ministros de la iglesia, que las interpretan como una orden de cumplir las ceremonias. El culto exterior y el culto del bien y de la verdad concilianse difícilmente, y con facilidad se excluyen frecuentemente. Esto ocurría entre los fariseos, y es lo que sucede hoy entre los cristianos de la iglesia oficial.

Si el hombre no puede obtener su salvación por medio de la expiación, los sacramentos y las oraciones, las acciones buenas no le son más precisas.

El Sermón de la Montaña ó el Símbolo de la Fe: No se puede creer ni en uno ni en otro; y los partidarios de la iglesia eligieron el último. El Símbolo de la Fe es enseñado y leído como oración en la iglesia, mientras que el Sermón de la Montaña excluye las lecturas evangélicas en las iglesias, de manera que los fieles no le oyen nunca, salvo los días en que el Evangelio es leído del principio al fin. Y esto no puede ser de otro modo. Hombres que creen en un Dios malo é insensato que maldijo á la raza humana y que envió á su hijo al sacrificio, y á una parte de los hombres á tortura eterna, no pueden creer en un Dios de amor. El hombre que cree en Dios Cristo, juzgando y castigando á vivos y muertos, no puede creer en un Cristo que ordena se ofrezca la otra mejilla al ofensor, que no se juzgue, que se perdone y se ame al enemigo. El hombre que cree en el carácter divino del Antiguo Testamento y en la santidad de David que, en su lecho mortuorio, lega la misión de matar al anciano que le ofendió y á quien él

no pudo matar, hallándose comprometido por un juramento (1) y por muchas otras villanías de que el Antiguo Testamento está atestado, no puede creer en la moral de Cristo. El hombre que cree en la doctrina y en los sermones de la iglesia, en lo que atañe á la conciliación del cristianismo con las ejecuciones y la guerra, no puede creer en la fraternidad de todos los hombres.

Y, sobre todo, el hombre que cree en la salvación por medio de la expiación ó gracias á los sacramentos, no puede esforzarse para observar la doctrina moral de Cristo.

El hombre é quien la iglesia enseñó la doctrina sacrilega de que la salvación no está en él, sino que existe otro medio de obtenerla, necesariamente ha de recurrir á este medio y no á su propia fuerza, en la que no puede confiar sin pecar, según se le asegura. La doctrina de la iglesia, cualesquiera que ésta sea, con sus expiaciones y sus sacramentos, excluye la doctrina del Cristo (sobre todo la iglesia ortodoxa, con su idolatría).

Pero—se objetará—el pueblo siempre creyó y aún cree de ese modo. Lo prueba toda la historia del pueblo ruso. Y no se le pueden quitar sus tradiciones.

Lo cual es una falsedad. El pueblo profesó en otro tiempo algo semejante á lo que hoy profesa la iglesia, pero no era completamente lo mismo. Junto á la idolatría de las imágenes, de las reliquias, siempre hubo en el pueblo una comprensión profundamente moral del cristianismo que nunca existió en la iglesia y que se encuentra sólo en sus mejores representantes. Pero el pueblo, no obstante los obstáculos que se le opusieron en tal sentido por el Estado y por la iglesia, atravesó hace mucho tiempo la grosera

(1) Reyes, II, 8.

etapa de esta concepción. Lo prueba, por otra parte, el desarrollo espantoso y general de las sectas racionalistas que hormiguan hoy en Rusia, y contra las cuales luchan, sin éxito, los ministros de la iglesia. El pueblo marcha hacia adelante en la penetración del código moral y vivo del cristianismo. Y entonces aparece la iglesia, no para prestar su apoyo á este movimiento, sino para mejor inculcar en el pueblo un paganismo anticuado y de formas petrificadas, y para sumirle otra vez en aquella noche de que tan penosamente trata de salir. «No enseñamos al pueblo nada nuevo, sino lo que cree, en forma más perfecta», — dicen los ministros de la iglesia. Este procedimiento se asemeja al resultado de ligar á un pollo ya grande para encerrarle en el cascarón de que saliera.

La primera cuestión, la primera duda que se ofrece al ruso cuando empieza á reflexionar, se relaciona con las imágenes milagrosas y sobre todo con las religiosas. ¿Es cierto que son incorruptibles y que producen milagros? Centenares y millares de hombres se hacen esta pregunta, pero se detienen ante la respuesta, sobre todo al pensar que los arzobispos, los metropolitanos y todos los hombres colocados en altos puestos, besan á las reliquias y á las imágenes milagrosas. Preguntad á los arzobispos y á los grandes personajes por qué lo hacen, y os responderán que para dar ejemplo al pueblo. Y el pueblo lo hace porque ellos lo hacen.

La iglesia rusa, no obstante el barniz superficial de modernismo y de refinamiento de carácter sagrado que sus miembros empiezan á introducir en sus obras, artículos, revistas religiosas y sermones, no tiene otro objeto que mantener al pueblo en una idolatría salvaje y grosera, y

propagar la superstición y la ignorancia, obscureciendo la comprensión de la doctrina evangélica, que en el pueblo vive junto á la superstición.

Recuerdo haber presenciado, en la librería del convento Optin, la elección de libros religiosos, que un viejo mujik analfabeto hacía para su hijo. Un fraile le recomendaba la historia de las reliquias, de las fiestas, de las apariciones de imágenes, el libro de los salmos, etc. Yo pregunté al viejo si tenía los Evangelios.

— No.

— Dádselos, pues, — dije al fraile.

— Eso no es para él, — me respondió.

He aquí, en pocas palabras, toda la acción de nuestra iglesia.

— Pero eso tan sólo ocurre en la bárbara Rusia, — objetará un lector europeo ó americano.

Y esta opinión será justa, pero solo mientras la obra se compare con la de un gobierno como el ruso, que ayudó y ayuda á la iglesia en su misión desmoralizadora y embrutecedora.

Verdad que en ninguna parte de Europa existe un gobierno tan déspota y que tan bien concuerde con la iglesia actual. De donde resulta que la participación del poder en la desmoralización del pueblo ruso es de las más grandes. Pero será injusto creer que la iglesia rusa se distingue por algo de no importa qué otra iglesia, en su influencia sobre el pueblo.

Las iglesias son en todas partes iguales, y si las católica, anglicana y luterana, por ejemplo, no cuentan con un gobierno tan dócil, no será por la falta de deseos.

Una iglesia, cualesquiera que ella sea, no puede no ten-

der al mismo fin que la rusa, es decir, á velar el sentido verdadero de la doctrina del Cristo, reemplazándola por medio de una enseñanza que no comprometa á nadie y justifique—esto sobre todo,—la existencia de los sacerdotes, alimentados á costa del pueblo.

¿Es que el catolicismo hace otra cosa cuando prohíbe se lean los Evangelios, cuando exige sumisión ciega á los jefes de la iglesia y declara infalible al papa? ¿Es que el catolicismo enseña cosa distinta que la iglesia rusa? El mismo culto exterior, las mismas reliquias, milagros y estatuas milagrosas, Nuestra Señora y las procesiones, los mismos razonamientos ampulosos y oscuros respecto al cristianismo en libros y sermones: para concluir, las mismas insinuaciones hacia la idolatría más grosera.

¿Y no ocurre lo propio en la iglesia anglicana, luterana y en todo protestantismo, con iglesia? Las mismas exigencias de fe en los dogmas expresados en el siglo IV, desprovistos de sentido para las personas de nuestra época, las mismas prácticas idólatras, sino ante reliquias é imágenes, al menos ante el día del sábado ó ante la Biblia. Siempre igual tendencia á ocultar las verdaderas exigencias del cristianismo, reemplazándolas por medio de un culto exterior y la hipocresía que no obliga á nada, conforme la definen los ingleses, que á ella están particularmente sometidos. En el protestantismo esta tendencia es notabilísima porque no tiene el pretexto de antigüedad. ¿Y no se produce lo propio en el calvinismo regenerado, en el evangelismo, que produjo el ejército de salvación?

Así como las diversas doctrinas de la iglesia son semejantes, con relación á la doctrina de Cristo, sus procedimientos son también parecidos.

Su situación es tal, que no pueden no emplear todos los esfuerzos para ocultar la doctrina de Cristo, de cuyo nombre se sirven. La incompatibilidad de todas las confesiones de iglesia con la doctrina del Cristo, es en efecto tal, que necesarios son esfuerzos particulares para ocultarla á los hombres. ¿Cuál es, en efecto, la situación de todo adulto, no digo instruido, sino que superficialmente háse asimilado las nociones sobre geología, química, física, etc., que flotan en el ambiente, cuando, por primera vez, examina conscientemente las creencias que le fueron inculcadas en su infancia y que la iglesia consagrara? ¿Qué creencias! Dios creó el mundo en seis días, la luz antes que el sol, Noé amontonó en su arca á todos los animales, etc. etc.

Todas estas nociones, elaboradas por los hombres del siglo IV, y que tenían para las gentes, en aquella época, cierto sentido, no tienen hoy ninguno. Los hombres de nuestro tiempo pueden repetir aquellas palabras, pero no creerlas, porque afirmaciones por el estilo carecen de sentido para nosotros.

El hombre que consideraba el cielo una bóveda sólida y limitada, podía creer ó no creer que Dios fué el creador del cielo, que éste se abrió para que en el entrara el Cristo; mas, para nosotros ¿qué sentido tiene esto? Los hombres de nuestra época sólo pueden creer lo que es preciso creer, y esto hacen. Y sin embargo, no pueden no creer en lo que para ellos no tiene sentido.

Pero si todas estas expresiones deben tener un sentido alegórico, sabemos primeramente que los partidarios de la iglesia no están de acuerdo á su respecto, y que la mayoría insisten en la comprensión de las sagradas Escrituras en su sentido literal, y, en segundo término, que

todas las interpretaciones, distintas una de otra, no se apoyan en nada.

Mas, aun cuando los hombres quisieran hacer un esfuerzo y creer en la doctrina de las iglesias tal como se enseña, la difusión de la instrucción y del Evangelio opondrían á su creencia un obstáculo infranqueable.

Bastaría que el hombre de nuestra época tomara un Evangelio y leyera las clarísimas palabras del Cristo, para convencerse de que los pastores de la iglesia, que á sí mismos se intitulan maestros, en contra de la doctrina del Cristo, y que discuten unos con otros, carecen de autoridad, y que lo que enseñan no es el cristianismo.

Mas aún: si el hombre moderno continuara creyendo en los milagros y no leyera el Evangelio, sus solas relaciones con los hombres de otras creencias, relaciones tan fáciles en nuestra época, le harían dudar de la verdad de su fe. Al hombre que no pudiera hablar con los adeptos de otra religión, fácil le sería creerse en posesión de la verdad; pero esto sería imposible al hombre que reflexionara, sobre todo en el momento en que alternase con individuos de otra confesión. En nuestro tiempo, sólo el hombre ignorante ó indiferente puede tener fe.

Por consiguiente, ¡cuántas farsas y esfuerzos no han de emplear las iglesias para que, no obstante las condiciones desfavorables á la fe, se puedan construir templos, cantar misas, predicar, enseñar, ganar prosélitos, y, sobre todo, para engordar sacerdotes, pastores, intendentes, superintendentes, abades, arcedianos, obispos y arzobispos!

Esfuerzos inmensos, sobrehumanos son precisos, y esforzarse es lo que hacen las iglesias, con energía cada vez

mayor. En Rusia (sin hablar de otros medios), se emplea sencillamente la violencia brutal del poder, sometido á la iglesia. Los hombres que se dispensan de las prácticas exteriores del culto y no lo disimulan, castigados son sin más fórmula. Los que practican todas las ceremonias, por el contrario, además de ser bien recompensados, adquieren nuevos derechos.

De esta manera obran los ortodoxos; pero todas las iglesias, sin excepción, emplean cuantos medios pueden hallar para lo propio, siendo el principal de ellos, el denominado hipnotización.

Se emplean todas las artes, desde la arquitectura á la poesía, para influir sobre el alma y adormecer la inteligencia. Y esta influencia es continua. Tal necesidad de hipnotizar á los hombres puede ser particularmente notada en el ejército salvador que emplea medios nuevos, á los que aun no estamos habituados, como las trompas, los tambores, los cánticos, las banderas, los trajes y demás elementos dramáticos.

Mas esto sólo nos sorprende por tratarse de nuevos procedimientos. ¿Es que los antiguos procedimientos de templos y demás no eran análogos?

Pero, á pesar de todo el poder de esta hipnotización, no consiste en ella la más funesta acción de la iglesia. Está en su tendencia á engañar á los niños, á aquellos niños de los que el Cristo dijo: «¡Desgraciado el que los toque solamente!»

Si como problema se diera el extravío de la sana inteligencia del hombre para que no pueba salir de la contradicción de las dos concepciones opuestas que se le incul-

caron en su infancia, nada tan poderoso como el sistema de educación adoptado por nuestra sociedad mal llamada cristiana.

Lo que las iglesias hacen de los hombres es terrible; pero, si se examina bien su situación, se reconoce que no pueden obrar de otro modo. Ante las iglesias se aparece un dilema: el Sermón en la Montaña ó el Símbolo de Nicea. El uno excluye al otro.—Si el hombre cree sinceramente en el Sermón en la Montaña, el Símbolo de Nicea pierde para él todo su valor, y, con el Símbolo de Nicea, la iglesia y sus representantes. Y si creyera en el Símbolo de Nicea, es decir, en la iglesia, ó en los que se llaman sus representantes, el Sermón en la Montaña se torna inútil para él. Por eso las iglesias no pueden dejar de hacer todos los esfuerzos imaginables para oscurecer el Sermón de la Montaña y atraer á los hombres á ellas. Gracias á esta acción, las iglesias han podido mantenerse hasta hoy. Que, durante el más corto momento, se prescindá esta influencia sobre las masas por medio de la hipnotización, y sobre los niños por el de las mentiras; y los hombres comprenderán casi al momento la doctrina evangélica, y la comprensión de esta doctrina destruirá las iglesias y su influencia. Este es el motivo porque las iglesias no detienen su acción. Y esta acción es la que hace que la mayoría de los hombres que se denominan cristianos no comprendan la doctrina de Cristo.



CAPITULO IV

El cristianismo mal comprendido por los hombres de ciencia.

Hablaré ahora de otra pretendida concepción del cristianismo, que también impide el conocimiento de su verdadero significado; me refiero á la concepción científica.

Los partidarios de la iglesia dieron al cristianismo una interpretación que consideraban la sola verdadera.

Los hombres de ciencia examinan el cristianismo tal como le profesan las varias iglesias, y, suponiendo que dan el significado verdadero, le consideran una doctrina religiosa que ha pasado de moda.

Para hacer comprender cuán imposible es el explicarse la doctrina del Cristo con semejante opinión, indispensable es conocer el lugar que ocuparon y ocupan realmente todas las religiones en general y el cristianismo en par-

ticular, en la vida de la humanidad, así como el alcance que la ciencia le atribuye.

Así como el individuo aislado no puede vivir sin formarse idea de su razón de ser y sin subordinar sus acciones, inconscientemente muchas veces, al objeto que da á su existencia, las agrupaciones de hombres que viven en condiciones iguales, como las naciones, no pueden dar una razón determinante á sus miras comunes y á los esfuerzos que resultan en consecuencia. Así como el hombre aislado, cuando crece en edad, cambia necesariamente su concepción de la vida y halla á su existencia un sentido que no la viera cuando era niño, las sociedades, las naciones cambian necesariamente, con arreglo á su edad, su concepción de la vida y la acción que de ella se desprende.

La diferencia entre el individuo y la sociedad consiste en que el individuo puede aprovechar las indicaciones de los hombres que vivieron antes que él, ó que pasaron la edad en que él entra, mientras que la humanidad no puede admitir estas indicaciones, porque camina por una senda aun inexplorada, y no tiene á quién preguntar cómo ha de comprender la vida y obras, en las nuevas condiciones en que se encuentra y por las que nadie había pasado antes.

Sin embargo, como el padre de familia que no puede seguir comprendiendo la vida cual la comprendía cuando niño, la humanidad, después de diversos cambios, densidad de población, relaciones establecidas entre naciones, perfeccionamiento de medios de luchar contra la naturaleza, acumulación de saber, no puede seguir comprendiendo la vida como antes.

Necesita una nueva concepción de la existencia, concepción de la que resulta la nueva actividad, de acuerdo con el nuevo estado en que entrara.

A esta necesidad responde la facultad particular de la humanidad para producir á hombres que concluyen de dar á toda la vida humana un nuevo sentido, de donde resulta una acción distinta á la antigua. El establecimiento de estas nuevas concepciones y de la nueva acción que de ellas resulta, es lo que se llama *religión*.

Por esto la religión no es, cual piensa la ciencia, un fenómeno que acompañara en otro tiempo al desarrollo de la humanidad y que no se ha renovado, sino un fenómeno propio de la vida humana y absolutamente natural en la humanidad, tanto hoy como antiguamente. En segundo lugar, como la religión fué y es la definición de la acción en el porvenir y no en el pasado, evidente es que el estudio de los fenómenos pasados, en ningun caso puede abarcar todo el sentido de la religión.

La esencia de toda doctrina religiosa no está en el deseo de una expresión simbólica de las fuerzas de la naturaleza, ni en el terror que inspiran estas fuerzas ni en una necesidad de lo maravilloso, ni en las formas exteriores con que se manifiesta, como creen los hombres de ciencia.

La esencia de la religión está en la facultad que los hombres tienen para profetizar é indicar la senda que debe seguir la humanidad, en una dirección distinta á la seguida antiguamente, y de donde resulte una acción nueva de la humanidad en el porvenir.

Esta facultad de prever la senda de la humanidad es más ó menos propia á todos los hombres, pero siempre,

en todos tiempos, hubo personas en las que se manifestó con fuerza particular, y que, expresando clara y exactamente lo que sentían vagamente todos los hombres, establecían una nueva concepción de la vida, de donde resultaba una nueva acción para muchos siglos ó millones de años.

Conocemos tres de estas concepciones de la vida. Dos pasaron ya por la humanidad, y atravesamos hoy la tercera con el cristianismo. Estas concepciones son tres, y sólo tres, no porque arbitrariamente hayamos reunido muchas, sino porque los actos de todos los hombres siempre tuvieron su origen en una de estas tres concepciones de vida, y porque no podemos comprender la existencia sino por estos tres medios.

He aquí cuales son estas concepciones:

- 1.^a Vida personal ó animal.
- 2.^a Vida social ó pagana.
- 3.^a Vida universal ó divina.

Según la primera concepción, la vida del hombre está comprendida en su sola personalidad; el objeto de su vida es la satisfacción de la voluntad. Según la concepción que sigue, la vida del hombre está comprendida, no sólo en su única personalidad, sino en un conjunto y en una gradación de personalidades: la familia, la tribu, la raza, el Estado. El objeto de la vida consiste en la satisfacción de la voluntad de este conjunto de personalidades. Según la concepción tercera, la vida del hombre no está comprendida ni en su personalidad ni en un conjunto y una gradación de personalidades, sino en el principio de la fuente de la vida: Dios.

Estas tres concepciones de la vida sirven de base á todas las religiones que existen ó existieron.

El salvaje no reconoce la vida sino en él, en sus necesidades personales; la dicha de su vida sólo está concentrada en él. La mayor dicha para él está en la satisfacción más completa de sus apetitos. El móvil de su vida es su placer personal. Su religión consiste en hacerse favorable á la divinidad, en prosternarse ante dioses imaginarios que no supone sino con fin particular.

El pagano social reconoce la vida no en sí solo, sino en un conjunto de individuos: la familia, la tribu, la raza, el Estado, y sacrifica su dicha á este conjunto. La gloria es el móvil de su vida. Su religión consiste en la glorificación de los jefes de grupos: antecesores, jefes de tribus, soberanos, y en la adoración de los dioses que exclusivamente protegen á su familia, á su tribu, á su Estado.

El hombre de la concepción divina de la vida reconoce ya la vida, no en su personalidad ó en una asociación de personalidades, sino en la fuente de la vida eterna: Dios, y para cumplir la voluntad de Dios sacrifica su dicha personal, familiar y social. El móvil de su vida es el amor, y su religión es la adoración del principio de todo: Dios.

Toda la vida histórica de la humanidad no es otra cosa que un paso gradual de la concepción de la vida personal animal á la concepción social, y de ésta á la divina. Toda la historia de los pueblos antiguos, que duró millares de años y termina en la historia de Roma, es la historia del reemplazo de la concepción animal personal por medio de la concepción social y nacional. La historia del mundo, desde la época de la Roma imperial y de la aparición del cristianismo, es la historia, que aun hoy atravesamos, del

reemplazo de la concepción nacional por medio de la divina concepción.

Esta última concepción (y la doctrina cristiana que de ella se desprende) dirige nuestra vida y sirve de base á toda nuestra acción, tanto práctica como científica. Los hombres de la pretendida ciencia, estudiándola según sus manifestaciones exteriores, la consideran algo anticuada, sin valor para nosotros.

Según tales hombres de ciencia, la doctrina, que consiste solamente en sus dogmas,—Trinidad, Redención,—en sus milagros, su iglesia, sus sacramentos, etc., no es sino una de las numerosas religiones que la humanidad hizo nacer, y concluyó su tiempo hoy, después que ha representado su papel en la historia, desapareciendo ante la luz de la ciencia y de la civilización.

Y ocurre,—lo cual tiene lugar en la mayoría de los casos y se torna manantial de groseros errores,—que los hombres de un grado intelectual inferior encuentran fenómenos de orden superior, y que, en lugar de colocarse en un punto de vista lo suficientemente elevado para poderles juzgar sanamente, los explica con su modo de ver inferior, y esto con tanto mayor atrevimiento cuanto que no comprenden de qué hablan.

Para la mayoría de los sabios, que examinan la doctrina de Cristo desde el punto de vista inferior á la concepción social de la vida, esta doctrina no es sino una especie de amalgama sin cohesión de ascetismo inadmisibles, de doctrinas estoicas y neoplatónicas, y de ensueños antisociales utópicos, sin ninguna importancia seria para nuestra época; y todo se concentra para ellos en las mani-

festaciones exteriores: catolicismo, protestantismo, dogmas, lucha contra el poder secular. Definiendo el significado del cristianismo, con arreglo á semejantes manifestaciones, se asemejan á sordos que juzgaran del valor é importancia de la música por los movimientos de los músicos.

Síguese de esto que todos los hombres, empezando por Kant, Strauss, Spéncer y Renán, sin comprender el sentido de las palabras de Cristo, sin comprender por qué fueron dichas, ni aun entienden la pregunta á que sirven de respuesta, no dándose el trabajo de penetrar su sentido, y niegan sencillamente, cuando se hallan mal dispuestos, que la doctrina tenga un sentido favorable. Y, cuando se dignan ser benévolos, la corrigen desde la cumbre de su sabiduría, suponiendo que Cristo quería decir precisamente lo que ellos piensan, pero que no supo hacerlo. Tratan á la doctrina como los presuntuosos á las palabras de interlocutores á su entender inferiores, diciendo: «Realmente, quisisteis decir esto». Y sus rectificaciones siempre llevan el fin de subordinar la concepción superior divina á la concepción inferior moral.

Se dice generalmente que la doctrina moral del cristianismo es buena, pero exagerada. Para que se torne practicable, menester es arrancar de ella todo lo superfluo y que se salga de nuestras condiciones de existencia. «Porque la doctrina que pide demasiado es irrealizable, y sólo es buena la que de los hombres exige lo posible, lo compatible con sus fuerzas», piensan y afirman los sabios comentadores del cristianismo, repitiéndose lo que afirmaban y no podían afirmar los que, sin comprenderle, crucificaron al Maestro: los judíos.

Ante el juicio de los sabios de nuestra época, la ley ju-
día, diente por diente, ojo por ojo, es decir, la ley del jus-
to castigo, resulta más razonable que la ley del amor con
la que el Cristo substituyó á la otra hace mil ochocientos
años.

Opinan que todo cuanto fué hecho por los hombres que
comprendieron directamente la doctrina de Cristo y que
vivieron según esta concepción, todo cuanto hicieron y
dijeron los verdaderos cristianos, los militantes de la doc-
trina evangélica, todo lo que transforma hoy al mundo
bajo el soplo del socialismo y del comunismo, es una exa-
geración que no merece ser discutida.

Los hombres educados por espacio de dieciocho siglos
en el cristianismo, hállanse convencidos, en la persona de
sus representantes autorizados, los sabios, de que la doc-
trina cristiana es una doctrina de dogmas. En cuanto á su
práctica aplicación, es un desacuerdo, una exageración
que compromete á las verdaderas y legítimas exigencias
de la vida humana; y esta doctrina de justicia que recha-
zó Cristo y que reemplazó con la suya propia, nos satis-
face mucho más.

El precepto de la irresistencia al mal por medio de la
violencia, les parece á los sabios exageración, hasta con-
trasentido. Preferible es rechazarle, piensan, sin adver-
tir que no discuten la doctrina de Cristo, sino lo que
ellos creen la doctrina de Cristo.

No se dan cuenta de que el decir que el precepto de la
irresistencia al mal por medio de la violencia es una exa-
geración de la doctrina de Cristo, equivale á decir que, en
la definición del círculo, la afirmación de la igualdad de
radios es una exageración. Obran como obraría un hom-

bre que, no teniendo noción alguna de lo que es el círculo,
afirmara que resulta exagerado decir que todos los puntos
de la circunferencia están á igual distancia del centro. Es-
to es no saber lo que es el círculo. Y aconsejar que se re-
chace ó se atempere, en la doctrina de Cristo, el precepto
de la irresistencia al mal por medio de la violencia, es no
conocer la doctrina.

Y los que lo hacen no la comprenden realmente. No
comprenden que esta doctrina es la práctica de una nue-
va concepción de la vida, concepción que responde á la
nueva fase en que la humanidad entró há 1800 años, y
que es la definición de la nueva vida, de ella resultante.

No convienen en que el Cristo quiso decir lo que dijo;
ó bien suponen que fué en un arranque, careciendo de
juicio y de cultura, como dijo lo que se encuentra en el
Sermón en la Montaña y en otros lugares.

«Por esto os digo: No os preocupe, viviendo, lo que ha-
yáis de comer ó beber; ni os inquiete saber con qué ropa
cubriráse vuestro cuerpo; ¿no es más la vida que el ali-
mento, y el cuerpo más que la ropa?

»Fijaos en los pájaros del cielo; no siembran ni recogen;
no meten nada en sus graneros; y sin embargo, les alimen-
ta Vuestro Padre celestial; ¿no sois vosotros mucho más
excelentes que ellos?

»¿Y cuál de entre vosotros puede, por sí mismo, agre-
gar un dedo á su estatura?

»¿Y por qué os preocupa la ropa? Ved como crecen los
lirios campestres; no trabajan, no hilan.

»Sin embargo, os digo que ni Salomón, en el apogeo de su gloria, vistió tan bien como ellos.

»Luego si Dios viste de tal modo á la hierba de los campos, que hoy se halla en pie y mañana será arrojada al fuego, ¿no os vestirá á vosotros, seres de escasa fe, antes que á ella?

»Tampoco os digáis: ¿Qué comeremos? ¿qué beberemos? ¿con qué nos vestiremos?

»Porque vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todas estas cosas.

»Buscad el reino de Dios y su justicia; que todas estas cosas se os darán por añadidura.

»No os inquiete el día de mañana, porque el mañana se presentará con lo suyo; á cada día le basta su pena».

(*San Mateo*, VI, 25, 34).

«Vended cuanto tengáis, y dad limosnas; haced bolsas de las que no envejecen nunca, y un tesoro en los cielos, al que el ladrón no se aproxima ni polilla hay que le estropee. Porque donde esté vuestro tesoro estará también vuestro corazón».

(*San Lucas*, XII, 33, 34).

«Vende tu propiedad, y sígueme; quien no abandone padre y madre, hijos y hermanos, campo y casa, no será mi discípulo.

»Reniega de tí, toma tu cruz para cada día, y sígueme.

Mi alimento consiste en ejecutar la voluntad de Aquel que me envió, en completar su obra. No será mi voluntad, sino la Tuya; no es lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres, y no es como yo quiero, sino como Tú quieres. La vida consiste en cumplir no la propia voluntad, sino la voluntad de Dios».

Estas máximas se asemejan á hombres quietos, que no tienen de la vida sino una concepción inferior, como la expresión de una especie de ímpetu entusiasta sin aplicación posible en la práctica. Y sin embargo resultan tan rigurosamente de la concepción cristiana, como el precepto del abandono del trabajo á la comunidad ó del sacrificio de la vida en defensa de la patria resulta de la concepción social.

El militante de la concepción social de la vida puede decir al salvaje: «Vuelve en tí, reflexiona; la vida de tu personalidad no puede ser la vida verdadera, porque es miserable y efímera. Sólo se perpetúan el agrupamiento y la gradación, familia, tribu, raza, Estado, y por esto sacrificarás tu personalidad á la existencia de este grupo». Y la doctrina cristiana dice al militante de la concepción social: «Arrepentíos, es decir, volved en vos, porque si no pereceréis. Volved en vos, y comprended que la vida que vivís no es la verdadera, que la vida de la familia, de la asociación, del Estado, no es la salvación. La verdadera vida no es posible al hombre sino cuando toma parte en cierta medida, no en la vida de familia ó del Estado, sino

en la del Padre». Tal es, indiscutiblemente, la concepción cristiana que aparece en cada máxima del Evangelio.

Se puede no compartir esta opinión, puédesela negar, probar su inexactitud, pero resulta imposible juzgar una doctrina sin haber penetrado la concepción de que se desprende. Porque es imposible juzgar una tesis de orden superior desde un punto de vista inferior. Es como si se juzgase de un campanario examinando los cimientos. Y esto es precisamente lo que nuestros sabios hacen. Y lo hacen porque están en un error semejante al de los fieles de la iglesia, creyéndose en posesión de procedimientos irrefutables.

Esta posesión de un procedimiento para ellos infalible, constituye el obstáculo principal en la comprensión de la doctrina cristiana para los ateos y los titulados sabios, cuya opinión sirve de guía á la mayor parte de los incrédulos, que se tienen por instruidos. De esta pretendida interpretación resultan todos los errores de los sabios con relación á la doctrina cristiana, y particularmente dos desacuerdos extraños que, más que toda otra cosa, impiden comprenderla.

Uno de estos desacuerdos consiste en que la doctrina cristiana es irrealizable; por esto, ó bien no es del todo obligatoria, es decir, no debe servir de guía, ó bien debe ser modificada, atemperada hasta los límites en que su observancia sea posible en nuestro orden de cosas. El segundo desacuerdo consiste en que esta doctrina que ordena se ame y sirva á Dios, es poco clara, mística y sin objeto definido de amor, que, por consiguiente, debe ser reemplazada con la doctrina más exacta y comprensible de amar y de servir á la humanidad.

El primer desacuerdo, relativo á la imposibilidad de practicar la doctrina cristiana, proviene de que los hombres de la concepción social de la vida, no comprendiendo el motivo que guía á los partidarios de la doctrina cristiana, y considerando la indicación de la perfección como una regla de la vida, piensan y dicen que es imposible seguir la doctrina de Cristo, porque la ejecución completa de las exigencias de esta doctrina destruiría la vida. «Si un hombre ejecutara lo que predica Cristo, destruiría su vida; y si todos los hombres lo ejecutaran, la humanidad entera cesaría de existir», dicen.

«No te inquiete tu mañana, ni qué comerás, ni qué beberás, ni cómo te vestirás»,—dice Cristo.—«Sin defender su vida, sin resistir al mal por medio de la violencia, dando la vida por su prójimo y observando la castidad absoluta, ni el hombre ni la humanidad podrían existir»,—piensan y dicen ellos.

Y con razón consideran como reglas que han de observarse las indicaciones de perfección que da la doctrina de Cristo, así como en la social se deben observar las de pagos de impuestos, de participación en la justicia, etc.

El desacuerdo consiste precisamente en que la doctrina de Cristo dirige á los individuos por otro medio que las basadas en la concepción de la vida inferior. Las doctrinas sociales dirigen solamente por reglas y leyes á las que es menester someterse exactamente. La doctrina de Cristo guía á los hombres mostrándoles la perfección infinita del Padre celestial, perfección hacia la que todo hombre puede tender libremente, por elevado que sea el grado de imperfección en que se halle.

El desacuerdo de los hombres que juzgan la doctrina

cristiana desde el punto de vista social consiste en que, suponiendo que la perfección indicada por Cristo puede alcanzarse completamente, se preguntan: ¿Qué ocurriría una vez esto realizado? Tal suposición es falsa, porque la perfección indicada á los cristianos es infinita y nunca puede alcanzarse por completo. Cristo da su doctrina, sabiendo que la perfección absoluta no será nunca alcanzada, pero que la tendencia hacia esta perfección infinita y absoluta aumentará sin cesar la dicha de los hombres, y que, por consiguiente, esta dicha puede ser indefinidamente aumentada.

Cristo enseña no á los ángeles, sino á los hombres que viven vida animal. A esta fuerza animal del movimiento, Cristo aplica, por así decirlo, una nueva fuerza: la conciencia de la perfección divina, y dirige la marcha de la vida sobre la resultante de estas dos fuerzas.

Crear que la vida del hombre penetrará en la dirección indicada por Cristo, es tanto como si se creyera que una lancha que, para atravesar un río rápido, dirige su marcha casi contra corriente, navegaría en tal dirección.

Cristo reconoce la existencia de los dos lados del paralelogramo, de las dos fuerzas eternas, imperecederas, de que se compone la vida del hombre: la fuerza de la naturaleza animal y la de la conciencia, es decir, que es hijo de Dios. No mencionando la fuerza animal que, afirmándose en sí misma, permanece siempre igual á sí misma y se halla fuera de la voluntad del hombre, Cristo habla únicamente de la fuerza divina, llamando al hombre á la mayor conciencia de esta fuerza, á su más completa liberación y á su mayor desarrollo.

En la liberación y en el aumento de esta fuerza consistente, según la doctrina de Cristo, la verdadera vida del hombre. Según las doctrinas que la precedieran, la verdadera vida existe en el cumplimiento de las reglas, de las leyes, mientras que, según la doctrina de Cristo, consiste en la persecución de la perfección divina, dada como fin, y de la que todo hombre sabe lleva el principio; y en la asimilación cada vez más completa de la voluntad humana con la voluntad de Dios, asimilación hacia la que el hombre tiende y que sería el aniquilamiento de la vida que conocemos.

La perfección divina es el asíntote de la vida humana; hacia ella tiende siempre la humanidad: puede acercarse á ella, mas no puede alcanzarla por completo, siendo infinita.

La doctrina de Cristo no parece excluir la posibilidad de la vida sino cuando se toma por una regla lo que sólo es la indicación de un ideal. Únicamente los principios de Cristo parecen inconciliables con las necesidades de la vida, mientras que, por el contrario, sólo ellos dan la posibilidad de una existencia justa.

«No debe pedirse demasiado,—dicen con frecuencia los hombres, al discutir las exigencias de la doctrina cristiana.—No se puede no inquietarse al pensar en lo venidero, cual dice el Evangelio; lo único posible es no inquietarse demasiado. No se puede dar todo á los pobres; se despojará uno en cierta medida. No se puede observar una castidad absoluta, pero se debe huir del desarreglo. No es preciso abandonar á esposa é hijos, pero tampoco se les debe amar exclusivamente, etc., etc.

Hablar de este modo es como si dijéramos al hombre que atraviesa un rápido río yendo contra corriente, que no ha de bogar como lo hace, sino en línea recta hacia el punto de la orilla á que llegar quiera.

La doctrina de Cristo se distingue de las antiguas en que dirige á los hombres no por reglas exteriores, sino por la conciencia que tienen de la posibilidad de llegar á la divina perfección. Y el alma humana contiene, no ya reglas moderadas de justicia y de filantropía, sino el ideal de la divina perfección, completa é infinita. Sólo la persecución de esta perfección conduce la dirección de la vida humana del estado animal al estado divino, en cuanto posible es humanamente.

Para llegar al lugar hacia que se tiende, menester es dirigirse con todas sus fuerzas hacia un punto más elevado.

Rebajar el ideal, no sólo disminuye nuestras probabilidades de llegar á la perfección, sino que destruye el ideal mismo. El ideal que nos atrae no le inventó nadie: cada hombre le lleva en su corazón. Sólo este ideal de perfección absoluta é infinita nos atrae. Una perfección posible perdería toda influencia sobre el alma humana.

La doctrina de Cristo sólo tiene poder porque pide la absoluta perfección, es decir, la identificación con la voluntad de Dios del hálito divino que se encuentra en el alma de todo hombre, identificación del hijo con el Padre. Libertar de lo animal que vive en cada hombre al hijo de Dios y aproximarle al Padre; tal es la vida, según la doctrina de Cristo.

La existencia en el hombre de lo animal no es la vida humana. La vida según la sola voluntad de Dios no es la

vida humana. La vida humana es el compuesto de la vida divina y de la vida animal, y cuanto más se acerca este conjunto á la existencia divina, más vida hay.

La vida, con arreglo á la doctrina cristiana, es la marcha hacia la divina perfección. Ningún estado, según esta doctrina, puede ser ni más alto ni más bajo que el contrario. Todo estado no es otra cosa que una etapa hacia la perfección irrealizable, y, de consiguiente, no constituye por sí mismo un grado más ó menos elevado de la vida. El aumento de vida no es otra cosa que una aceleración del movimiento hacia la perfección. Por esto no puede haber reglas obligatorias en esta doctrina. El hombre colocado en grado inferior, caminando hacia la perfección, tiene una conducta más moral, mejor, y observa de mejor modo la doctrina que el colocado en un grado mucho más alto, pero que no camina hacia la perfección.

He aquí en qué sentido es más querido por Dios el cordero extraviado que los otros; y porque el hijo pródigo, la moneda perdida y encontrada, son más queridos que lo que nunca se creyó perdido.

El cumplimiento de la doctrina está en el movimiento del yo hacia Dios. Es evidente que en esto no puede haber ni leyes ni reglas determinadas. Todos los grados de perfección ó de imperfección son iguales ante esta doctrina, cuyo cumplimiento no es la observancia de ley ninguna; por esto no puede haber reglas ni leyes obligatorias.

De esta diferencia radical entre la doctrina de Cristo y las que la precedieron, basadas en la concepción social de la vida, resulta la diferencia entre las leyes sociales y los preceptos cristianos. Las leyes sociales son, en su mayo-

ría, positivas, recomendando ciertos actos, justificando y absolviendo á los hombres, mientras que los preceptos cristianos (el mandamiento del amor no es tal, en el sentido propio de la palabra, sino la expresión del sentido de la doctrina), los cinco mandamientos del Sermón de la Montaña, son todos negativos, y no indican sino lo que, en cierto grado de desarrollo de la humanidad, los hombres debían no hacer. Estos preceptos son, en algún modo, como puntos de unión en la vía infinita de la perfección hacia que marcha la humanidad, y los grados de perfeccionamiento accesibles á cierto periodo de vital desarrollo.

En el Sermón de la Montaña, el Cristo mostró á la vez el ideal eterno á que los hombres deben tender y los grados á que podían llegar en nuestra época.

El ideal es no desear hacer daño, no provocar la malevolencia, no detestar á nadie. En cuanto al precepto que indica el grado por bajo del cual no debe descenderse para llegar á este ideal, está en la prohibición de ofender á los hombres por medio de la palabra. Y este es el primer mandamiento.

El ideal es la castidad absoluta hasta del pensamiento. El mandamiento que indica el grado por bajo del cual no debe descenderse, es la pureza de la vida conyugal, el alejamiento del desarreglo. Y este es el segundo mandamiento.

El ideal es no inquietarse por lo venidero, vivir al día. El mandamiento que indica el grado por bajo del cual no puede descenderse, ordena no jurar, no fomentar nada para el porvenir. Y este es el tercer mandamiento.

El ideal es no emplear la violencia con objeto ninguno.

El mandamiento que indica el grado por bajo del cual no debe descenderse, ordena no volver mal por mal, sufrir la ofensa, dar su vestido. Y este es el cuarto mandamiento.

El ideal es amar á los que nos odian. El mandamiento que indica el grado por bajo del cual no debe descenderse, ordena no se haga daño á los enemigos, hablar bien de ellos, no diferenciarlos de los amigos. Y este es el quinto mandamiento.

Y todos estos mandamientos son indicaciones de lo que, en la senda de perfección, debemos ir procurando: mas lejos de componer la doctrina de Cristo y de contenerla toda entera, forman solamente una de las etapas innumerables del camino de perfección.

Por esto pertenece á la doctrina cristiana el formular exigencias más elevadas que las expresadas en estos mandamientos, y de ningún modo disminuirlas, como piensan los hombres que juzgan esta doctrina desde el punto de vista de la concepción social de la vida.

Tal es el primer desacuerdo de los sabios respecto al alcance y finalidad de la doctrina cristiana. El otro, procedente del mismo manantial, consiste en el reemplazo de la obligación cristiana de amar y servir á los hombres por amor á Dios, con la de amarles y servirles por amor á la humanidad.

La doctrina cristiana de amar y servir á Dios y (sólo como consecuencia de este amor y de este servicio) de amar y servir á su prójimo, parece á los sabios poco clara, mística y arbitraria, y rechazan absolutamente la obligación de amar y de servir á Dios, estimando que la doc-

trina que sólo enseña el amor á la humanidad es mucho más clara, sólida y razonable.

Los sabios enseñan teóricamente que la vida consciente y buena es la consagrada al servicio de toda la humanidad; éste es, para ellos, el sentido de la doctrina cristiana, y á esto se reduce la enseñanza de Cristo. Buscan la confirmación de su doctrina en la del Evangelio, suponiendo que las dos sólo forman una.

Opinión que es completamente errónea. La doctrina cristiana y la de los positivistas, de los comunistas y de todos los apóstoles de la fraternidad universal basada en el interés general, no tiene nada de común entre sí, y se distingue una de otra sobre todo por el hecho de que la doctrina cristiana tiene bases firmes y claras en el alma humana, mientras que la doctrina del amor á la humanidad es solamente una deducción teórica por analogía.

La doctrina del amor á la humanidad es la única que se basa en la concepción social de la vida.

La esencia de la concepción social de la vida consiste en la substitución del sentido de la vida personal por medio del de la vida en agrupación: familia, tribu, raza, Estado. Este fenómeno se cumple, y se cumple fácilmente, en los primeros grados, es decir, en la familia ó en la tribu; pero en la raza ó en el pueblo es ya más difícil, pide una educación particular; por fin, halla su extremo límite en el Estado.

Amarse á sí mismo es natural, y cada uno se ama sin necesidad de que se le anime; amar á una tribu, de la que se recibe ayuda y protección; amar á su mujer, alegría y socorro de su vida; amar á sus hijos, consuelo y esperanza de la existencia, y á sus padres, de quienes se recibió vida

y educación... todo esto es natural, y semejante amor, mucho menos grande, desde luego, que el amor á sí mismo, hállese con frecuencia.

Amarse á sí mismo, al propio orgullo, á la raza, al pueblo, sin ser tan natural, aun es frecuente.

El amor nacional, al grupo del mismo origen, del mismo idioma, de la misma religión, es también posible, aun cuando este sentimiento esté muy lejos de ser tan fuerte, no sólo como el amor á sí mismo, sino como el amor á la familia, á la raza. Pero el amor al Estado es ya una cosa casi imposible, y, no obstante la educación en este sentido, este amor es una suposición, no existe realmente. En esta agrupación detiéndose para el hombre la posibilidad de transportar su conciencia y de experimentar por tal ficción un sentimiento directo: mientras que los positivistas y todos los apóstoles de la fraternidad científica, sin tomar en consideración la disminución del sentimiento á medida que se extiende el objeto de la afección, continúan razonando teóricamente, y van todavía más lejos por esta senda.

«Si el individuo—dicen—tiene interés en extender su yo, su familia, su tribu, su Estado, interés mayor tendrá para él la extensión del conjunto de la humanidad, de tal suerte que todo el mundo viva para la humanidad, según vive para la familia, para el Estado».

Teóricamente es lógico, en efecto.

Pero necesario es notar que el amor es un sentimiento que se puede abrigar, pero que no se puede predicar, y que, además, el amor ha de tener un objeto, y la humanidad no es tal cosa. De consiguiente, lo predicado por los sabios es una ficción.

La familia, la tribu, el Estado mismo, son cosas no inventadas por los hombres: tales instituciones se formaron por sí mismas como los enjambres de abejas, como los hormigueros, y tienen una existencia real. El hombre que ama, por su personalidad animal, sabe que ama á Juan, á Pedro, á María, etc. El hombre que ama á su raza, de la que está orgulloso, sabe que ama á todos los güelfos, á todos los gibelinos. El que ama al Estado sabe que ama á Francia, de las orillas del Rhin á los Pirineos... Pero ¿á quién ama el hombre que ama á la humanidad? Hay Estados, pueblos; hay concepción abstracta del hombre, pero la humanidad como concepción concreta no existe ni puede existir.

¿La humanidad?... ¿Dónde están los límites de la humanidad? ¿Dónde comienza? ¿Dónde termina? ¿Concluye en el salvaje, en el idiota, en el alcohólico, en el loco exclusivamente? Si queremos trazar una línea que limite á la humanidad, excluyendo á los representantes inferiores de la especie humana, ¿dónde trazaremos esta línea? ¿Excluiremos á los negros, como los americanos? ¿á los indios, como muchos ingleses? ¿á los judíos, como muchos otros? Y si englobamos á todos los hombres sin excepción, ¿por qué admitimos solamente á los hombres, y no á los animales superiores, muchos de los cuales están más desarrollados que los representantes inferiores de la especie humana?

No conocemos á la humanidad como objeto exterior; ignoramos sus límites. La humanidad es una ficción: no se la puede amar. Sería ventajosísimo, ciertamente, que los hombres pudiesen amar á la humanidad tanto como aman á la familia. Sería provechoso reemplazar, como de-

sean los comunistas, la competencia entre los hombres por medio de una organización comunal, ó la propiedad individual por medio de la propiedad universal, para que todos pudiéramos trabajar para todos; sólo que no hay motivo para esto. Los positivistas, los comunistas y todos los apóstoles de la fraternidad científica predicán la extensión á toda la humanidad del amor que los hombres experimentan por sí mismos, por sus familias, por el Estado; olvidan que este amor que predicán es un amor personal, que, engrandeciendo, pudo comprender la familia, llegar hasta el amor á una patria natural, pero que desaparece completamente ante un Estado artificial como Austria, Inglaterra, Turquía, etc., y que ni aun podemos representárnoslo cuando se trata de toda la humanidad, concepción absolutamente mística.

«El hombre se ama á sí mismo, á su personalidad misma; ama á su familia, ama á su patria. ¿Por qué no ha de amar lo mismo á toda la humanidad? ¡Cuán hermoso sería esto! Justamente lo enseña el cristianismo».

Así piensan los partidarios de la fraternidad positivista, comunista y socialista. En efecto, esto sería muy hermoso, pero se trata de cosa imposible, porque el amor basado en la concepción personal y social de la vida no puede ir más lejos que el amor á la patria.

El error del razonamiento consiste en que la concepción social de la vida, sobre la que se basa el amor á la familia y á la patria, se funda en el amor á la personalidad, y que este amor, extendiéndose de la personalidad á la familia, á la raza, á la nación, se debilita más cada vez y llega, con el amor al Estado, á su último límite.

La necesidad de ensanchar el dominio del amor es in-

discutible, pero al mismo tiempo destruye la posibilidad de amar, y prueba la insuficiencia del amor personal humano.

Y es entonces cuando los apóstoles de la fraternidad comunista, positivista y socialista proponen, para detener esta bancarrota del amor humano, el amor cristiano, pero sólo en las consecuencias, no en las causas. Proponen el amor á la humanidad, no á Dios.

Pero este amor no puede existir; no tiene razón de ser. El amor cristiano resulta únicamente de la concepción cristiana de la vida, concepción según la cual el objeto de la vida es amar y servir á Dios.

Por una marcha natural, la concepción social de la vida condujo á los hombres, del amor á sí mismo, á la familia, á la raza, á la nación, á la patria, á la conciencia de la necesidad de amar á la humanidad, que no tiene límites y se confunde con todo lo que vive. Esta necesidad de amar á algo que en el hombre no provoca ningún sentimiento, hizo surgir una contradicción que la concepción social de la vida no puede resolver.

Sólo la doctrina evangélica, en su recto significado, la resuelve, dando á la vida un nuevo sentido. El cristianismo reconoce igualmente el amor á sí mismo que el amor á la familia, á la nación y á la humanidad, y no sólo á la humanidad, sino á todo lo que vive. Pero el objeto de este amor no puede hallarle el hombre fuera de sí, en la agrupación de personalidades: familia, raza, patria, humanidad, ni en el mundo exterior; le encuentra en sí mismo, en su personalidad divina, cuya esencia es este amor.

Lo que distingue á la doctrina cristiana de las que la precedieron, consiste en que la antigua doctrina decía:

«Vive contrariamente á la naturaleza (comprendiendo la naturaleza animal solamente), sométete á la ley exterior de la familia, de la sociedad, del Estado».

Mientras que el cristianismo dice:

«Vive según tu naturaleza (comprendiendo solamente la naturaleza divina), no la sometás á nada, ni á la naturaleza animal ni á las otras, y llegarás justamente á lo que buscas, sometiéndolo á las leyes exteriores tu naturaleza exterior».

La doctrina cristiana conduce al hombre á la conciencia primitiva de su yo, pero no de su yo animal, sino de su yo divino, del resplandor divino, de su yo hijo de Dios, tan Dios como el Padre, pero encerrado en una envoltura animal. Y la conciencia de ser el hijo de Dios, cuya esencia es el amor, satisface á la necesidad de ensanchar el dominio de este amor, necesidad á que es conducido el hombre de la concepción social. Para este último, la salvación de la personalidad exige, en efecto, el ensanchamiento cada vez mayor del dominio del amor; el amor es una necesidad con relación á ciertos objetos: el yo, la familia, la sociedad, la humanidad. Con la concepción cristiana de la vida, el amor no es una necesidad y no se ejercita en nada, es una facultad esencial del alma humana. El hombre ama, no porque su interés sea amar á éste ó á aquél, sino porque el amor es la esencia de su alma, porque no puede no amar.

La doctrina cristiana enseña al hombre que la esencia de su alma es el amor, que su dicha no es amar á tal ó cual entidad, sino al principio de todo, á Dios, que sabe contener en sí. Por esto les amará á todos y á todo. Ahí está la diferencia fundamental entre la doctrina cristiana

y la doctrina de los positivistas y de todos los teóricos de la fraternidad universal no cristiana.

Tales son los dos errores principales respecto al cristianismo, y de ellos resulta la mayoría de los falsos razonamientos de que es objeto. El primero consiste en creer que la doctrina del Cristo da á los hombres, como las doctrinas que le precedieron, reglas que han de observar, y que estas reglas son impracticables; el segundo, en que toda la filosofía del cristianismo se reduce á hacer una sola familia de toda la humanidad, y en que se puede obtener este resultado sencillamente por medio del amor á la humanidad, exento del amor á Dios.

Pera concluir, la opinión errónea de los sabios, quienes suponen que lo sobrenatural es la esencia del cristianismo, y que su doctrina es impracticable, ha sido una de las causas de que los hombres de nuestro tiempo no comprendan el cristianismo.



CAPÍTULO V

Contradicción entre nuestra vida y la doctrina cristiana

La ininteligencia de la doctrina del Cristo por los hombres obedece á causas diversas. Una de ellas consiste en que los hombres creen haberla comprendido cuando, como los fieles de la iglesia, admiten su revelación sobrenatural, ó cuando, como los sabios, se limitaron al estudio de los fenómenos exteriores por que se manifestara. Otra de estas causas reside en la convicción de que es impracticable y quizá pueda ser reemplazada por la doctrina del amor á la humanidad. Pero la principal de estas causas, la que es manantial de todos los desacuerdos, consiste en la opinión de que el cristianismo es una doctrina que se puede aceptar ó rechazar sin cambiar de vida.

Los hombres, acostumbrados al orden de cosas actual, que están á él sujetos y temen modificarlo, tratan de comprender la doctrina como conjunto de revelaciones y de reglas que se pueden aceptar sin cambiar de vida. Mientras que el cristianismo no es únicamente una doctrina que da reglas que han de seguirse, sino una nueva explicación del sentido de la vida, una definición de la acción humana absolutamente distinta á la antigua, puesto que la humanidad entró en un nuevo periodo.

La vida de la humanidad se modifica, como la vida del individuo, pasando por edades diferentes: cada edad tiene de la vida una concepción correspondiente, que los hombres se asimilan sin falta. Los que no se la asimilan por la razón se la asimilan inconscientemente. Lo que tiene lugar por el cambio de miras sobre la vida de los individuos, tiene lugar igualmente por el cambio de miras sobre la vida de los pueblos y la de toda la humanidad. Si el padre de familia continuara guiándose por la concepción de la vida que llevaba cuando niño, su vida se tornaría tan, difícil que buscaría por sí mismo otra concepción, y aceptaría gustosamente la correspondiente á su edad.

Esto es lo que hoy ocurre en la humanidad, en la época que atravesamos, época de transición entre las concepciones pagana y cristiana de la vida. El hombre social de nuestro tiempo es conducido por la vida misma á la necesidad de rechazar la concepción pagana, impropia en la actual edad de la humanidad, y á someterse á las exigencias de la doctrina cristiana cuyas verdades, tan corrompidas y tan mal interpretadas, le son, á pesar de ello, conocidas, y las únicas que ofrecen solución á las contradicciones que le oprimen.

Si el hombre de la concepción social mira las exigencias del cristianismo como extrañas y hasta peligrosas, tan extrañas, incomprensibles y peligrosas parecían al salvaje de los tiempos antiguos las exigencias de la doctrina social, cuando aun no las comprendía ni podía prever sus consecuencias.

«Es insensato —decía— sacrificar su tranquilidad ó su vida en la defensa de algo incomprensible, intangible y convencional: la familia,—la raza, la patria—y sobre todo, es peligroso ponerse á la merced de un poder extraño».

Pero llegó el tiempo en que el salvaje comprendió, aunque vagamente, el valor de la vida social y de su principal motor, la aprobación ó la reprobación social: la gloria, y en el que, por otra parte, las dificultades de su vida personal tornáronse tales que no pudo seguir creyendo en el valor de su antigua concepción de la vida, y se vió precisado á aceptar la doctrina social y someterse á ella.

Lo propio repítese hoy con el hombre social.

«Es insensato —dice— sacrificar su dicha, la de su familia, la de su patria, para satisfacer á las exigencias de algunas leyes, superiores, pero incompatibles con el sentimiento mejor, más natural, el amor á sí mismo, á su familia, á su pueblo, y sobre todo, es peligroso abandonar la garantía de la vida que asegura la organización social».

Pero llega un tiempo en que la vaga conciencia de la ley superior del amor á Dios y al prójimo, y los sufrimientos resultantes de las contradicciones de la vida, obligan al hombre á rechazar la concepción social y á aceptar lo que se le propone, que resuelve todas las contradicciones

y remedia todos los sufrimientos: la concepción cristiana de la vida.

Y este tiempo ha llegado.

Nosotros, que sufrimos, hace ya miles de años, la transición de la concepción animal á la social, creemos que aquella transición era entonces necesaria, natural, mientras que ésta, en la que nos hallamos hace 1800 años, nos parece arbitraria, artificial y horrible. Pero esto nos lo parece únicamente porque la primera transición está ya cumplida, porque las costumbres que hizo nacer se nos hicieron habituales, mientras que la transición actual no ha terminado aún y hemos de perseguirla conscientemente.

Siglos, millones de años pasaron, sin que la concepción social penetrara en la conciencia de los hombres. Pasó por diversas formas, y hoy entró en el dominio de la inconsciencia por la tradición, la educación, la costumbre. Pero, hace cinco mil años, parecía á los hombres tan poco natural y tan espantosa como la doctrina cristiana, en su verdadero sentido, paréceles hoy.

Nos parece hoy que las exigencias del cristianismo, la fraternidad universal, la supresión de las nacionalidades, la supresión de la propiedad, el tan extraño precepto de la irresistencia al mal por medio de la violencia, son inaceptables. Pero tan inaceptables parecían, hace millones de años, todas las exigencias de la vida social, aun las de la vida familiar, como la obligación de los esposos de ser fieles uno á otro, por ejemplo. Más extrañas aun, hasta insensatas, parecían las varias exigencias sociales, como la obligación para los aldeanos de someterse al poder, de pagar impuestos, de hacer la guerra en defensa de la pa-

tria, etc., etc. Todas estas exigencias nos parecen hoy sencillas, comprensibles, naturales, y en ellas no vemos nada místico ni espantoso. Sin embargo, hace cinco ó tres mil años, parecían inadmisibles.

La concepción social servía justamente de base á las religiones porque, en la época en que se propuso á los hombres, les parecía absolutamente incomprensible, mística y sobrenatural. Hoy, habiendo atravesado esta fase de la vida humana, comprendemos las causas racionales de la agrupación en familias, comunidades, Estados; pero, en la antigüedad, la necesidad de semejantes reuniones fué presentada en nombre de lo sobrenatural y confirmada por éste.

Las religiones patriarcales divinizaban á la familia, á la raza, al pueblo; las religiones sociales ven á los reyes, á los Estados. Aun hoy, la mayoría de los ignorantes, como nuestros aldeanos, que llaman al czar Dios terrestre, se someten á las leyes sociales, no con arreglo á la conciencia razonada de su necesidad, no porque tengan una idea del Estado, sino por un sentimiento religioso.

De idéntico modo, hoy, la doctrina de Cristo aparece bajo el aspecto de una religión sobrenatural, cuando realmente nada tiene de esto, ni de misteriosa ni de mística. Es simplemente una doctrina de la vida que corresponde al grado de desarrollo de la edad en que se halla la humanidad, y que, de consiguiente, á la fuerza ha de aceptar ésta.

Llegará un día—llegó ya—en que los principios cristianos de la vida—fraternidad, igualdad, comunidad de propiedades, irresistencia al mal por medio de la violencia—

parezcan tan sencillos y tan naturales como nos parecen hoy los principios de la vida familiar y social. Ni el hombre ni la humanidad pueden retroceder. Las concepciones familiar y social son fases atravesadas por los hombres; necesitan caminar hacia adelante y asimilarse la concepción siguiente, superior, la que ahora se verifica.

Este movimiento se cumple de dos partes á la vez: conscientemente, á consecuencia de las causas morales; inconscientemente, á consecuencia de causas materiales.

Así como un individuo aislado no cambia su existencia únicamente por razones morales, sino que, más comunemente, sigue viviendo como antes, no obstante el nuevo sentido y el nuevo fin revelados por la razón, y no modifica su vida sino cuando se ha tornado absolutamente contraria á su conciencia y, de consiguiente, intolerable, la humanidad, sabiendo por sus guías religiosos el nuevo sentido de la vida, los nuevos fines á que ha de tender, sigue mucho tiempo tras esta iniciación viviendo como antes, y únicamente se ve obligada á aceptar la nueva concepción por la imposibilidad de continuar la antigua vida.

No obstante la obligación de modificar la vida, obligación formulada por los guías religiosos, reconocida por los hombres más inteligentes, y ya entrada en la conciencia, la mayoría de los hombres, sin dejar de respetar á sus guías, es decir, á la fe en su doctrina, continúan dirigiéndose, en esta vida ya complicada, por los principios de la antigua doctrina, como lo haría el padre de familia que, sin dejar de saber que es preciso vivir según su edad, por costumbre y por ligereza continuase viviendo su existencia de niño.

Es lo que tiene lugar en el periodo de transición de la humanidad de una edad á otra, que atravesamos en este momento. La humanidad salió de la edad social y entra en una nueva. Conoce la doctrina que debe servir de base á esta nueva edad, pero por inercia continúa conservando las antiguas formas de la vida. De este antagonismo de la nueva concepción con la práctica de la vida, resulta una serie de contradicciones y de sufrimientos que envenenan nuestra existencia y exigen su modificación.

Toda nuestra vida está en contradicción constante con cuanto sabemos y consideramos necesario y obligatorio. Esta contradicción está en todo: en la vida económica, y en la vida política, y en la vida internacional. Como si hubiésemos olvidado lo que sabemos, y apartado provisionalmente cuanto creemos justo, hacemos lo contrario de lo que nos piden nuestra razón y nuestro buen sentido.

Nos guiamos, en nuestras relaciones económicas, sociales é internacionales, por los principios que eran buenos para los hombres de hace 3000 y 5000 años, y que se hallan en contradicción directa tanto con nuestra conciencia actual como con las condiciones de vida en que nos hallamos hoy.

El hombre de la antigüedad podía vivir tranquilo en medio de una organización social en que los hombres estaban divididos en amos y en esclavos, puesto que creían que esta división venía de Dios y que no podía ser de otro modo. Pero ¿es posible tal división en nuestra época?

El hombre de la antigüedad podía creer que su derecho era gozar en detrimento de los demás, haciéndoles sufrir de generación en generación, porque se figuraba que los

hombres pertenecían á diversos orígenes, nobles ó viles, descendencia de Jafet ó de Cam. No solamente los más sabios del mundo, los educadores de la humanidad, Platón, Aristóteles, etc., justificaban la esclavitud, mostrando su legitimidad, sino que, hace tres siglos, los hombres que describieron á la sociedad imaginaria del porvenir, no pudieron representársela sin esclavos. Los hombres de la antigüedad, y hasta los de la edad media, creían que los hombres no eran iguales, que los verdaderos hombres eran los persas, los griegos, los romanos; pero nosotros no podemos creer esto, y los hombres que, en nuestra época, trabajan tanto en defensa de la aristocracia y del patriotismo, no pueden creer lo que dicen.

Todos sabemos, y no podemos no saberlo, aun cuando nunca hubiésemos oído ni leído nada sobre el caso, aun cuando no le hubiéramos experimentado, impregnándonos de ese sentimiento que flota en el aire cristiano, sabemos perfectamente, y no podemos no saberlo, que somos hijos de un solo Padre, habitemos donde habitemos, hablemos el idioma que hablemos; que somos hermanos y respetamos la sola ley de amor depositada en nuestro corazón por nuestro Padre común.

Cualesquiera que sean las ideas y el grado de instrucción de un hombre de nuestra época, cada cual sabe que todos los demás tienen derecho á la vida y á los goces de este mundo, que todos los hombres, ni mejores ó peores los unos que los otros, son iguales. Se sabe esto de una manera absoluta, firme. Y, sin embargo, no sólo cada cual vé en torno de sí la división en dos castas, la que sufre y la que goza, sino que, voluntariamente ó no, toma parte

en el mantenimiento de aquellas dos divisiones por su conciencia condenadas.

Sea señor ó esclavo, el hombre de hoy no puede no experimentar la contradicción constante, aguda, entre su conciencia y la realidad, y conocer los sufrimientos que de ella resultan.

La masa laboriosa, la gran mayoría de los hombres, soportando la pena y las privaciones sin fin y sin razón que absorben toda la vida, sufre aún más con la contradicción flagrante entre lo que es y lo que debiera ser, según lo que profesan ellos mismos y lo que profesan los que les redujeron á aquel estado.

Saben que son esclavos y se hallan condenados á la miseria y á las tinieblas, sólo para el placer de la minoría. Lo saben y lo dicen. Y esta conciencia no sólo acrecienta su sufrimiento, sino que es la principal causa de él.

El esclavo antiguo sabía que era esclavo por orden de naturaleza, mientras que nuestro obrero, sintiéndose esclavo, sabe que no debía serlo, y por esto sufre el suplicio de Tántalo, siempre deseando y no obteniendo nunca, no solamente lo que podría serle concedido, sino lo que se le debe. Los sufrimientos de las clases obreras provienen de la contradicción entre lo que es y lo que debía ser, decuplicados por la envidia y el odio, resultado de esta conciencia de tal estado de cosas.

El obrero de nuestra época, aun cuando su trabajo fuese mucho menos penoso que el del esclavo antiguo, aun cuando obtuviera la jornada de las ocho horas y el sueldo de tres rublos diarios no cesaría de sufrir, porque, al fabricar objetos, no para sí mismo, sino para los demás, trabaja no voluntaria, sino necesariamente, para satisfac-

ción de ricos y ociosos. Sabe que esto ocurre en un mundo en que se reconoce la máxima científica: «El trabajo es la riqueza y lucrarse con el trabajo de otro una injusticia, un delito castigado por las leyes, en un mundo que profesa la doctrina de Cristo», según la cual todos somos hermanos, hallándonos obligados á ayudar á nuestro prójimo, no á explotarle.

Sabe todo esto, y no puede dejar de sufrir con la contradicción flagrante entre lo que es y lo que debía ser.

Y odia, viendo que le odian, y trata de salir de su situación, de desembarazarse del enemigo que le oprime y de oprimirle á su vez.

Se dice:

«Los obreros son culpables queriendo ocupar el puesto del capitalista y el pobre al querer el del rico».

Y esto es falso. El trabajador y el pobre serían injustos si quisieran esto en un mundo en que los esclavos y los amos, los pobres y los ricos son reconocidos como procedentes de Dios; quieren esto en un mundo en que se profese la doctrina evangélica, cuyo primer principio dice que todos los hombres son hijos de Dios, de donde resultan la fraternidad y la igualdad de todos. Y, no obstante los esfuerzos de los hombres, no es posible ocultar que una de las primeras condiciones de la vida cristiana es el amor no en palabras, sino en actos.

El hombre de la clase llamada instruída sufre aún más con las contradicciones de la vida. Todo miembro de esta clase, si cree en algo, es, si no en la fraternidad de los hombres, al menos en un sentimiento de humanidad, ó en la justicia, ó en la ciencia; y sabe también que toda su vida se halla establecida sobre principios directamente

opuestos á todo esto, á todos los principios del cristianismo, y de la humanidad, y de la justicia, y de la ciencia.

Sabe que todas las costumbres del medio en que fué educado y cuyo abandono seriale cruel, no pueden ser satisfechas sino por medio de un trabajo penoso, á menudo fatal á los obreros oprimidos, es decir, por la violación más evidente, más grosera, de aquellos mismos principios de cristianismo, de humanidad, de justicia y hasta de ciencia (y omito las exigencias de la economía política) que profesa. Enseña los principios de fraternidad, de humanidad, de justicia, de ciencia, y no solamente vive de tal suerte que está obligado á recurrir á esta opresión del trabajador, ya reprobada, sino que toda su vida reposa sobre el beneficio de esta opresión, y encamina toda su acción hacia el mantenimiento de tal estado de cosas, absolutamente contrario á cuanto profesa.

Todos somos hermanos, y, sin embargo, todos los días necesito un cigarro, azúcar, un espejo y otros objetos, en cuya fabricación sacrificaron y sacrifican su salud los dichos hermanos ó hermanas, que son iguales á mí. Somos hermanos, y, sin embargo, yo me gano la vida en un Banco, en una casa de comercio cuyo objeto es encarecer las mercancías á mis hermanos. Somos hermanos, y, sin embargo, vivo de la facultad que se me ha concedido para interrogar, juzgar y condenar al ladrón ó la prostituta, cuyas existencias resultan de toda la organización de mi vida, y á los que no se debe, lo sé perfectamente, ni sentenciar ni castigar. Somos hermanos, y yo vivo de la facultad que se me da para percibir los impuestos de los trabajadores y emplearlos en provecho de ricos y ociosos. Somos hermanos, y yo recibo un sueldo por predicar á los

hombres una pretendida fe cristiana en que no creo y que les impide conocer la verdad. Somos hermanos, pero yo, pedagogo, médico, literato; sólo por dinero presto al pobre mis servicios. Somos hermanos, y yo recibo un sueldo por prepararme para ser buen asesino; aprendo á asesinar, fabrico armas, pólvora, construyo fortalezas.

Toda la vida de nuestras clases superiores es una contradicción, y tanto más dolorosa para un hombre cuanto que su conciencia es más sensible y más elevada.

El hombre dotado de una conciencia impresionable no puede no sufrir con semejante vida. El único medio de desembarazarse de este sufrimiento es imponer silencio á su conciencia, pero, si algunos lo consiguen, no logran imponer silencio á su miedo.

Los hombres de las clases opresivas superiores, cuya conciencia es poco impresionable ó que supieron hacerla callar, si no sufren por ella, sufren el miedo ó el odio, y no pueden dejar desufrir. Conocen todo el odio que contra ellos alimentan las clases trabajadoras; no ignoran que los obreros saben que son engañados y explotados y que comienzan á organizarse para sacudir la opresión y vengarse de sus opresores. Las clases superiores ven las asociaciones, las huelgas, y sienten el peligro que les amenaza, y este miedo envenena su vida y se transforma en un sentimiento de defensa y de odio. Saben que, si aflojan un instante en su lucha contra los oprimidos, perecerán, porque los esclavos están exasperados y cada día más de opresión aumenta su exasperación. Por esto no aflojan nunca, no obstante sus pretendidos cuidados en bien del obrero, de la jornada de las ocho horas, de la reglamentación del trabajo de los

niños y de las mujeres, etc., etc. Todo ello es superchería, porque el esclavo sigue siendo esclavo y amo el amo.

Las clases directoras encuéntranse respecto á las trabajadoras en la situación del hombre que ha derribado á su adversario y aun no le suelta, no tanto porque no quiera soltarle cuanto porque un instante de libertad concedida al enemigo, irritado y armado, bastaría para que le degollara.

Por esto, impresionables ó no, nuestras clases acomodadas no pueden regocijarse con las ventajas de que han privado al pobre, y son todo lo contrario de las antiguas, que creían en su derecho. Toda su vida y todos sus placeres vense turbados por los remordimientos ó por el miedo.

Tal es la contradicción económica. Más sorprendente aún es la política contradicción.

Todos los hombres están educados en la costumbre de la obediencia á las leyes. Toda la vida de nuestra época se halla establecida sobre estas leyes. El hombre se casa, se divorcia, educa á sus hijos, hasta profesa una creencia (en muchos países) de acuerdo con la ley. ¿Cuál es, pues, esta ley sobre que reposa toda nuestra existencia? ¿Creen los hombres en ella? ¿La consideran verdadera? De ningún modo. Por lo general, los hombres de nuestra época no creen en la justicia de tal ley, la desprecian, y sin embargo se someten á ella. Se comprende que los hombres de la antigüedad se sometieran á esta ley, pues absolutamente creían que era la única, la verdadera, la que debían aceptar todos los hombres. Pero ¡nosotros!... Nosotros sa-

bemos que la ley de nuestro Estado es, no la única, la eterna ley, si no sólo una como las otras de otros Estados, igualmente imperfecta, injusta y falsa á menudo. Se comprende la obediencia á las leyes cuando se creía que los soberanos que las daban eran los representantes de Dios en la tierra, ó que las asambleas legislativas que las componían estaban animadas del deseo y tenían la posibilidad de hacerlas tan buenas como posible fuera. Pero nosotros sabemos como se confeccionan hoy las leyes. Y por esto los hombres de nuestra época no pueden creer que la sumisión á las leyes políticas y sociales satisfaga á las exigencias de la razón y de la naturaleza humana. Mucho tiempo hace que saben los hombres que someterse á una ley cuya verdad es dudosa, está fuera de razón, y, por consiguiente, no pueden no sufrir al someterse á una ley á que no reconocen ni sabiduría ni carácter obligatorio.

El hombre no puede no ofenderse cuando toda su vida está regulada de antemano por leyes á las que tiene que obedecer bajo amenaza de castigo, sin creer en su sabiduría ni en su justicia, y á menudo hasta teniendo clara conciencia de su crueldad y de su carácter artificial.

Pero tal contradicción resulta poca cosa comparada con la que se eleva ante los hombres en sus relaciones internacionales y que, bajo amenaza de pérdida de la razón y de la vida humana, exige una solución. Tal es la contradicción entre la conciencia cristiana y la guerra.

Todos nosotros, pueblos cristianos, que vivimos la misma vida espiritual, de manera que todo pensamiento generoso, fecundo, naciendo en un extremo del mundo, se comunica en seguida á toda la humanidad cristiana y provoca igual sentimiento de alegría y orgullo, no obstan-

te las nacionalidades; nosotros, que amamos al pensador, al filántropo, al poeta, al sabio extranjero; nosotros, que nos enorgullecemos con la hazaña de Damiens cual si fuera nuestra; nosotros, que amamos sencillamente á los extranjeros; nosotros que apreciamos sus cualidades, que nos sentimos felices al encontrarles, que les acogemos con placer, que no sólo no podemos considerar un acto heroico la guerra contra ellos, sino que no podemos dejar de pensar con terror que tal desacuerdo puede estallar entre ellos y nosotros, estamos obligados á tomar parte en la carnicería que tendrá lugar, si no hoy, inevitablemente mañana.

Se comprende que los judíos, los griegos, los romanos defendieran su independencia por medio del asesinato, y que con el asesinato sometieran á los pueblos, porque cada uno se creía ser el pueblo elegido, bueno, amado de Dios; los hombres de la Edad media, hasta los de fines del siglo último y aun los del comienzo de éste, también podían tener igual creencia. Pero nosotros, no obstante todas las excitaciones, no podemos tenerla. Y esta contradicción es tan terrible en nuestra época, que imposible nos es vivir sin solucionarla.

Muchos eminentes autores, entre ellos el sabio profesor de derecho internacional, conde Komarovsky (en una de sus hermosas *Memorias*), el conocidísimo Enrique Ferri, el no menos famoso Carlos Booth (en su discurso leído en Londres á la Asociación para la reforma y codificación de la ley de las nacionalidades, 20 de Julio de 1887), el eminentísimo Federico Passy (en su memoria al último Congreso de la Paz, celebrado en Londres en 1890), Landon, Wilson, Bartlett y otros escribieron sobre el motivo, perfectamente de acuerdo con nosotros.

Causa admiración el saber que 60.000 suicidios tienen lugar cada año en Europa, y por el contrario, menester sería extrañar que haya tan pocos.

Todo hombre de nuestra época, si se penetra de la contradicción entre su conciencia y su vida, se encuentra en la situación más cruel. Sin hablar de todas las demás contradicciones entre la vida real y la conciencia que llenan la existencia del hombre moderno, basta el estado de paz armada permanente y de su religión cristiana para que el hombre desespere, dude de la razón humana y renuncie á la vida en este mundo insensato y bárbaro. Tal contradicción, quinta esencia de todas las demás, es tan terrible, que vivir con ella sólo es posible no pensando, olvidándola.

¡Cómo! Nosotros, cristianos, no sólo no profesamos amor al prójimo, sino que en realidad vivimos una vida común, una vida cuyo pulso late con un solo movimiento; nos ayudamos unos á otros, nos instruimos más cada vez para la dicha común, nos acercamos mutuamente con amor, y porque un jefe de Estado dice una necedad, y otro le responde con otra, ¡yo iré á exponerme á la muerte, á matar á hombres que nada me han hecho, á los que amo! Y no es esta una lejana probabilidad, sino certidumbre inevitable á que todos nos preparamos.

Basta tener clara conciencia de esto para volverse loco ó suicidarse. Y es lo que ocurre, sobre todo entre los militares.

Sólo de este modo puede explicarse la intensidad terrible con que el hombre moderno trata de embrutecerse por medio del vicio, del tabaco, del opio, del juego, de la lectura de periódicos, de los viajes y de toda clase de pla-

ceres y espectáculos. Se entrega á ellos como á una ocupación seria é importante; y lo es, en efecto. Si no tuviera medio exterior de embrutecimiento, la mitad del género humano se saltaría la tapa de los sesos en seguida, por que su razón es intolerable. Y todos los hombres de nuestra época se encuentran en esta situación: todos viven en contradicción constante y flagrante entre su conciencia y su vida. Estas contradicciones, tan pronto son económicas como políticas, pero la más saliente reside en la conciencia de la ley cristiana de la fraternidad de los hombres, y, al propio tiempo, de la necesidad que hace que los hombres hayan de someterse al servicio militar universal, la necesidad de estar siempre dispuestos para odiar, para asesinar, para ser al mismo tiempo cristiano y gladiador.



CAPÍTULO VI

El servicio militar obligatorio

Los hombres instruidos de las clases superiores tratan de ocultar la necesidad cada día más evidente de un cambio en el orden de cosas actual, pero la vida, que continúa desarrollándose y complicándose sin cambiar de dirección, aumenta las contradicciones y los sufrimientos de los hombres y les conduce al límite extremo que no puede ser salvado. Este último límite de la contradicción es el servicio obligatorio para todos.

Generalmente se cree que el servicio militar universal y el aumento de los ejércitos que de él resulta, así como el aumento de los impuestos y de las deudas de Estado en todos los pueblos, son un fenómeno pasajero producido por cierta situación política de Europa, y que podría desaparecer mediante ciertas convenciones internacionales sin que sea preciso modificar el actual orden de cosas.

Esto es absolutamente inexacto. El servicio obligatorio es una contradicción interior que ha entrado por completo en la concepción social de la vida, y que se ha tornado evidente porque llegó á los últimos límites en un momento de desarrollo material bastante grande.

La concepción social de la vida consiste, como sabemos, en que el sentido de la vida es transportado de la personalidad á la agrupación en sus diversos grados: familia, tribu, raza, Estado.

Según esta concepción, resulta que, como el sentido de la vida reside en la agrupación de personalidades, estas personalidades sacrifican voluntariamente sus intereses á los del grupo. Es lo que se produjo y sigue produciéndose en ciertas formas de agrupación, en la familia y en la tribu, en la raza y hasta en el Estado patriarcal. A causa de las costumbres transmitidas por la educación y confirmadas por la sugestión religiosa, las personalidades subordinaban sus intereses á los del grupo y les sacrificaban á la comunidad sin estar obligadas á ello. Pero cuanto más complicadas se tornaban las asociaciones, más grandes se hacían, más individuos nuevos conquistaban, y más se afirmaba la tendencia de las personalidades á alcanzar su interés personal, en detrimento del interés general; y más violencia había de desplegar el poder para dominar á aquellas personalidades indómitas. Los defensores de la concepción social, generalmente, se proponen confundir la noción del poder, es decir, la violencia, con la noción de la influencia moral; pero esta confusión es absolutamente imposible.

La influencia moral obra sobre los deseos mismos del hombre, modificándoles en el sentido que se quiere.

El hombre que experimenta la influencia moral obra con arreglo á sus deseos, mientras que el poder, en el sentido ordinario de esta palabra, es un medio de obligar al hombre á obrar en contra de sus deseos. El hombre sometido al poder obra, no como quiere, sino como está obligado á hacerlo; y sólo por la violencia física, es decir, por medio de la prisión, de la tortura, de la mutilación ó por la amenaza de estos castigos, puede obligarse al hombre á hacer lo que no quiera. En esto consiste y consistió siempre el poder.

No obstante los incesantes esfuerzos del gobierno para ocultar y para dar al poder otro significado, éste es para el hombre una cuerda, una cadena con las que será ahorcado y arrastrado, el látigo con que le lastimará, el cuchillo que cortará sus brazos, ó sus piernas, ó su cabeza; y esto ocurría, como es sabido, en tiempo de Neron; y esto ocurre hoy con el gobierno más liberal, el de la República Americana ó el de la República Francesa. El pago de los impuestos, el cumplimiento de los deberes sociales, la sumisión en los castigos, todo al parecer voluntario, en el fondo siempre oculta el temor á una violencia.

La base del poder es la violencia física; y la posibilidad de hacer sufrir á los hombres una violencia física se debe sobre todo á los individuos mal organizados, de manera que obran de acuerdo sometiéndose á una sola voluntad. Estas reuniones de individuos armados que obedecen á una sola voluntad, forman el ejército. El poder se halla siempre en manos de los que mandan al ejército, y siempre todos los jefes del poder, desde los césares romanos

hasta los emperadores rusos y alemanes, se inquietan por el ejército más que por cualquiera otra cosa, y sólo á él halagan, sabiendo que, si el soldado se halla con ellos, el poder les está asegurado.

El objeto del poder y su razón de ser están en la limitación de la libertad de los hombres, que quisieran poner sus intereses personales por encima de los intereses de la sociedad. Pero lo mismo se adquiere el poder por medio del ejército, que por la de herencia ó por la elección, los hombres que lo posean no se distinguirán en nada de los otros seres y, como ellos, estarán impelidos á no subordinar su interés al interés general, sino al contrario. Cualquiera que sean los medios empleados, hasta la fecha no se supo realizar el ideal de no confiar el poder sino á hombres infalibles, y hasta el de impedir el abuso del poder.

Todos los procedimientos conocidos al presente, el derecho divino inclusive, y la elección, dan los mismos resultados negativos. Sabido es que ninguno de estos procedimientos puede asegurar la transmisión del poder á los solos infalibles, como tampoco impedir el abuso del poder. Sabido es que los que le poseen, por este solo motivo, siempre ven- se inclinados hacia la inmoralidad, es decir, á subordinar los intereses generales á sus intereses personales. Esto, por otra parte, no puede ser de otro modo.

La concepción social sólo es justificable mientras los hombres sacrifican voluntariamente su interés á los intereses generales; pero, en cuanto hubo uno que no quiso hacer esto, se sintió la precisión del poder, es decir, de la violencia, para limitar su libertad, y entonces se entró en la concepción social y en la organización, que resulta el

germen desmoralizador del poder, es decir, de la violencia de unos sobre otros.

Y para que la dominación llegara á su fin, el poder se colocó en manos de infalibles, único modo de que la organización social pudiera comprenderse.

Mas, como esto no existe, como, por el contrario, los poderosos están muy lejos de ser santos, precisamente porque disponen del poder, la organización social, basada en la autoridad, no puede justificarse.

Si hubo un tiempo en que, á consecuencia del rebajamiento del nivel moral y de la disposición de los hombres á la violencia, la existencia del poder ofreció alguna ventaja, por ser menor la violencia de la autoridad que la de los particulares, evidente es que tal ventaja no podía ser eterna. Cuanto más disminuía en las masas la tendencia á la violencia, cuanto más se dulcificaban las costumbres, cuanto más se desmoralizaba el poder á causa de su libertad de acción, más iba reduciéndose aquella ventaja.

Este cambio de la relación entre el desarrollo moral de las masas y la desmoralización de los gobiernos es toda la historia de los últimos dos mil años.

Los oprimidos creen generalmente que el gobierno existe para su bien, que sin gobierno estarían perdidos, que, sin incurrir en sacrilegio, no se puede expresar el pensamiento de vivir sin gobierno; que esto sería una doctrina terrible, —¿por qué?— de anarquía, y que se ofrece acompañada de un sin fin de calamidades.

Se creyó antes, y hoy se cree, como en algo absolutamente probado, que puesto que hasta la fecha todos los pueblos se desarrollaron bajo la forma de Estados, tal for-

ma será siempre la condición esencial del desarrollo de la humanidad.

En general, créese que los gobiernos aumentan los ejércitos para la defensa exterior del país, cuando los soldados les son más necesarios para su propia defensa contra los súbditos oprimidos y reducidos al estado de esclavos.

Esto, que siempre ha sido preciso, más lo es á medida que aumenta la instrucción, á medida que las relaciones entre los pueblos y los habitantes de un mismo país se van tornando fáciles, y sobre todo á causa del movimiento comunista y obrero en general.

Respondiendo, en Alemania, á la interpelación: «¿Por qué se necesitaban fondos para aumentar el sueldo de los sargentos?» un canciller declaró francamente que se necesitaban sargentos seguros para luchar contra el socialismo. Caprivi no hizo otra cosa que decir lo que todo el mundo sabe: es decir, que el dinero se necesita, no para defenderse contra el enemigo exterior, sino para comprar sargentos dispuestos á luchar contra los trabajadores oprimidos; es decir, que el orden de cosas es tal, no porque deba ser así naturalmente, no porque el pueblo quiere que así sea, sino porque el gobierno lo mantiene de este modo por medio de la violencia, apoyándose en el ejército, en sus sargentos y en sus generales comprados.

Si unos, los que trabajan, son despojados y vejados en todas formas por los otros, por los que holgazanean, ello se verifica, no porque el pueblo lo quiera y deba ser naturalmente, sino porque los gobiernos y las clases directoras lo quieren de este modo para su provecho, imponiéndolo por medio de una violencia material.

Todos lo saben, y, si alguien no lo supiera, á la primera tentativa de desobediencia se lo dirían.

Pero sólo hay un gobierno. Existen otros á su lado, que dominan igualmente por medio de la violencia y que siempre se hallan dispuestos á arrancar al vecino el producto de sus súbditos, ya reducidos á la esclavitud. Por esto necesitan al ejército, no sólo para mantenerse como se hallan, sino para defender su botín contra todo el mundo. Los Estados se ven, pues, reducidos á rivalizar en el aumento de sus ejércitos, y este aumento es contagioso, como lo hizo notar Montesquieu hace ciento cincuenta años.

Todo aumento de efectivo verificado en un Estado, tór-nase inquietante para el vecino, haciendo que también aumente su ejército.

Semejante rivalidad entre los ejércitos, condujo á los gobiernos europeos á la necesidad de establecer el servicio universal, único que procuraba el mayor número de soldados con el menor gasto posible. Alemania fué la primera; otras naciones la imitaron. Y á causa de esto, los ciudadanos, en general, fueron llamados á las armas para mantener las injusticias que se cometen entre ellos, de manera que los mismos ciudadanos se convirtieran en sus propios tiranos.

El servicio universal es una necesidad lógica á que había de llegarse, pero también es la última expresión de la contradicción interior de la concepción social, contradicción que se reveló cuando para su mantenimiento fué preciso recurrir á la violencia.

Esta contradicción se ha hecho evidéntisima. En efecto, el sentido de la concepción social consiste en que el

hombre, teniendo conciencia de la barbarie de la lucha entre personalidades y de la carencia de seguridad, ha transportado el sentido de su vida á la asociación de personalidades. Con el servicio universal ocurre que los hombres, habiendo hecho los posibles sacrificios para evitar las crueldades de la lucha y la inestabilidad de la vida, son llamados, no obstante, á pasar por los peligros que creyeron evitar, y que, además, la asociación,—Estado,—á que sacrificaran sus intereses personales, corre los mismos peligros de muerte que antes amenazaban al individuo aislado.

Los gobiernos debieran evitar á los hombres la lucha entre individuos, dándoles la certeza de la inviolabilidad del régimen adoptado; y en lugar de esto, exponen al individuo á los mismos peligros, con la diferencia de que, en lugar de una lucha entre personalidades de la misma agrupación, es una lucha entre grupos.

El establecimiento del servicio universal, hace que sean nulas todas las ventajas de la vida social que está llamado á defender.

Las ventajas de la vida social consisten en la seguridad de la propiedad y del trabajo y en la posibilidad de una mejora general de las condiciones de vida.

Los impuestos percibidos para los gastos militares absorben la mayor parte del producto del trabajo que el ejército debe defender.

La incorporación bajo las banderas compromete la posibilidad del trabajo. Las amenazas de la guerra siempre pronta á estallar, hacen inútiles y vanas todas las mejoras de las condiciones de la vida social.

Pero en ninguno de estos hechos reside el significado

fatal del servicio militar, como manifestación de la contradicción que encierra la concepción social. La principal manifestación de esta contradicción consiste en que, en el servicio militar, todo ciudadano se torna el sostén del orden de cosas actuales y participa en los actos del Estado, sin reconocer su legitimidad.

El servicio universal es el último grado de violencia, necesario al mantenimiento de la organización social; es el límite extremo á que pudo llegar la sumisión de los súbditos, es la bóveda cuya caída determinará la de todo el edificio.

Con los abusos siempre en aumento de los gobiernos y su antagonismo, se ha llegado á reclamar á los súbditos no sólo servicios materiales, sino hasta sacrificios morales que hacen se diga uno: ¿Puedo obedecer? ¿En nombre de quien me debo sacrificar?

Y estos sacrificios se piden en nombre del Estado. Mas ¿para que necesitamos el Estado?

El Estado—nos dicen—es necesario para que con él todos nos hallemos defendidos contra las violencias de los malos; porque sin él hubieramos seguido siempre salvajes y no habríamos tenido ni religión, ni instrucción, ni industria, ni comercio... y porque sin Estado habríamos corrido el peligro de ser conquistados por los pueblos vecinos.

Pero ¿quienes son esos malos de que se habla? Hace tres ó cuatro siglos, cuando estábamos orgullosos de nuestros actos militares, cuando matar era una acción gloriosa, hombres había de tal género, mas no hoy, en que todos deseamos lo propio: la posibilidad de una vida tranquila y estable. No hay, pues, esos malos contra quienes el Es-

tado nos quiere proteger. Y si el Estado debe defendernos contra los hombres que considera animales, sabemos que éstos no son hombres de otra naturaleza, como las fieras entre los corderos, sino hombres cual todos nosotros, á los que no gusta más que á nosotros perpetrar crímenes. Sabemos hoy que la amenaza de castigos no disminuirá el número de estos hombres, que ello se deberá al cambio de medio y á la influencia moral. Realmente, la acción del gobierno con sus medios de corrección, presidios, guillotina, concurre á la barbarie de las costumbres antes que á su dulcificación, y, por consiguiente, antes que disminuir, aumenta el número de los bribones.

«Sin el Estado,—se nos dice,—no hubiéramos tenido ni religión, ni educación, ni industria, ni comercio»...

También puede aplicarse este argumento á tiempos pasados. Las vías de comunicación, tan extensamente desarrolladas, y el cambio de ideas han hecho que, para la formación de asociaciones, de corporaciones, de congresos, de instituciones económicas y políticas, los hombres de nuestra época no sólo pueden prescindir de los gobiernos, sino que frecuentemente hasta les sirve de obstáculo el Estado, que les estorba, en vez de ayudarles, en la realización de sus proyectos.

«Sin el Estado y el gobierno, el pueblo hubiera sido conquistado por los vecinos.

Inútil responder á este argumento, que en sí mismo lleva su refutación, pues todos sabemos que no sólo no nos priva de los ataques de los pueblos vecinos la mencionada exageración de fuerzas militares, sino que ella, por el contrario, podría ser el motivo de tales ataques.

Lo cual hace más clara la evidencia de que los sacrifi-

cios pedidos por los gobiernos no tienen razón de ser, pues todo hombre vé que satisfacer al Estado y someterse al servicio militar es á menudo más desventaja que una rebelión.

Si la mayoría prefieren la sumisión, no lo hacen después de madurísimas reflexiones sobre el bien y el mal que puede resultar, sino porque se está, por así decirlo, hipnotizado. Obedeciendo, los hombres se someten á las órdenes que reciben, sin reflexionar y sin hacer un esfuerzo de voluntad. Para no obedecer, necesario es reflexionar con independencia; y éste es un esfuerzo de que no todo el mundo es capaz.

En suma, pertenézcase á la clase acomodada y opresora ó á la obrera y oprimida, las ventajas de la rebelión serán siempre mayores que las de la obediencia.

Si se pertenece á la clase opresora, la menos numerosa, mi negativa á obedecer al gobierno me valdrá una sentencia de prisión, de destierro, de muerte.

Tales son los inconvenientes para el que se niega á obedecer.

Los que el sumiso se acarrean son: que se les envíe á matar hombres, á correr el peligro de ser muerto ó mutilado: que para esto se le cubra con un traje de colorines, librea de bufón, que le obligará á obedecer á todo el mundo por espacio de cierto tiempo; que se le haga luchar contra sus compatriotas, contra sus hermanos, por intereses dinásticos que nada pueden importarle.

He aquí ahora las ventajas:

El que no se haya negado á servir militarmente, el que haya pasado por toda clase de humillaciones, ejecutado toda suerte de crueldades, sobre su traje de bufón podrá

poner adornos rojos ó dorados; en el caso más feliz, posible es que llegue á mandar á centenares de millar de hombres, á llamarse feld-mariscal, á ganar mucho dinero.

En cuanto al desobediente, como ventaja tendrá la de haber conservado su dignidad de hombre, la de ser apreciado por las personas honradas, y, sobre todo la de tener conciencia de haber llevado á cabo una obra digna de Dios, es decir, útil á los hombres.

Tales son las ventajas y los inconvenientes en ambos casos para un hombre de la clase acomodada y opresora. En cuanto al hombre de la clase obrera pobre, las ventajas y los inconvenientes serán iguales, pero con un notable aumento de inconvenientes; además, tomando parte en el servicio militar, con su apoyo afirmará la opinión á que se halla sometido.

Mas, no es por medio de reflexiones sobre la utilidad mayor ó menor del Estado, al que los hombres prestan su apoyo tomando parte en el servicio militar, y menos aún por el examen de las ventajas ó desventajas de la obediencia ó de la sumisión cómo se puede resolver la cuestión de la necesidad de un gobierno. Tal cuestión no puede resolverse de una manera definitiva sino por la conciencia de todo hombre á quien se le ofrece, á su pesar, con el servicio militar obligatorio.



CAPÍTULO VII

Aceptación inevitable por los hombres de nuestro mundo de la doctrina de la irresistencia al mal.

Con frecuencia se dice que si el cristianismo fuera una verdad, debió ser aceptada por los hombres en el momento de su aparición, y desde entonces cambiar las condiciones de vida, mejorándola. Es como si se dijera que la semilla, desde el momento en que puede germinar, á la vez debe dar tallo, flor y fruto.

La doctrina de Cristo no es una jurisprudencia que, impuesta violentamente, pudiera cambiar al punto la vida de los hombres. Es una mera concepción de la vida más elevada que la antigua; y una nueva concepción de la vida no puede ser prescrita; libremente se ha de asimilársela. Y no puede asimilarse libremente sino por dos sendas: una interior espiritual, y la otra exterior, experimental.

Unos, la minoría, por una especie de instinto profético, adivinan al punto la verdad de la doctrina y la siguen. Otros, la mayoría, no son conducidos á la verdad de la doctrina y á su práctica, sino tras larga serie de errores, de experiencias y de sufrimientos.

A esta necesidad de asimilación de la doctrina ha sido hoy conducida, por la vía experimental exterior, la mayoría de la humanidad cristiana.

En ocasiones preguntase uno por qué la corrupción del cristianismo, que todavía es hoy el obstáculo más grande á su aceptación en el sentido verdadero, podía ser necesaria. Y sin embargo, esta corrupción del cristianismo llevó á los hombres á la situación en que se hallan y que era precisamente la condición necesaria para que la mayoría pudiese aceptarla en su verdadero significado.

Si desde el principio hubiera sido propuesto el puro cristianismo, no habría sido aceptado por la mayoría, á quien hubiera sido extraño, como lo es hoy á los pueblos del Asia. Habiéndole aceptado en su forma corrompida, los hombres fueron sometidos á su influencia, segura, aunque latente, y, por la ancha senda de errores y sufrimientos que de ella resultaban, hoy llegaron á la necesidad de asimilársela en su verdadero significado.

La corrupción del cristianismo y su aceptación bajo esta forma eran tan necesarias, como preciso es que la semilla arrojada en tierra permanezca allí oculta cierto tiempo.

El cristianismo es una doctrina de verdad y al propio tiempo una profecía. Hace dieciocho siglos, el Cristo reveló la verdadera vida y predicó lo que sería la existencia de los hombres si, no conformándose con esta esperanza, siguieran viviendo con arreglo á los nuevos principios.

Enseñando, en el Sermón de la Montaña, la doctrina que debe guiar á los hombres, Cristo exclamó:

«A todo el que comprenda y ponga en práctica lo que digo, le compararé al hombre prudente que construyó su casa sobre la roca; pues cuando caiga la lluvia, cuando el viento sople, la casa no caerá por estar basada en la roca. Pero el que comprenda las palabras que digo y no las practique, semejante será al insensato que construyó su casa sobre arena; pues cuando llovió, cuando sopló el viento, esta casa arruinóse por completo (1).

Y he aquí que, al cabo de dieciocho siglos, la profecía se ha cumplido. No habiendo seguido la doctrina de Cristo, no habiéndose conformado con su precepto de irresistencia al mal, los hombres han llegado, á pesar suyo, á la inminencia de la ruina que él predijera.

Las hombres creen á menudo que la cuestión de la irresistencia al mal por medio de la violencia es una cuestión secundaria que puede descuidarse. Sin embargo, la vida se la ofrece al hombre que piensa reclamando una pronta solución. Desde que la doctrina de Cristo fué enseñada, esta cuestión en la vida social es tan importante como la de saber cuál de los dos caminos ha de elegir para el viajero que ha llegado al lugar donde la senda se divide.

La cuestión de la irresistencia al mal nació cuando se produjo la primera lucha entre los hombres, porque toda lucha no es otra cosa que la oposición por medio de la violencia á lo que cada combatiente llama el mal.

Lo que no significa que el vencedor tenga razón, porque en ocasiones puede no tenerla.

(1) San Mateo, VII, 24 á 27.

Los hombres investidos de una autoridad religiosa, consideraban como un mal lo que los hombres y las instituciones civiles consideraban como un bien, y *vice-versa*; y el encarnizamiento de la lucha fué siempre en aumento. Y cuanto más los hombres empleaban la violencia, más evidente se hacía que el medio era eficaz, porque ni hay ni puede haber definición autorizada del mal que todos puedan reconocer.

Duró esto dieciocho siglos, y actualmente se ha llegado á la completa evidencia de que no puede haber definición exterior, obligatoria para todos. Se ha llegado á no creer, no sólo la posibilidad de hallar esta definición, sino en su utilidad; y los hombres que disponen del poder no tratan de demostrar que lo que consideran ellos como un mal, lo es efectivamente. Lo que consideran como un mal es lo que no les gusta. Y los sometidos al poder aceptan esta definición, no porque la crean justa, sino porque no pueden obrar de otro modo. Se llega de este modo al hecho de que los unos cometan violencias, no en nombre de la irresistencia al mal, sino en nombre de su interés ó de su capricho, y que los otros soporten la violencia, no porque en ella vean un modo de defenderse contra el mal, como en otro tiempo, sino porque no la pueden evitar.

Si el romano, el hombre de la Edad media, el ruso, tal como le conocí hace cincuenta años, estaban absolutamente convencidos de que la violencia del poder era necesaria para defenderse contra el mal, raro es hallar un hombre del día que piense de este modo, que no vea que las violencias á que se le somete son en sí mismas una gran calamidad.

Los gobernantes de nuestra época, tanto los más despo-

tas como los más liberales, hanse tornado hoy lo que tan acertadamente llamó Herzen: *Gengis-Khan avec le télégraphe*, es decir, una organización de la violencia sin otro principio que el arbitraje más grosero y que disfruta, por medio de la dominación y de la opresión, de todos los perfeccionamientos que la ciencia creó para la vida social pacífica de los hombres libres é iguales.

Los gobernantes y las clases directoras se apoyan hoy, no en el derecho, ni aun en una apariencia de justicia, sino en una organización tan ingeniosa, gracias á los progresos de la ciencia, que todos los hombres son cogidos en un círculo de violencia que ninguna probabilidad deja de salida. Este círculo se compone de cuatro medios de acción sobre los hombres. Y estos medios están ligados entre sí como los eslabones de una cadena.

El primer medio, el más viejo, es la intimidación. Consiste en presentar el régimen actual (cualquiera que sea) como algo sagrado é inmutable, por cuya razón se castiga con las penas más crueles todo intento de cambio.

El segundo medio es la corrupción. Consiste en arrancar al pueblo sus riquezas por medio de impuestos, distribuyéndolas entre los funcionarios, quienes se comprometen, en cambio, á mantener y á aumentar la presión. Los funcionarios comprados, desde los ministros á los copistas, forman una red infranqueable de hombres á quienes mueve el mismo interés: vivir á costa del pueblo. De consiguiente, con palabras y con actos defienden la violencia gubernamental en la que se basa su bienestar.

El tercer medio es el que no puedo llamar de otra manera que hipnotización del pueblo. Este medio consiste en detener el desarrollo moral de los hombres y, por di-

versas sugerencias, mantenerles en la concepción anticuada de la vida sobre que se basa el poder del gobierno. Esta hipnotización está hoy organizada del modo más complicado, y su influencia empieza en la infancia y no acaba ni con la muerte.

En otro lugar del libro hablamos de este medio.

El cuarto consiste en elegir, entre los hombres embrutecidos con ayuda de los medios precedentes, cierto número de individuos, para con ellos hacer pasivos instrumentos de todas las crueldades al gobierno necesarias.

Se llega á embrutecerles y á tornarles más feroces eligiéndoles entre los adolescentes, entre los que aun no tienen idea de la moralidad, pues hallándose en tales condiciones, fácil es conducirles á un estado de hipnotismo en que, sin cesar de ser hombres, resultarán máquinas dóciles é incapaces de razonar. Tales hombres (hoy los más fuertes, merced al servicio universal), hipnotizados, armados y dispuestos á asesinar, constituyen el cuarto y principal medio de opresión.

Por este medio se cierra el círculo de la violencia.

La intimidación, la corrupción y la hipnotización producen soldados; los soldados dan el poder; el poder, el dinero con el que se compra á los funcionarios y se reclutan soldados.

Es el tal un círculo en que todo se encadena estrechamente, y del que es imposible salir por medio de la violencia.

Los que creen posible librarse, mejorar, por lo menos, esta situación reemplazando un gobierno con otro á quien la opresión no sea necesaria, están en un error, y sus esfuerzos en tal sentido, lejos de mejorar su situación, la

agravarán. Sus tentativas proporcionarán al gobierno un pretexto para aumentar su poder y su despotismo.

Admitiendo que un gobierno fuera derribado y su poder confiado á otro, este poder no sería menos opresor, porque teniendo que defenderse contra sus enemigos, desposeídos y exasperados, obligado se vería á ser aún más despótico y más cruel que el anterior, según ha sucedido en todos los periodos revolucionarios.

Cualquiera que sea el partido triunfador (monárquico, socialista ó anarquista) para instituir un nuevo orden de cosas y conservar el poder, necesario será emplear, no sólo todos los medios de violencia conocidos, sino que se habrán de inventar otros nuevos. Los oprimidos no serán ya los mismos, la opresión tomará formas nuevas, pero, lejos de desaparecer, se tornará más cruel, porque la lucha habrá aumentado el odio entre los hombres.

La situación de los cristianos, y sobre todo su ideal, lo prueban con evidencia sorprendente.

Sólo un dominio no ha sido acaparado por el poder; este dominio es el de la familia y de la economía doméstica, el campo de la vida privada y del trabajo; pero gracias al movimiento comunista y socialista, poco á poco va siendo invadido por el gobierno, de manera que el trabajo y el reposo, el traje, el alimento, si el deseo de los reformadores se realizara, no tardarían en ser reglamentados.

La larga marcha de la vida de las naciones cristianas durante dieciocho siglos, necesariamente conduce á la obligación de resolver la cuestión que eludieran, de la aceptación ó rechazamiento de la doctrina de Cristo, y la

que resulta de la resistencia ó de la irresistible al mal por medio de la violencia; pero con la diferencia de que en otros tiempos podía ser aceptada ó no aceptada, mientras que hoy es inevitable tal solución, porque resulta ser la única que puede libertarles de la esclavitud, en que por sí mismos cayeron, como los peces en la red.

Mas no es ésta la única situación que fuerza á los hombres á creer en la doctrina del Cristo. La verdad de esta doctrina se ha hecho evidente conforme la falsedad de la organización pagana fuése viendo clara.

No en balde los mejores hombres de la humanidad cristiana, comprendiendo la verdad de esta doctrina, predicáronla por espacio de dieciocho siglos y no obstante las amenazas, las privaciones, los sufrimientos, con su martirio grabando iban la verdad en el corazón de los demás hombres.

El cristianismo penetraba en la conciencia no sólo por la senda negativa de la demostración de la imposibilidad de la vida pagana, sino que también ibase internando gracias á la simplificación, á la claridad, á la liberación de las supersticiones que en ella habían entrado y su propagación por todas las clases.

Dieciocho siglos de cristianismo no transcurrieron sin ejercer su influencia hasta en los hombres que le aceptaron de un modo exterior. Estos dieciocho siglos han hecho que, sin cesar de vivir la vida pagana, no correspondiente ya á edad de la humanidad, los hombres vean claramente toda la miseria de la situación y crean (porque creen viven) que la salvación sólo está en la observancia de la doctrina cristiana en todo su significado. ¿Cuándo y cómo se obtendrá esta salvación? Las opiniones son di-

versas, según el desarrollo intelectual y los prejuicios del medio. Pero todo hombre de nuestra culta sociedad reconoce que la salvación está en la doctrina cristiana. Unos, entre los creyentes que admiten el sentido divino de la doctrina, piensan que la salvación vendrá cuando todos crean en Cristo, cuya segunda venida está próxima; otros, que reconocen igualmente la divinidad de la doctrina de Cristo, creen que la salvación vendrá de la iglesia, que ella someterá á todos los hombres, les inculcará las virtudes cristianas y transformará la existencia; los terceros, que no reconocen á Cristo en Dios, creen que la salvación tendrá lugar á consecuencia del progreso lento y gradual que reemplazará poco á poco los principios de la vida pagana con la libertad, la fraternidad, la igualdad, es decir, por medio de los principios cristianos; los cuartos, que tienen fe en la reorganización social, creen que la salvación llegará cuando, á consecuencia de una evolución, los hombres estén obligados á vivir bajo el régimen de la comunidad de bienes, de la ausencia de todo gobierno, del trabajo colectivo y no individual, es decir, cuando se haya reemplazado uno de los aspectos de la doctrina cristiana.

De un modo ó de otro, todos los hombres de nuestra época no sólo reconocen en su fuero interno la insuficiencia del orden de cosas actual, que toca á su fin, sino que además reconocen, á menudo sin darse cuenta de ello y considerándose adversarios del cristianismo, que la salvación no está en la aplicación en la vida de la doctrina cristiana ó de una parte de la doctrina en su verdadero significado.

El cristianismo, como dijera su fundador, no pudo re-

alizarse de una vez para la mayoría, sino que debió crecer lentamente, como un gran árbol producto de una pequeña semilla. Y así se engrandeció y se desarrolló hasta hoy, si no en la realidad exterior, en la conciencia de los hombres, por lo menos.

Hoy no es solamente la minoría, comprendedora siempre de esta doctrina, la que reconoce su significado verdadero, sino toda la gran mayoría, tan lejos del cristianismo al parecer, á causa de la vida social.

Ved las costumbres de los individuos consideradas aisladamente; oid su apreciación de los hechos, su juicio respecto á los unos y á los otros; prestad oído á los sermones y discursos públicos, á la enseñanza que los padres dan á la juventud, y veréis que, por lejos que estén los hombres, á causa de su vida social basada en la violencia, en la vida privada, lo considerado bueno por todos sin excepción, son las virtudes cristianas, y, como malo, los vicios anticristianos. Los que con abnegación se consagran al servicio de la humanidad son tenidos por buenos. Y se denomina malos á los egoístas que sacan provecho de las desgracias de sus semejantes.

Si ciertos ideales no cristianos existen aún, la fuerza, el valor, la riqueza, por ejemplo, también es verdad que son anticuados y que no todos los aceptan, especialmente los buenos. Mientras que los universalmente reconocidos obligatorios son los cristianos ideales.

Por extraño y contradictorio que parezca, todos los hombres del día detestan al régimen que sostienen.

Creo que es Max Muller quien refiere la sorpresa de un indio convertido al cristianismo, del que se había asimilado la esencia, al ver, llegado á Europa, cómo viven los

cristianos. Estupefacto quedó ante la realidad, tan por completo opuesta á lo que creía.

Si á nosotros no nos admira la contradicción que existe entre nuestras creencias y las instituciones y las costumbres, ello proviene de que las influencias que ocultan esta contradicción obran en nosotros. Basta mirar nuestra vida desde el punto de vista de aquel indio, comprendedor del cristianismo en su sentido verdadero, para retroceder, aterrados, ante las contradicciones entre que vivimos sin darnos cuenta de ello.

Y estas contradicciones no provienen, como pudiera creerse, de que los hombres finjan ser cristianos siendo paganos, sino de que los hombres sienten que les falta algo, ó bien que existe una fuerza que les impide ser cual debieran y quisieran ser. Los hombres de nuestra época no aparentan odiar las contradicciones susodichas, realmente las detestan, pero no saben como hacerlas desaparecer, ni se deciden á abandonar lo que los mantiene, porque les parece necesario.

En efecto, preguntad separadamente á cada individuo si considera loable y digno que un hombre de hoy ejerza una ocupación desproporcionada respecto á su trabajo; que se exijan al pueblo—miserable con frecuencia—impuestos destinados á pagar cañones, fusiles y otros instrumentos destructores; ó bien consagrar su vida, mediante sueldo, á organizar la guerra ó á prepararse y preparar á los demás para semejante carnicería. Preguntadle si es digno y propio que un cristiano tenga por oficio el de apresar á infelices extraviados, bajo pretexto de que se apoderaron de lo ajeno, ó porque mataron cuando no se les mandó matar, el de atormentarlos, el de matarlos por tal

causa; si es digno del hombre y del cristiano enseñar, siempre por dinero, flagrantes supersticiones, peligrosas y groseras; si es loable y digno apropiarse para gozar de lo que á otro es necesario, ó bien el obligar á otros á un trabajo excesivo, ó bien aprovechar la necesidad de los extraños para aumentar su propiedad, como, respectivamente, lo hacen los grandes propietarios de terrenos, los dueños de fábricas, los comerciantes. Y todos aisladamente, sobre todo si se habla de otro, responderán al punto *no*. Y sin embargo, ese mismo hombre que vé la iniquidad de sus actos, que no le obliga nadie á cometer, en ocasiones hasta sin provecho, por vanidad pueril, por un trozo de galón, porque se le permita llevar una cinta en el ojal, se comprometerá voluntariamente á servir en el ejército, se hará juez de instrucción ó juez de paz, ministro, comisario, arzobispo ó bedel, funciones todas que le obligarán á cometer actos de los que no puede ignorar la parte vergonzosa é ignominiosa.

Sé que muchos de ellos tratarán de probar con seguridad que todo esto es no sólo legítimo, sino hasta necesario. Y para demostrarlo dirán que las autoridades emanan de Dios, que las funciones del Estado son precisas á la humanidad, que la riqueza no es contraria al cristianismo, etc. Pero ningún hombre puede ignorar que tanto las acciones apuntadas como otras que se cometen, son vergonzosas, malas.

Saben que lo que hacen es censurable, y por nada del mundo obrarían de tal modo si pudieran vencer á los que, cerrando los ojos á la criminalidad de sus acciones, les arrastran á cometerlas.

El servicio universal es lo que hace más evidente la contradicción en que viven los hombres de nuestra época: es la última expresión de la violencia.

Si nosotros no vemos esta contradicción, ello se debe á que el estado de armamento universal ha llegado progresiva, insensiblemente, y á que los gobiernos disponen, para mantenerle, de todos los medios de intimidación, de corrupción, de embrutecimiento y de violencia.

En Alemania, cuna del servicio obligatorio, Caprivi expresó lo que se ocultaba cuidadosamente; que los hombres á quienes se ha de matar no son siempre extranjeros, que también puede tratarse de degollar á los compatriotas.

¡Y la contestación no abrió los ojos á los hombres, no les aterró!

¡Y después de haberla oído, como antes, marchan como corderos y se someten á cuanto de ellos se exige!

Hay más aún. El emperador de Alemania expresó recientemente la misión del soldado, dando las gracias y recompensando á un militar que había matado á un prisionero indefenso que trataba de escapar.

Y aun hay más. En 1892, el mismo Guillermo II, el terrible hijo del poder que dice en voz alta lo que los otros sólo se atreven á pensar, hablando á algunos soldados, afirmó públicamente lo que sigue, que reprodujeron el día siguiente millares de periódicos:

«¡Me habeis jurado fidelidad!—dijo, ante el altar y ante el oficiante.—Aun sois demasiado jóvenes para comprender toda la importancia de lo que aquí se ha dicho; pero tratad, ante todo, de obedecer á las órdenes é instrucciones que se os den. *Me* lo habeis jurado, hijos de *mi* guar-

dia; y ahora sois *mis* soldados, *me pertenecéis en cuerpo y alma*. Hoy ya sólo tenéis un enemigo, *el mío*. Con los disturbios socialistas actuales, *ocurrir pudiera que os mandase disparar contra vuestros parientes, contra vuestros hermanos, hasta contra vuestros padres, contra vuestras madres* (¡Dios nos libre!). *Aun entonces me habrías de obedecer sin vacilar*.

Este hombre expresa cuanto los gobiernos inteligentes piensan, pero ocultan. Dice abiertamente que los que sirven en el ejército están á *su* servicio y deben hallarse prontos, para su provecho, á matar á hermanos y á padres.

Con las palabras más brutales francamente expresa todo el horrible crimen á que se preparan los hombres que sirven en el ejército, todo el abismo de humillación en que se precipitan al prometer obediencia.

Este hombre, enfermo, miserable, ebrio con su poder, ofende con sus palabras á cuanto para el hombre moderno es sagrado, y los cristianos, los librepensadores, los hombres instruídos, lejos de indignarse con tal ofensa, ni aun parecen comprenderla.

Un salvaje cualquiera siempre tiene algo sagrado por lo que se halla dispuesto á sufrir. ¿Dónde está ese algo sagrado para el hombre moderno?

Se le dice:

«Vas á ser mi siervo, y esta esclavitud te obliga á matar á tu hermano».

Y él, en ocasiones instruído, tranquilamente ofrécese á la albarda.

Se le cubre con un traje grotesco, se le manda que salte, que haga gestos, que salude, que mate.

Y todo lo ejecuta dócilmente.

Y, cuando se le licencia, vuelve, como si nada le hubiera ocurrido á su antigua vida, y torna á hablar de la dignidad del hombre, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad!

¿Qué hacer?—pregúntase en ocasiones, sinceramente perplejo.—Si todo el mundo se negase á ir al servicio, comprendo que se podría uno oponer; pero solo, no haría otra cosa que sufrir, sin utilidad ninguna para nadie».

Y es cierto; el hombre de la concepción social de la vida no puede negarse á servir militarmente. El objeto de su vida es la dicha propia. Personalmente, para él, preferible es someterse.

Y se somete.

No hay ningún principio en virtud del cual pueda él solo oponerse á la violencia. Y unirse unos á otros es imposible; se lo impiden los que les dirigen.

Con frecuencia se dice que la invención de terribles armas concluirá por hacer imposible la guerra. Es falso. De igual modo que pueden aumentarse los medios de exterminio, se pueden aumentar los medios de someter á los individuos de la concepción social de la vida. Máteseles á miles, á millones, lo mismo irán al matadero, como un rebaño estúpido. Unos caminarán á fuerza de latigazos, y los demás irán por una cinta ó por galones.

Y de este modo resulta, que así como con maderos torcidos ó podridos es imposible construir una casa, con hombres como éstos de hoy no puede organizarse una sociedad moral y racional. Sólo pueden formar un rebaño dirigido por los gritos y la honda del pastor.

Que es lo que sucede, aun cuando socialistas y anarquistas piensen lo contrario.

Y he aquí como los que se consideran cristianos de una parte, los partidarios de la igualdad, de la libertad, de la fraternidad, hállanse dispuestos, en nombre de la libertad, á una sumisión de las más humillantes, de las más serviles: en nombre de la igualdad á dividir á los hombres, según indicios exteriores é ilusorios, en clases superiores é inferiores, en aliados y enemigos, y á matar á sus hermanos en nombre de la fraternidad (1).

La contradicción entre la conciencia y la vida, y, de consiguiente, la duplicidad de nuestra existencia, han llegado á su límite extremo. La organización de la sociedad basada en la violencia, que por objeto tenía el de asegurar la vida familiar y social, condujo á los hombres á la completa negación y al aniquilamiento de estas ventajas.

La primera parte de la profecía ya está cumplida por una serie de generaciones que no aceptaron la doctrina evangélica, y sus descendientes llegaron hoy á la necesidad absoluta de experimentar la exactitud de la segunda parte.

(1) El hecho de que en ciertos pueblos no exista el servicio obligatorio (aun cuando ya muchas veces se eleven para reclamarle), no cambia en modo alguno la situación servil de los ciudadanos con relación á los gobiernos, pues si nosotros hemos de ir á matar ó á morir, ellos véanse obligados á trabajar para el reclutamiento é instrucción de los homicidas.



CAPÍTULO VIII

La aceptación de la concepción cristiana de la vida libra á los hombres de las desdichas de nuestra vida pagana.

La situación de las naciones cristianas de nuestra época es tan penosa como en la época pagana. Bajo muchos aspectos, particularmente desde el punto de vista de la opresión, es hasta más cruel.

Pero entre la situación de los hombres del antiguo tiempo y la de los de hoy media igual diferencia que entre las plantas de los últimos días de otoño y las de los primeros días de primavera. Allí, en la naturaleza otoñal, la decrepitud aparente corresponde al declinamiento real interior; aquí, en la primavera, se halla en contradicción sensible con el estado de animación interior y de paso á una nueva forma de vida.

Igual cosa se produce en el parecido exterior de la vida

pagana á la vida de hoy: el estado moral de los hombres es completamente distinto. Allí, el régimen de servilismo y de crueldad estaba en perfecto acuerdo con la conciencia de los hombres, y todo paso hacia adelante aumentaba este acuerdo; aquí, el régimen está en completa contradicción con la conciencia cristiana, y cada paso hacia adelante no hace otra cosa que aumentar la contradicción.

Inútiles sufrimientos resultan de esto, muy semejante á un parto trabajoso: todo está pronto para una nueva vida, pero ésta tarda en aparecer.

La situación parece sin salvación; sería realmente si el hombre no fuera capaz, por medio de una concepción más elevada de la vida, de librarse de aquellos lazos que parecen sujetarle sólidamente.

Y esta concepción es la del cristianismo, indicada há diociocho siglos.

Se habla de librar á la iglesia de la tutela del Estado y de dar libertad á los cristianos, en lo cual hay una extraña confusión. La libertad no puede concederse ni quitarse á los cristianos: es inalienable propiedad de ellos; y si se habla de darla ó de quitarla, evidentemente se trata, no de los verdaderos cristianos, sino de los que lo son únicamente por el nombre. El cristiano no puede no ser libre, porque nada ni nadie puede detener, ni aun acortar, su marcha hacia el fin fijado.

Para sentirse libre de todo poder humano, bastará que el hombre conciba su vida según la doctrina de Cristo, es decir, que comprenda que su vida no le pertenece, ni á su patria, sino únicamente á Quien se la dió; y que, por consiguiente, debe observar, no la ley personal, familiar

ó de patria, sino la ley que nada limita, la de Aquel que le salvó. Le bastará comprender que el objeto de su vida es observar la ley de Dios, para que todas las leyes humanas pierdan para él su obligatorio carácter.

Y cuéstele los sufrimientos que le cueste no obrar en contra de su conciencia, en contra de la voluntad de Dios, por lo tanto, debe sufrir resignado, hasta contento, pues padecerá por Dios.

Este es el motivo que al cristiano impide ejecutar los mandamientos de la ley exterior que no están de acuerdo con la ley divina de amor.

Con la antigua concepción, podíase prometer el cumplimiento de las voluntades del poder que no contradecían á las de Dios, como la circuncisión, la observancia del sábado, la abstención de ciertos manjares. Lo uno no contradecía á lo otro.

En esto se distingue la doctrina cristiana de las demás. No pide al hombre ciertos actos negativos exteriores, sino que le coloca frente á sus semejantes de otra posición, de la que pueden resultar actos diversísimos, indefinibles de antemano. Motivo por que al cristiano le es imposible prometer que ejecutará una voluntad extraña sin saber en qué consiste, sin saber si contradice ó no á la ley por y para qué vive.

Imposible servir á dos amos á la vez.

El cristiano se libra del poder humano por el hecho de reconocer la voluntad de Dios.

Y esta liberación se efectúa sin luchas, no con la destrucción de las antiguas formas de la vida, sino por medio de la modificación de la concepción de esta vida. Esta liberación se produce porque el cristiano, sometido á la

ley de amor que le fuera revelada por el Maestro, considera que toda violencia es inútil y culpable, y á la vez porque las privaciones y los sufrimientos, que dominan al hombre social, para él no son otra cosa que condiciones inevitables de la existencia, que él soporta pacientemente, sin rebelarse, como la enfermedad, el hambre y otras calamidades.

El cristiano no se disputa con nadie, no ataca á nadie, no emplea la violencia contra nadie. Por el contrario, soporta la violencia con resignación, librándose y librando á todo el mundo de poderes exteriores.

Si duda hubiera de que el cristianismo es una verdad, la libertad completa, sin restricción, que experimenta el hombre en cuanto se asimila la concepción cristiana de la vida, sería prueba indiscutible de su verdad.

En el estado actual, los hombres se asemejan á un enjambre pendiente de una rama. Su situación es provisional y debe ser cambiada. Menester es que vuele de allí y se busque otra habitación. Lo saben todas las abejas, y todas desean que cambie la situación, pero se hallan unidos las unas á las otras, y, como no pueden volar juntas, el enjambre continúa pendiente.

Parecería que ninguna salvación hay para las abejas, como tampoco parece haberla para los hombres que cayeron en la red de la concepción social.

Y no la habría, en efecto, si cada abeja no estuviese provista de alas; ni la habría para los hombres si no estuvieran dotados de la facultad de asimilarse la condición cristiana.

Si ninguna abeja volara sin esperar á las demás, el enjambre no cambiaría nunca de sitio; y si el hombre que

se asimiló la concepción no viviera con arreglo á ella, la humanidad jamás cambiaría de situación. Mas, como basta que una abeja vuele para que todo el enjambre la siga, suficiente será que un hombre viva según la doctrina del Cristo, para que gradualmente vaya desapareciendo el círculo vicioso de la vida social á que no se vea escape posible.

Pero los hombres hallan demasiado largo este medio y buscan otro que pueda libertarles á todos de una vez. Lo cual es imposible.

Uno de los fenómenos admirables de nuestra época es que la propaganda del servilismo hecha por los gobiernos que la necesitan, hizose igualmente por los partidarios de las teorías sociales, que se consideran los apóstoles de la libertad.

Estos hombres anuncian que las mejoras de las condiciones de vida, que el acuerdo entre la realidad y la conciencia se hará, no á causa de los esfuerzos personales de individuos aislados, sino por medio de una violenta reorganización de la sociedad, que se producirá por sí misma, ignórase cómo. Nos dicen que no debemos caminar hacia el objeto con nuestras propias fuerzas, sino que hemos de esperar á que bajo nuestros pies se introduzca un pavimento móvil, que nos conducirá hacia donde hemos de ir. Este es el motivo por que debemos permanecer inmóviles, haciendo que nuestros esfuerzos se encaminen á la creación del pavimento imaginario.

Desde el punto de vista económico, se sostiene una teoría que puede así formularse: «Cuanto peor sea, más valdrá esto». Dícese que cuanto mayor sea la concentración de los capitales más grande será la opresión de los tra-

bajadores; por tal causa, y, por los mismos motivos, más cerca estará la liberación.

Desde el punto de vista político, se predica que cuanto mayor sea el poder del Estado, que se apoderará del dominio aun libre de la familia, mejor irá la cosa; por esto se ha de reclamar la intervención del gobierno en la vida familiar.

Desde el punto de vista de la política internacional, se afirma que el aumento de los medios de destrucción conducirá á la necesidad del desarme por medio de consejos, de tribunales de arbitraje, etc., etc.

Y, cosa extraña, la inercia de los hombres es tal que aceptan estas teorías, aun cuando todo paso hacia adelante en la marcha de la vida demuestre su falsedad.

Se me ha referido la historia de un audaz comisario de policía, quien, llegado á un pueblo en que los aldeanos habíanse sublevado, tuvo la idea de reprimir la rebelión, á lo Nicolás I, con su influencia personal. Para conseguirlo dió orden de que se le llevaran algunas carretadas de varas; y habiéndose encerrado en una granja con los mujiks, les aterró de tal modo con sus imprecaciones que les obligó á sacudirse mutuamente con las varas. La ejecución siguió hasta el momento en que á un cualquiera se le antojó no querer ser castigado y aconsejó á los otros que resistieran. El suplicio cesó entonces y el comisario tuvo que huir.

¿Hay un ejemplo más sorprendente de ejecución voluntaria que la docilidad con que los hombres de nuestra época se someten á funciones que les reducen á la esclavitud y, particularmente, el servicio obligatorio?

Los mismos hombres se ponen bajo el yugo; sufren,

pero se figuran que ello debe ser así y que ello no impedirá la liberación de la humanidad, liberación que se prepara en alguna parte, no se sabe cómo, y á pesar de la oposición, siempre en aumento.

Efectivamente, el hombre moderno, cualesquiera que sea (no hablo del cristiano), instruido ó ignorante, creyente ó ateo, rico ó pobre, casado ó soltero, vive siempre ocupado en su tarea ó en sus placeres, consumiendo el producto de su trabajo ó el del trabajo de otro, temiendo la molestia y las privaciones, el odio y los sufrimientos. Y vive tranquilamente. Súbito, alguien entra en su casa y le dice:

«Promete y jura que nos obedecerás servilmente y que considerarás verdades indiscutibles cuanto imaginemos y decidamos llamar leyes.

Danos una parte del producto de tu trabajo para que, con tu dinero, te mantengamos esclavo y te impidamos resistir á nuestras órdenes por medio de la violencia.

Elige ó hazte elegir como partícipe en las funciones del gobierno, sabiendo que la administración se efectuará independientemente de los estúpidos discursos que pronuncies en asambleas de hombres como tú.

Vé en ciertas épocas al tribunal, y toma parte en las insensatas crueldades que cometemos con hombres extrañados ó corrompidos por nosotros mismos, bajo forma de prisión, reclutamiento ó ejecución.

Para acabar, por excelentes que sean tus relaciones con los extranjeros, en cuanto se te ordene considerarles enemigos, ayuda á apresarlos, á matarlos, y mata á tus compatriotas, á tus padres, si te lo mandamos...»

¿Qué respondería el hombre sensato?

A falta de sentimientos religiosos ó morales, el simple razonamiento y el cálculo debían obligar á obrar en contra de estas órdenes, pues más vale sufrir defendiendo el buen sentido y el bien, que perecer en defensa de la imbecilidad y del mal que desaparecerán mañana, si no hoy.

Mas no ocurre esto. Los hombres de la concepción social opinan que es inútil y hasta perjudicial obrar en tal sentido para libertarse de la esclavitud, y que, como los mujiks de que hablamos, debemos seguir zurrándonos mutuamente, consolándonos al pensar que hablamos en asambleas y reuniones, que formamos asociaciones obreras, que festejamos el 1.º de Mayo, etc., etc.

Nada se opone tanto á la liberación de los hombres como extravió tan incomprensible. Es como si para hacer lumbre, se dispusieran los carbones de cierto modo, con el objeto de que todos ardieran á la vez.

De día en día se hace más evidente que la liberación de los hombres se producirá precisamente por medio de la liberación individual. Esta liberación de individuos aislados en nombre de la religión cristiana, fenómeno en otro tiempo muy raro y que pasaba inadvertido, se ha tornado más frecuente en estos últimos años, y mucho más peligroso para el poder.

Si en los antiguos tiempos, en la época romana, sucedía que un cristiano se negaba á tomar parte en los sacrificios ó á inclinarse ante los emperadores ó ante los ídolos, ó, en la Edad media, á posternarse ante las imágenes ó á reconocer el poder del Papa, los casos eran excepcionales, y el hombre podía ser colocado en la necesidad de

confesar su fe, pero tambien podía morir sin haber sido puesto una sola vez en tal obligación.

Hoy, todos los hombres, sin excepción, vense sometidos á pruebas de la fe. Deben tomar parte en las crueldades de la vida pagana, ó bien negarse á ello. A más de esto, en los tiempos antiguos, la negativa á prosternarse ante los dioses, las imágenes ó ante el papa no tenía importancia suma para el Estado, porque el número de creyentes ó de incrédulos no podía influir en su poder, mientras que hoy, la negativa á satisfacer á las anticristianas exigencias de los gobiernos amenaza al poder en su principio mismo, pues que dicho poder se basa en estas exigencias.

La marcha de la vida ha conducido á los gobiernos á la precisión de exigir á los hombres actos contrarísimos á la verdadera doctrina cristiana. He aquí el motivo por que todo cristiano verdadero compromete la existencia de la organización social actual y debe promover la liberación de todos.

¿Qué importancia puede atribuirse á la negativa de algunas docenas de locos, según se les llama, á prestar juramento al gobierno, á pagar el impuesto, á tomar parte en la justicia y á servir en el ejército? Se castiga á estas personas, se las deporta, y todo sigue como antes.

Sin embargo, tales hechos, no cualquiera otra cosa, comprometen al poder y preparan la liberación de los hombres.

Y como lo saben los gobiernos, he aquí por qué les asustan estos ejemplos más que todos los socialistas, los comunistas y los anarquistas, con sus complots y con sus bombas.

Todo gobierno sabe defenderse contra los revolucionarios, motivo por que ningún temor le causan. Pero no tiene defensa contra los hombres que demuestran la inutilidad y hasta el mal de toda autoridad, que no combaten al gobierno, sino que le desconocen sencillamente, que pueden pasarse sin él, y, de consiguiente, niéganse á obedecerle, á secundarle.

Los enemigos revolucionarios luchan exteriormente contra el gobierno, mientras que los cristianos, sin lucha, destruyen interiormente todos los principios sobre que el Estado se basa.

Las manifestaciones de desobediencia son tanto más peligrosas para el gobierno cuanto que los manifestantes pertenecen á menudo á las clases medias y superiores, que explican su negativa, no apoyándose en una religión mística y sectaria como antes, sino en verdades las más sencillas, comprendidas y reconocidas por todos.

Niéganse á pagar el impuesto, pretextando que el dinero se emplea en actos de violencia. No se quiere jurar, porque prometer obediencia á las autoridades, es decir, á los hombres que emplean la violencia, resulta contrario al sentido de la doctrina cristiana, y porque, en todos casos, hállase prohibido por el Evangelio. Se niegan á practicar las funciones de policías, porque al cristiano le está prohibido emplear la violencia contra sus hermanos. Se niega á tomar parte en las acciones de la justicia, porque ésta cumple la ley de la venganza, inconciliable con la ley de perdón y de amor del cristiano. Niégase á servir militarmente, porque al cristiano le está prohibido matar.

Todos estos motivos de negativa son tan justos, que, por autoritarios que sean los gobiernos, no pueden casti-

gar á causa de esto abiertamente. Para hacerlo, menester es negar absolutamente la razón y el bien; y los gobiernos afirman, por el contrario, que su poder se basa precisamente en el bien y la razón.

¿Qué pueden hacer los gobiernos contra los desobedientes? ¿Qué pueden contra los hombres que, no queriendo destruir su credo, sólo tienen un deseo: no hacer nada contrario á la ley de Cristo, y por tal razón se niegan á ejecutar lo más elemental, y por consiguiente, más necesario á los gobiernós?

Si se tratara de revolucionarios, predicadores y practicadores de la violencia y el asesinato, la corrección sería fácil. Si fuesen fanáticos, pertenecientes á una secta particular, también sería fácil, gracias á las supersticiones que se vieran en su doctrina, la refutación de la verdad que contuviera. Mas ¿qué hacer con hombres que no predicán ni revolución ni dogma ninguno particular, pero que se niegan, simplemente porque su deseo es no hacer mal á nadie, á ejecutar las voluntades arbitrarias de los gobiernos actuales? ¿Qué puede hacerseles?

Castigarles es imposible; el riesgo á que voluntariamente se exponen prueba su desinterés.

Engañarles afirmando que Dios ordenó aquello, es igualmente imposible, porque su negativa se basa en la ley de Dios, clara é indiscutible, profesada por los que quieren obligar á los hombres á obrar contra su juicio.

Horrorizarles con amenazas es aún menos posible, porque las privaciones y los padecimientos que sufran no harán otra cosa que aumentar su deseo de obedecer á Dios antes que á los hombres, no temiendo á los que pueden

matar al cuerpo, sino á los que pueden matar cuerpo y alma.

Reducirles á prisión para toda su vida ó ejecutarles es igualmente imposible: tales hombres tienen un pasado, amigos; su manera de pensar y de obrar es conocida, todo el mundo sabe que son buenos y sencillos, y no es posible hacerles castigar como á criminales, pues la ejecución de hombres reconocidos como buenos produciría defensores, comentadores de la desobediencia. Y bastaría que las causas de esta desobediencia fueran explicadas para que se tornara evidente lo legítimo de las causas y para que todos siguieran el ejemplo.

Ante la desobediencia de los cristianos, los gobernantes están desarmados. Ven que la predicción del cristianismo se realiza, que los lazos de los encadenados caen, que los esclavos sacuden el yugo, y que esta liberación será la misma de los opresores; lo ven, saben que sus días están contados, y nada pueden hacer. Lo único que les resta, para su salvación, es retardar la hora de su pérdida. Y es lo que hacen. Pero su su situación continúa siendo desesperada. Poco falta para que se derrumbe su poder, obra de tantos siglos, tan sólido en apariencia.

¡Y hallándose la cosa en tal estado, el hombre social viene á predicar que es inútil, hasta perjudicial é inmoral la liberación aislada!

Varios hombres quieren cambiar el curso de un río. Mucho se trabajó para cavarle nuevo lecho; y ya sólo es cuestión de dar salida. Unos cuantos golpes con la azada, y el agua, brotando fuertemente, se desembarazará por sí misma de los últimos obstáculos.

Mas en aquel momento llegan otros hombres, que han

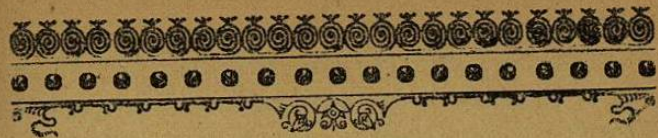
hallado mejor procedimiento, y declaran que es preferible construir una máquina cuya aplicación dé por resultado la traslación del agua de un lado á otro...

Pero las cosas van demasiado adelantadas.

Los gobiernos sienten ya su impotencia y su debilidad y los hombres de la concepción cristiana despiertan de su letargo y empiezan á tener fuerza,

—«Llevé fuego á la tierra—dice el Cristo.—¡Cómo languidezco mientras se enciende!»

El fuego comienza á arder.



CAPÍTULO IX

Inutilidad de la violencia gubernamental para suprimir el mal.—El progreso moral de la humanidad se cumple no solamente por medio del conocimiento de la verdad, sino que también se verifica por el prestigio de la opinión pública.

El cristianismo destruye el Estado. De este modo fué comprendido desde el principio, y á ello debió el Cristo su crucifixión. Mas, á partir del momento en que los gobernantes aceptaron el cristianismo nominal exterior, se comenzaron á inventar inútiles teorías, según las cuales podían conciliarse Estado y cristianismo. Mas á todo hombre cristiano de nuestra época no puede ocultarse que el verdadero cristianismo jamás se conciliará con el Estado, con su despotismo, su violencia, su justicia cruel y sus guerras.

Pero, si así es, si es cierto que el cristianismo es inconciliable con el Estado, una cuestión se ofrece naturalmente. ¿Qué es lo más necesario al bien de la humanidad? ¿Qué es lo que más dicha le asegura? ¿Esta organización gubernamental ó el cristianismo?

Dicen unos que el Estado es lo más necesario; que la destrucción del régimen gubernamental ocasionaría la de todo lo adquirido hasta la fecha por la humanidad; que el Estado fué y sigue siendo la única forma bajo la cual la humanidad puede desarrollarse, y que todos los abusos pueden corregirse sin la destrucción de una organización de que son independientes y que permite al hombre progresar y llegar al más alto grado de bienestar.

¡Y los que así piensan, apoyan su opinión en argumentos filosóficos, históricos y hasta religiosos, que les parecen irrefutables!

Pero hay hombres que creen lo contrario; es decir que, pues hubo un tiempo en que la humanidad vivió sin gobierno, este régimen es temporal; que llegará un día en que los hombres necesiten una nueva organización, y que ese día ha llegado.

Los que de este modo piensan, apoyan su opinión en argumentos filosóficos, históricos ó religiosos que les parecen irrefutables.

Volúmenes enteros pueden escribirse en favor de la primera tesis (ya se escribieron y se continúan escribiendo), pero también puede escribirse mucho en contra (lo cual, aun cuando más recientemente, háse hecho también de modo magistral).

Y no se puede probar, como se proponen hacerlo los defensores del Estado, que la destrucción de la actual or-

ganización conduciría á un caos social. Tampoco puede probarse, como tratan de hacerlo los adversarios del Estado, que los hombres son ya bastante buenos y suficientemente sabios, que no roban ni matan, que prefieren las relaciones prácticas al odio, que por sí mismos, sin ayuda del Estado, crearán cuanto les sea necesario, y que, de consiguiente, lejos de ayudarles, el Estado, bajo pretexto de procurarles seguridad, ejerce sobre ellos una influencia perjudicial y hasta desmoralizadora.

No se puede probar abstractamente ni una ni otra tesis. Aun más imposible es demostrarlas por medio de la experiencia, porque primero se trata de saber si necesario es ó nó intentarlo.

La cuestión de saber si el día de la destrucción del Estado llegó, no tendría, por tanto, solución, si no existiera otro medio de resolverla con certeza.

Si el hombre, á causa de la conciencia superior que en él naciera, no puede ejecutar las exigencias del Estado, si, al propio tiempo, no necesita de él, la cuestión queda resuelta por los mismos hombres, que excedieron á la forma del Estado y de ella salieron como el pájaro del huevo, en el que ninguna fuerza humana podría volverle á encerrar.

«Es muy posible que el Estado fuera necesario, que aun lo sea hoy, á causa de las ventajas que le reconocéis», —dice el hombre que se asimilara la concepción cristiana de la vida. Mas sé que yo, por una parte, no necesito del Estado, y, en segundo lugar, que no puedo ejecutar acciones precisas á su existencia. Organizaos como gustéis; yo no puedo probar ni la necesidad ni la inutilidad del Estado, pero sé lo que necesito, lo que me es útil, lo que pue-

do y lo que no puedo hacer. No necesito aislarme de hombres de otras naciones, motivo por el cual no puedo reconocer que pertenezco absolutamente á una sola nación, y no quiero sujetarme; sé que no necesito ninguna de las actuales instituciones, y por eso no puedo, privando de mi trabajo á las personas que le necesitan, entregarle bajo forma de impuesto y en favor de tales instituciones; sé que no necesito ni administración, ni tribunales basados en la violencia, y por esto no puedo tomar parte ni en la justicia ni en la administración; sé que no necesito atacar á los individuos de otras naciones, que no debo matarles, ni defenderme contra ellos armas en mano y ésta es la razón por que no me es posible ir á la guerra ni contribuir á su organización. Y no necesito nada de esto, no porque yo, mi personalidad no quiera, sino porque no lo quiere El que me dió la vida y la ley indiscutible para guiarme en esta vida.

Por muchos argumentos que se invoquen á favor del poder del Estado, cuya supresión podría provocar desgracias, los hombres ya salidos de la forma gubernamental no pueden volver á ella, como no pueden ser nuevamente encerrados dentro del cascarón los pájaros que salieran de él.

A más de esto, según los defensores del Estado, sin el poder gubernamental, los malos violentarían á los buenos; mientras que con él sucede hoy lo contrario.

Pero, al afirmar esto, los defensores del actual orden de cosas deciden de antemano la infalibilidad del principio que quieren probar. Al decir que sin el poder gubernamental los malos dominarían á los buenos, consideran

demostrado que buenos son los que hoy están en el poder y malos quienes se someten.

Justamente es esto lo que debíase probar.

Esto tan sólo sería verdad si, en nuestra sociedad, los casos ocurrieran como ocurren, ó mejor dicho, como se supone que ocurren en China, donde siempre están los buenos en el gobierno, y su poderío concluye cuando cesan de ser los mejores.

Es lo que se supone, mas no la realidad, porque, para concluir con el poder del opresor, no basta tener derecho, hay que contar con fuerza. Los que se apoderaron de él, no los mejores, son quienes conservan el poder, que más adelante ceden á sus herederos.

Para adquirir el poder y conservarle, necesario es que guste el poder. Y la ambición no está de acuerdo con la bondad; por el contrario, lo está con la crueldad, con el orgullo, con la hipocresía.

Sin la exaltación de sí mismo y la humillación de otro, sin la hipocresía y la astucia, sin las cárceles, las fortalezas, las ejecuciones y los asesinatos, ningún poder puede nacer ni mantenerse.

«Si se suprimiera el gobierno, los malos dominarían á los buenos», dicen los defensores del Estado.

Dominar quiere decir violentar, violentar quiere decir no hacer con otro lo que para sí no se desee; de consiguiente, estar en el poder quiere decir hacer á otro lo que para sí no se desea: el mal.

Someterse quiere decir preferir la paciencia á la violencia, y preferir la paciencia á la violencia quiere decir ser bueno ó menos malo que los que hacen á los otros lo que para sí no quisieran.

De consiguiente, según todas las probabilidades, no los mejores, sino los peores estuvieron y siguen estando en el poder. Puede haber malos entre los que se someten, pero es imposible que los mejores dominen á los peores.

Púdose pensar esto con la definición inexacta de los paganos, pero, con la definición exacta y clara del bien y del mal, debida á los cristianos, ya no se puede creer.

Los no cristianos, es decir, los que ven el fin de la vida en la dicha terrestre, siempre dominarán á los cristianos, á los que desdeñan esta dicha.

Y esto siempre fué así; tornase evidentísimo, á medida que se propaga la verdadera comprensión de la doctrina cristiana.

Dicen los defensores del régimen actual:

«La supresión de la violencia gubernamental, en el caso en que los hombres no se tornaran verdaderos cristianos, no harían sino entregar el poder á los malos, que oprimirían á los buenos».

Nunca ocurrió otra cosa. *Los malos siempre dominan á los buenos, siempre los violentan.*

Y suprimase ó no la violencia gubernamental, la situación de los buenos, oprimidos por los malos, no cambiará.

Horrorizar á los hombres con la amenaza de que los malos dominarán á los buenos es imposible, porque esto ocurrió siempre y no puede cesar de ocurrir.

Si la violencia gubernamental, madre de todas las violencias, desapareciera, quizá se reprodujeran los casos de violencia, pero la suma de violencia no podría aumentar, por el hecho de que el poder pasaría de manos de unos á las de otros.

«La violencia gubernamental no podrá desaparecer sino cuando los malos desaparezcan», dicen los defensores del régimen actual, subentendiendo que, puesto que malos habrá siempre, la violencia no cesará nunca. Esto sería cierto, en el caso de resultar evidente que los opresores son los mejores y que el único medio de proteger á los hombres contra el mal es la violencia. Mas como, por el contrario, la violencia nunca hace que el mal desaparezca, como hay otro medio de aniquilarle, la afirmación de que la violencia existirá siempre es inexacta. Disminuye más cada vez y tiende evidentemente á desaparecer, mas no, como suponen ciertos defensores del orden de cosas actual, no por medio de la mejora progresiva de los oprimidos, bajo la influencia de la acción del gobierno (pues, al contrario, se tornan peores), sino porque los hombres, por sí mismos, tornándose mejores, los más malos, que están en el poder, á su vez se vuelven menos malos, y se tornarán lo suficientemente buenos para nunca emplear la violencia.

La marcha hacia adelante de la humanidad se cumple no porque los opresores tórnense mejores, sino porque los hombres se asimilan más cada día la concepción cristiana de la vida. Ocurre con los hombres algo semejante al fenómeno de ebullición. Los de la concepción social tienden siempre hacia el poder y luchan para adquirirle. En esta lucha, los elementos más crueles, los más groseros, los menos cristianos de la sociedad, violentando á los más dulces, á los encaminados hacia el bien, á los más cristianos, suben, á causa de su violencia, á las capas superiores de la sociedad. Y entonces se produce la predicción de Cristo: «¡Desgraciados de vosotros los ricos, los hartos, los glorificados!» Estos hombres del poder y de la riqueza, lle-

gados á la finalidad que perseguían, reconociendo la vanidad de ella, vuelven á la situación de que salieron. Carlos V, Ivan el Terrible, Alejandro I, habiendo reconocido la vanidad y la crueldad del poder le abandonaron, porque se sintieron incapaces de gozar por más tiempo merced á la violencia.

Mas no sólo á los Carlos V y á los Alejandro I sucedió lo de disgustarse en el poder. Todo hombre que adquiere el poderío que ambicionara, experimenta igual desilusión y tórnase mejor.

Y no solamente los individuos aislados; también las agrupaciones, los pueblos enteros evolucionan de igual modo.

Las ventajas del poder y de todo cuanto procura son el objeto de la actividad humana hasta que se logran; mas, una vez conseguidas, se ve su vanidad. Estas ventajas pierden poco á poco su seducción, como las nubes, que sólo tienen forma y resplandor vistas de lejos.

Los hombres que adquirieron el poder y la riqueza, á veces ellos mismos, pero con más frecuencia sus herederos, cesan de estar tan ávidos de poder y ya no emplean medios tan crueles.

De suerte que, aun cuando el poder siempre es el mismo en su forma exterior, á cada cambio de los hombres que le ocupan, el número de los que, por la experiencia, son conducidos á la necesidad de la concepción cristiana de la vida, aumenta de día en día, y hombres cada vez menos groseros y crueles reemplazan á los otros en el poder.

Tal es el *processus* con ayuda del cual el cristianismo se propaga cada vez más. El cristianismo penetra en la con-

ciencia de los hombres, no obstante el poder, quizá gracias á esta violencia.

Por este motivo la afirmación de los defensores del Estado:—«Si se suprimiera la violencia gubernamental, los malos dominarían á los buenos»,—no sólo no prueba que la dominación de los malos se ha de temer, puesto que existe ya, sino que demuestra, por el contrario, que el poder en manos de los malos es precisamente el mal que debe suprimirse, y que se suprime gradualmente por la fuerza de las cosas.

«Mas, si cierto fuera que la violencia gubernamental desaparecerá cuando los gobiernos se tornen suficientemente cristianos para abandonar por sí mismos el poder y que nadie querrá reemplazarlos, ¿qué debe suceder?»—dicen los defensores del orden actual de cosas.—Si, no obstante los mil ochocientos años transcurridos, encuéntranse tantos hombres amantes del poder y tan pocos resignados con la sumisión, ninguna probabilidad hay de que llegue lo apuntado, no ya dentro de poco, sino nunca.

«Aun cuando haya hombres que abandonan el poder, la reserva de los que lo prefieren á la sumisión es tan grande, que con dificultad puede imaginarse una época en que se encuentre agotada.

»Para que se produzca la cristianización de todos los hombres, para que voluntariamente abandonen el poder y la riqueza, necesario es que todos los groseros, semibárbaros, absolutamente incapaces de asimilarse el cristianismo, siempre abundantes en toda nación cristiana, se conviertan. Es más: todos los pueblos salvajes y en general los no cristianos, aun tan numerosos, deberían tor-

narse cristianos igualmente. Y si se admitiera que tal cristianización de los hombres puede un día verificarse, á juzgar por la marcha de esta obra durante mil ochocientos años, ello no llegaría hasta que pasara el mismo tiempo algunas veces repetido. Luego es imposible é inútil pensar en suprimir actualmente el poder; trátase únicamente de ponerle en las mejores manos».

Justísimo sería este razonamiento si el paso de una concepción de la vida á otra se verificara por medio de la evolución individual.

Cúmplese, en efecto, esta evolución; pero los hombres no sólo se hacen cristianos por este medio interior; hay otro, interior, y éste es el que suprime la lentitud del paso.

Este paso se verifica no como el de la arena en el arrenal, grano á grano, sino como el del agua en el vaso sumergido: con lentitud primero, y casi de una vez súbitamente.

Este es el motivo por que los defensores del orden actual de cosas se equivocan en su cálculo de los años que se necesitarían para que los hombres todos se convirtieran al cristianismo. El individuo se asimila una verdad no sólo porque la adivine instintivamente, sino también porque, cuando esta verdad llegó á cierto grado de extensión, los hombres de una cultura inferior la aceptan sin vacilar, gracias á su confianza en los que la aceptaron antes que ellos y la aplican á la vida.

Toda nueva verdad, que cambia las costumbres y hace que la humanidad marche hacia adelante, al pronto no es aceptada sino por un pequeño número de hombres que tienen conciencia de su exactitud. Los otros, que por con-

fianza aceptaron la precedente, en la que se basa el régimen actual, constantemente se oponen á la extensión de la nueva.

Pero como al principio los hombres siempre progresan, aproximándose más cada vez á la verdad y conformando á ella su vida, y como en seguida se hallan, según su edad, su educación, su raza, más ó menos capaces de comprender las nuevas verdades, los que están más cerca de los hombres que comprendieran la verdad por la vía interior pasan, lentamente primero, luego cada vez más rápidamente, al lado de la nueva verdad, y esta verdad se torna cada vez más comprensible.

Y cuantos más hombres se penetran de esta verdad y cuanto más asimilable ella se hace, más confianza provoca en los hombres de una cultura inferior.

De este modo acelérase el movimiento, engrandeciéndose como una bola de nieve, hasta el instante en que la masa toda pasa de una vez, entrando en el dominio de la nueva verdad y estableciendo un nuevo régimen.

He aquí el motivo por que el cambio en la existencia de la humanidad, á causa del cual será abandonado el poder, no se producirá sino cuando la concepción cristiana, fácilmente asimilable, penetre en los hombres, no uno á uno, sino á la vez en toda la masa inerte.

«Mas, aun cuanto no sea incierto—dirán los defensores del régimen actual—que la opinión pueda convertir á la masa inerte de los pueblos no cristianos, y á los hombres corrompidos que viven entre los cristianos, ¿en qué reconocer que estas costumbres cristianas han nacido y la violencia se ha hecho inútil?

»Renunciando á la violencia, que mantiene el actual es-

tado de cosas, para confiarse á la fuerza incomprensible y vaga de la opinión, ¿no hay riesgo de que los salvajes del interior y de fuera violenten á los cristianos?

»Puesto que, contando con el poder, apenas si podemos defendernos contra los elementos no cristianos de la sociedad, siempre prontos á destruir los progresos de la civilización, ¿cómo se las arreglaría la opinión pública para suplir á la fuerza y darnos la seguridad? No contar sino con ella sería tan loco cual poner en libertad á una colección de fieras, bajo pretexto de que parecían inofensivas en sus jaulas.

»He aquí el motivo por que los hombres que poseen el poder, dado por Dios ó por el destino, carecen del derecho á renunciar á la violencia y á provocar la ruina de la civilización, sencillamente para probar, para saber si la opinión pública puede ó no reemplazar las garantías dadas por el poder».

Un escritor francés, hoy ya olvidado, Mr. Alfonso Karr, intentando probar la imposibilidad de la supresión de la pena de muerte, dijo en algún libro:

«Que los señores asesinos comiencen por dar ejemplo».

Muchas veces he oído repetir esta salida por hombres que creían expresar, sin más palabras que éstas, un argumento convincente y espiritual contra la supresión de la pena de muerte. Y no se puede hallar mejor argumento contra la violencia de los gobiernos.

«Que los señores asesinos comiencen por dar ejemplo», dicen los defensores de la violencia gubernamental.

Pero los asesinos replican aún con mas razón:

«Que los que aceptaron la misión de enseñarnos, de

guiarnos, den el ejemplo aboliendo el asesinato legal, y les imitaremos».

Y dicen esto con seriedad, pues tal es la verdadera situación.

«No podemos cesar de emplear la violencia, porque de violentos estamos rodeados».

Tan falsos razonamientos son el obstáculo más notable á la marcha hacia adelante de la humanidad y al establecimiento del régimen correspondiente á su desarrollo moral actual.

Los que poseen el poder están convencidos de que sólo por medio de la violencia se guía á los hombres; por ello la emplean para mantener el orden de cosas existente. Mas este orden se mantiene, no gracias á la violencia, sino á la opinión pública, cuya acción está comprometida por la violencia. He aquí el motivo por que la acción de la violencia debilita lo que quisiera mantener.

En el mejor de los casos, la violencia, si no persigue el solo fin personal de los hombres dueños del poder, condena lo que de antiguo condenara la opinión pública, pero con la diferencia de que, mientras ésta reprueba todos los actos contrarios á la ley moral, la ley, mantenida por medio de la violencia, no reprueba ni persigue sino á una categoría demasiado limitada de acciones, pareciendo justificar de esta manera todos los actos de igual orden no englobados por su fórmula.

Se dice que la vida cristiana no puede establecerse sin la violencia porque hay pueblos salvajes aquí, acá y allá, y porque en las sociedades, según la nueva teoría de tradición, existen criminales de nacimiento, salvajes y corrompidos.

Pero estos salvajes, que están en el interior ó fuera de las sociedades cristianas, nunca se encontrarán sometidos á la violencia, ni lo están en el día tampoco. Los pueblos no se someten únicamente por medio de la violencia. Si el pueblo sometido á otro fuese menos civilizado, no introduciría de modo violento su organización social, sino que, por el contrario, se sometería voluntariamente á la organización del pueblo conquistado.

Cuando pueblos enteros se sometían á una nueva religión, tornábanse cristianos ó pasaban al mahometismo, esta transformación se cumplía, no porque se hubiese hecho obligatoria para los hombres que poseen el poder (la violencia obraba á menudo en sentido completamente opuesto), sino porque era la consecuencia de la opinión pública; pues, por el contrario, los pueblos obligados á abrazar la religión de los vencedores permanecieron refractarios.

Idéntico hecho se produce en lo que concierne á los elementos salvajes que viven en medio de nosotros; ni el aumento ni la disminución de las severidades penales, ni las modificaciones introducidas en la prisión, ni el refuerzo de la policía, disminuyen ni aumentan el número de crímenes. La violencia nunca borraré lo que entrara en las costumbres. Bastaría, en cambio, que la opinión pública se opusiera francamente á la violencia para que ésta se tornara imposible.

¿Qué ocurriría si no se empleara la violencia contra los enemigos exteriores y contra los elementos criminales de la sociedad? Lo ignoramos. Pero sabemos, gracias á una larga experiencia, que el empleo de la violencia no reduce ni los unos ni los otros.

¿Cómo, en efecto, someter por medio de la violencia á

los pueblos á quienes su educación, sus tradiciones y hasta su religión obligan á ver la más elevada virtud en la contienda contra los opresores y en el amor á la libertad? ¿Y cómo suprimir por medio de la violencia, en nuestra sociedad, los actos considerados como crímenes por los gobiernos y como grandes hazañas por la opinión pública?

La única fuerza que todo lo dirige, á la que obedecen individuos y pueblos, nunca fué otra que la pública opinión, esta potencia incomprendible, resultado de todas las fuerzas morales de un pueblo ó de toda la humanidad.

La violencia no hace otra cosa que debilitar ese poder, disminuirle, desnaturalizarle y reemplazarle por otro absolutamente perjudicial en la marcha hacia adelante de la humanidad.

Para someter al cristianismo á los salvajes del mundo no cristiano y á los que entre nosotros viven, *sólo un medio hay*: la difusión en estos pueblos de las costumbres cristianas que no puedan propagarse por medio del ejemplo.

Para someter al cristianismo á los pueblos salvajes que nos atacan y que motivo ninguno tenemos para oprimir, ante todo, deberíamos dejarles tranquilos, no obrando respecto á ellos sino por medio de las virtudes cristianas: de la paciencia, de la dulzura, la abstinencia, la fraternidad, el amor...

Para que el cristianismo se imponga á los hombres entre nosotros designados por criminales, *un solo medio hay*: la extensión de la opinión pública, que entre ellos no pue-

de propagarse sino por medio de la doctrina verdadera confirmada con el ejemplo.

La violencia, que se nos muestra como sostén de la organización de la doctrina cristiana, impide, por el contrario, que la organización social se torne lo que debía ser.

He aquí el motivo por que los defensores del actual orden de cosas se engañan cuando dicen que, si la violencia apenas nos basta para preservarnos de los elementos malos de la sociedad, su reemplazo con la influencia moral de la opinión pública nos dejaría completamente indefensos.

Esto es inexacto, porque la violencia no protege á la humanidad, sino que, por el contrario, la priva de la sola posible protección: la difusión del principio cristiano.

«Pero ¿cómo suprimir la protección visible de la fuerza armada para confiarse á una cosa incomprensible, á la opinión pública? ¿Existe, al menos? Y luego, el orden de cosas actual nos es conocido; bueno ó malo, sabemos sus defectos y estamos acostumbrados á él. Sabemos cómo conducirnos y lo que hemos de hacer en las actuales circunstancias; mas ¿qué sucederá cuando renunciemos á esta organización y nos confiemos á algo desconocido?»

Temen los hombres al desconocido en que entrarían al renunciar á la actual organización de la vida.

Seguramente que es bueno tener miedo, pero de lo verdaderamente temible, y no de lo que sospechamos que lo es.

Además, el miedo á suprimir la posible defensa del gendarme, es un miedo particular en los habitantes de las ciudades, es decir, en los individuos que viven en condi-

ciones anormales ó artificiales. Los que viven en condiciones anormales, pero no en las ciudades, sino en medio de la naturaleza y luchando con ella, no necesitan esta protección y saben lo poco que la violencia nos protege contra los peligros reales que nos cercan. En estos terrores hay algo de enfermizo, que proviene especialmente de aquellas condiciones artificiales en las que la mayoría de los hombres viven y crecen.

Un médico alienista refería que en cierta ocasión, en el estío, saliendo del manicomio, los locos le acompañaron hasta la puerta.

—¡Venid conmigo á la ciudad!—les propuso.

Consintieron los enfermos, y una escasa bandada le siguió. Pero cuanto más avanzaban por la calle, entre el libre movimiento de los hombres sanos, más se intimidaban y se agolpaban contra el médico. Finalmente, todos solicitaron volver al manicomio, á su modo de vivir insensato, pero habitual, á su guardián, á sus golpes, á la camisa de fuerza, á las celdas.

De idéntico modo se agolpan y quieren volver á su antiguo modo de vivir los hombres á quienes el cristianismo llama á la libertad, á la vida del porvenir, libre y racional.

Pregúntase cuál sería la garantía de nuestra seguridad cuando el orden social existente desapareciera, con qué organización nueva sería reemplazado, afirmando que mientras no lo sepamos no podremos avanzar.

Comparable es esto á la declaración de un explorador que solicitara un mapa detallado de la región que quisiera explorar.

Si el porvenir de un individuo aislado, en el acto de pasar

de una edad á otra, le fuera perfectamente conocido, sin razón de vivir se quedaría. Lo propio ocurre á la humanidad. Si tuviera el programa de la vida que le espera, en su entrada á una edad nueva, indicio el más seguro sería de que no vivía, de que no se movía, sino de que saltaba sin moverse de un mismo sitio.

Las condiciones del nuevo orden de cosas no pueden ser conocidas, porque para nosotros precisamente han de ser creadas.

La vida consiste en la persecución de lo desconocido y en la subordinación de la acción á los conocimientos nuevamente adquiridos.

Y, de igual modo que es la vida del individuo, lo apuntado es la vida de la humanidad.



CAPÍTULO X

**La concepción cristiana de la vida nace ya en nuestra sociedad y destruye infaliblemente la organización de nuestra vida basada en la violencia. —
Cuándo llegará esto.**

La situación de la humanidad cristiana sería terrible si fuera producto de la violencia, pero es, ante todo, el producto de la pública opinión. Mas lo establecido por la opinión pública, ella puede destruirlo.

¡Cuán grande es nuestra fuerza aparente! Sin embargo, bastaría saber hacia dónde vamos por ley fatal, bastaría que á los hombres les avergonzara tomar parte en la violencia y sacar provecho de ella, para que al momento, por sí misma, sin lucha ninguna, desapareciera esa organización, al parecer tan complicada y tan poderosa.

Y para esto, inútil es que entre algo nuevo en la con-

ciencia humana; basta únicamente que se disipe la niebla que oculta á los hombres el verdadero significado de ciertos de violencia; la opinión pública y las costumbres cristianas absorberán á las costumbres paganas que permitían y justificaban la violencia, pero cuya época ha concluído. Y este progreso verificase lentamente. Sólo que nosotros no lo notamos, como tampoco notamos el movimiento cuando damos vueltas con cuanto nos rodea.

Verdad que la organización social, en sus principales rasgos, lleva aun el mismo carácter de violencia que tenía hace mil años, y hasta peor bajo ciertos aspectos, como por los armamentos y las guerras; pero la opinión pública cristiana empieza ya su acción. El árbol seco parece tan sólido como antes, hasta más, porque se ha hecho más duro, pero su corazón se agujerea y su calda se prepara. Y esto ocurre con la organización social basada en la violencia. El aspecto interior continúa igual,—los mismos opresores, los mismos oprimidos;—pero sus miras sobre la situación respectiva han cambiado.

Los hombres que oprimen, es decir, los que toman parte en la administración, y los hombres á quienes la opresión aprovecha, es decir, los ricos, no constituyen hoy, como en otro tiempo, lo escogido de la sociedad, ni representan ya el ideal de dicha y de grandeza hacia que tendían antes los oprimidos.

Hoy, los opresores son quienes con más frecuencia abandonan voluntariamente las ventajas de su situación para vivir la de los oprimidos, y tratan de parecérseles por la sencillez de su vida.

Sin hablar de las profesiones ya despreciadas tales como la de espía, agente de policía secreta, usurero ó taber-

nero, gran número de las en otro tiempo consideradas, como las de eclesiásticos, militares, ó banqueros, míranse hoy por poco envidiables, y hasta reprobadas por las personas más apreciadas. Hombres hay actualmente que abandonan estas funciones, en otro tiempo envidiadas, para desempeñar otras menos lucrativas, pero no basadas en la violencia.

Y no tan sólo renuncian á sus privilegios los funcionarios. Se ve que, obedeciendo á la influencia de la opinión, y no, como antiguamente, á un movimiento religioso, los ricos abandonan las propiedades que obtuvieron por herencia, no considerando justo sino el goce de las adquiridas por medio del trabajo.

De consiguiente, la clase de los gobernantes y de los hombres ricos tórnase cada vez menos numerosa, y su nivel moral rebajado. Motivo por el cual, juzgando por la inteligencia, la instrucción y la moralidad (sobre todo), los hombres que hoy poseen el poder no son lo escogido de la sociedad, sino al contrario.

Y no se busque hoy entre los ricos á la mayoría de los hombres superiores.

Los ricos no son sino groseros acaparadores de dinero, faltos de otro cuidado que el de aumentar las riquezas, por impuros medios casi siempre, ó bien son los herederos degenerados de estos acaparadores que, lejos de desempeñar un importante papel en la sociedad, inspiran un desprecio general.

Muchas situaciones perdieron su antigua importancia. Los reyes y los emperadores ya no dirigen nada; casi nunca se deciden á introducir modificaciones interiores ó á modificar la política exterior. Con frecuencia abandonan

la solución de estas cuestiones á instituciones gubernamentales ó á la opinión pública. Todos sus deberes se reducen á ser los representantes de la unidad y de su poder. Y aun esto lo hacen de peor modo cada vez. La mayoría de los jefes de Estado, no sólo no conservan su antigua majestad inabordable, sino que se democratizan, por el contrario, destruyendo lo que precisamente debían mantener.

Lo propio ocurre con los militares. El alto funcionario militar, en vez de animar en los soldados la grosería y ferocidad precisas á su obra, propaga la instrucción en el ejército, predica la humanidad, y hasta, compartiendo las convicciones socialistas de las masas, niega la utilidad de la guerra. En el complot últimamente urdido contra el gobierno ruso, muchos afiliados eran militares.

A menudo sucede que el ejército, llamado á restablecer el orden, niégase á disparar contra la población.

También ocurre algo por el estilo en los juzgados. Obligados á condenar á los criminales, todo su trabajo se encamina á hallar manera de absolver.

Sabios jurisconsultos, cuyo deber es justificar la violencia del poder, niegan el derecho á castigar, introduciendo en su lugar ciertas teorías de irresponsabilidad.

Los carceleros tórnanse defensores de los que debían martirizar, y los gendarmes y policías salvan á los que debían perder.

El clero nos predica la tolerancia, á veces hasta la negación de la violencia, y sus más instruidos miembros, en los sermones, tratan de evitar la mentira, base de su situación, que están llamados á mantener.

Los verdugos se niegan á ejecutar.

Los gobiernos, los comisarios, los recaudadores se apañan del pueblo, y buscan toda clase de pretextos para eximir á los pobres diablos del impuesto tal ó cual.

Los ricos no se atreven á gozar de sus riquezas por sí solos; emplean parte de ellas en acciones liberales.

Etcétera, etc.

Todos estos fenómenos podrían parecer casos excepcionales si no se adivinara la sola causa de ellos.

Si la opinión pública ejerce ya su influencia en algunas personas, las más impresionables, y las obliga á abandonar las ventajas habidas por medio de la violencia, continuará obrando y su acción se extenderá hasta cambiar la organización social y ponerla de acuerdo con la idea cristiana, que ha penetrado ya en los hombres de la vanguardia.

Y la apuntada no es la única senda por que la opinión pública conduce á la supresión del actual orden de cosas y á su reemplazo con otro nuevo. Conforme las situaciones basadas en la violencia vánse tornando menos seductoras y menos ambicionadas, su inutilidad se hace más evidente.

En el llamado mundo cristiano, siempre se están viendo los mismos gobiernos, los mismos gobernantes, los mismos cambios de ministerio, los mismos discursos, los mismos incidentes; mas para los que notan como un artículo de un periódico cambia en ocasiones la situación más que tantas decenas de entrevistas de monarcas, más claramente se ofrece la verdad de que no á las entrevistas y á los debates parlamentarios se ha de achacar la dirección de los asuntos, sino que ésta se debe á algo independiente de todo ello y que en ninguna parte reside.

Cuando su inutilidad se torne evidente, natural será que los hombres se pregunten:

¿Qué sacamos alimentando, manteniendo á todos estos reyes, emperadores, presidentes y miembros de toda clase de cámaras y ministerios, si de todas sus reuniones y de todos sus discursos nada resulta? ¿No sería preferible, como dijo un bromista, fabricar una reina de cauchú?

¿Y para qué el ejército y sus generales, y sus músicos, y sus caballos y sus tambores? ¿Cuál es su utilidad, puesto que no hay guerra, que nadie quiere vencer á nadie y que, aun cuando la lucha estallara, los demás pueblos no permitirían que se sacara beneficio, mientras que, sobre los nacionales, el ejército se niega á disparar?

¿Y para qué esos jueces y procuradores que, en lo civil, no juzgan con arreglo á la justicia y, que, en lo criminal, reconocen la inutilidad del castigo?

¿Y para qué los recaudadores de impuestos, que obran á su pesar, puesto que sin ellos se pueden reunir las sumas necesarias?

¿Y para qué el clero, que hace ya mucho tiempo que no cree lo que predica?

¿Y para qué los capitales, concentrados en algunos, puesto que no pueden ser útiles sino siendo propiedad de todos?

Una vez hechas estas preguntas, los hombres sólo pueden contestarlas cesando de mantener todas las instituciones hechas inútiles.

La opinión pública condena la violencia: por ello se solicitan menos que antes las colocaciones en establecimientos basados en la violencia.

Cierto día, en Moscou, presencié una de las discusiones

que ordinariamente tienen lugar el domingo de Cuasimodo, cerca de la iglesia, en el Okhotny-Riad. Unos veinte hombres se habían reunido en medio de la acera, donde sostenían seria discusión en materias religiosas.

A la vez tenía lugar un concierto en el edificio del círculo de la nobleza, y el oficial de policía allí apostado, reparando en aquel grupo, les envió un gendarme á caballo con orden de invitarles á circular. Desapasionadamente, el oficial no tenía motivo para disolver aquel grupo, que á nadie molestaba. Pero había estado allí toda la mañana, y necesario era reconocer que para nada no sería. El gendarme, un bravo mozo, se acercó á nosotros y ordenó con severo tono: «¡Circular! ¿Qué significa esta reunión?» Todos se volvieron hacia él, y, uno de nosotros, hombre dulce, respondió lo más tranquilamente: «Hablamos de cosas serias. ¿Por qué hemos de separarnos? Más valiera, joven, que echaras pie á tierra y nos escucharas. También te sería útil». Luego se volvió otra vez hacia nosotros, y la discusión continuó. El gendarme se marchó sin replicar.

Ló propio ha de ocurrir en todos los actos de violencia, porque en igual situación que el gendarme, que el oficial, obligados por fuerza á imponerse, hállanse hoy todos los infelices jefes de Estado, todos los ministros, todos los funcionarios, tanto políticos como religiosos, y hasta los ricos.

Día llegará—yallega—en que el mundo comprenda claramente que las autoridades son completamente inútiles, que no hacen sino molestar, en el que los hombres á quienes molestan les digan: «Por favor, no nos molestéis». Y todos los enviados y ordenadores se verán obligados á

seguir el buen consejo, es decir, á cesar de molestar á los hombres.

Se acerca el tiempo en que todas las instituciones cuya base consiste en la violencia desaparecerán, á causa de su inutilidad, de su estupidez, y hasta de su evidente inconveniencia.

Llegará este tiempo cuando á los hombres de nuestra sociedad que ocupan situaciones creadas por la violencia les ocurra lo que sucede al rey, en el cuento de Andersen titulado *El traje real*, tan pronto el niño, viendo al rey desnudo, grita sencillamente: «¡Mirad, está desnudo!»

Ocúrrasele á cualquiera murmurar, refiriéndose á los que ocupan los puestos de que hablamos: «Mucho tiempo hace que esos hombres no sirven para nada», y todo habrá llegado.

La situación de la humanidad cristiana, con sus fortalezas, sus cañones, su dinamita, sus fusiles, sus cárceles, sus presos, sus iglesias, sus fábricas, sus aduanas y demás frioleras, es realmente espantosa; pero ni las fortalezas, ni los cañones, ni esto, ni lo otro obra por sí mismo. Todo lo han de provocar los individuos. Y cuando los hombres comprendan que no es necesario emplearlo, nada de todo esto existirá.

Y empiezan ya á comprenderlo. Si no todos, al menos los adelantados, los de la vanguardia. Y á estos seguirán los otros. Porque cesar de comprender lo comprendido es imposible, y lo comprendido por los hombres de la vanguardia puede y debe ser comprendido por los demás.

La predicción de la época en que los hombres, instruidos por Dios, cesen de aprender á guerrear, en el que las

espadas se transformen en hoces, en azadas, en arados, en el que, hablando con mayor claridad, las prisiones, las fortalezas, los cuarteles, los palacios y las iglesias queden vacíos, sin empleo los fusiles, los cañones y demás armas, no es una utopía, sino una nueva forma de la vida, hacia la que avanza la humanidad con esfuerzo y viveza cada vez mayores.

Mas ¿cuándo sucederá esto?

Hace mil ochocientos años, el Cristo respondió que el fin del siglo actual, es decir, de la organización pagana, llegará cuando las humanas calamidades se multipliquen, cuando la feliz nueva de la venida del reino de Dios, es decir, la posibilidad de una nueva organización de la vida no basada en la violencia, se predique por toda la tierra (1).

«En cuanto al día y á la hora, nadie, sino mi Padre, les conoce (2)—dice el Cristo.—Porque á cada instante puede ocurrir lo que menos esperamos».

¿Cuán llegará la hora? Dice el Cristo que no podemos saberlo. De consiguiente, siempre debemos hallarnos prontos para recibirla, como debe vigilar el que guarda su casa contra los ladrones, como han de velar las vírgenes que con sus lámparas esperan á la prometida, y, además, debemos trabajar con todas nuestras fuerzas para adelantar dicha hora, como deben trabajar los servidores para que fructifiquen los talentos que recibieran (3).

Y es imposible que haya otra respuesta. Saber cuando

(1) San Mateo XXIV, 3-28.

(2) San Mateo XXIV, 36.

(3) San Mateo XXIV 43; XXVI, 13, 14, 30.

vendrá el reino de Dios no es posible á los hombres, porque la hora depende de ellos mismos.

La respuesta es como la del sabio, á quien un pasajero le preguntara si faltaba mucho para llegar á la próxima población, y que contestó:

— Sigue andando.

¿Cómo podremos saber si aun está lejos el límite á que se dirige la humanidad, si no sabemos su modo de caminar hacia él, y de ella depende el caminar ó detenerse, atemperar ó acelerar su movimiento?

Todo lo que podemos saber es que nosotros, que componemos la humanidad, debemos hacer ó no hacer lo necesario para que venga el reino de Dios. Basta que cada cual procure hacer lo que debe, prescindiendo de hacer lo que no debe: basta que en nuestros actos pongamos cuanto luz haya en nosotros, para que al momento se establezca el prometido reino de Dios hacia que tiende el alma de todo hombre.



CONCLUSIÓN

Haced penitencia, porque el reino de Dios está próximo, está á la puerta.

Terminaba yo esta obra en la que trabajaba hacia dos años cuando, al atravesar en ferrocarril los distritos de Tula y Riazan, entonces arrasados por el hambre, lo mismo que actualmente, mi tren cruzó en una estación con un tren de soldados, á quienes acompañaba el gobernador en persona. Aquellos soldados llevaban fusiles, sables y vergajos para castigar á los infelices hambrientos.

Los castigos para hacer que la autoridad sea respetada, tórnanse más frecuentes cada vez.

Yo habia oído hablar de lo que ocurría; hasta habia leído en los periódicos el exacto número de ejecuciones llevadas á efecto en Tchernigof, Tambof, Saratof, Astratchan y Orel, y aquellas de que Baranof, el gobernador de

Nijni-Novgorod habíase alabado; pero nunca me ocurrió ver hombres preparados para la obra cual entonces les veía.

La causa por que aquellos seres cristianos iban á martirizar á sus compatriotas, era la siguiente:

En una de las mejores propiedades del país, los aldeanos cuidaban un bosque establecido en una tierra que tanto era de ellos como del señor, uno de los más ricos del distrito, cuando éste apropióse la toda entera y empezó á ordenar cortas. Los aldeanos, que desde tiempo casi inmemorial gozaban de aquel bosque, por ellos considerado suyo, propiedad común al menos, se quejaron. En primera instancia, los jueces sentenciaron injustamente (Digo *injustamente*, con el gobernador y el procurador, que opinaban como yo). El juez dió la razón al propietario.

Los demás juicios que siguieron, comprendido el del senado, aun cuando vieran que aquella sentencia era injusta, la confirmaron.

Y el bosque fué adjudicado al señor.

Éste continuó las cortas; pero los aldeanos, no pudiendo creer que los poderes fueran capaces de ultimar una injusticia tan flagrante, no se sometieron. Arrojaron de él á los obreros que entraban á hacer cortas en el bosque, declararon que éste era suyo, que irían á quejarse al propio czar, y que de ningún modo consentirían que un árbol fuera tocado.

Se refirió esto á San Petersburgo, de donde el gobernador recibió orden de cumplimentar la sentencia.

Y los soldados se pusieron en marcha preparados para obligar á ejecutar la decisión suprema.

Esta ejecución de la decisión de las autoridades constituye el homicidio, en suplicios crueles, por lo menos en amenaza, de uno ó de otros, según las personas que se rebelen ó se sometan.

Sabido es lo que ocurre en el primer caso, es decir, si el aldeano (el obrero, el pueblo) se rebela: reduciendo á tres palabras lo que ni con cien mil sería suficientemente censurado, diré que se le fusila á traición, antes de que él piense en defenderse.

En el segundo caso, es decir, si el aldeano se somete á los primeros tiros, ocurre algo particular, absolutamente ruso. Ocurre ésto: el gobernador pronuncia un discurso; concluido el sermón, á capricho, sin juicio ninguno, entre los que forman la multitud se elige á cierto número de individuos, considerados promotores de lo ocurrido, y en su presencia reciben tantos ó cuantos vergajazos.

Todo esto hubo en Orel: los aldeanos fueron fusilados por no quererse someter; y cuando, cansados de luchar indefensos, se sometieron, la parte segunda fué ejecutada.

Como preguntara yo á ciertas autoridades el por qué de aquellas ejecuciones en individuos ya no rebeldes, con la importancia de las personas que conocen todas las finezas de la prudencia gubernamental, me respondieron que reconocido estaba por la experiencia que, si los aldeanos no fueran castigados, se rebelarían nuevamente, y que la ejecución de algunos afirmaba la autoridad del poder.

En Tula, el asesinato y el suplicio debían sancionar la decisión de la autoridad superior. Se trataba de que un propietario, dueño ya de cien mil rublos de renta, percibiera tres mil más por aquel bosque arrebatado á una co-

munidad de hambrientos aldeanos, á fin de que el señor gastara doblemente en las tabernas de Moscou, de San Petersburgo, de París...

He aquí á lo que iban el gobernador y los soldados á quienes encontré.

Como preparado por ella expresamente, la casualidad me hacía testigo, por primera vez en mi vida y después de dos años de meditación sobre el asunto, de un hecho cuya realidad brutal me mostraba, con evidencia completa, lo que tan claramente había visto en teoría: que nuestra organización social se halla establecida, no cual gustan de representársela los hombres á quienes interesa el mantenimiento del actual orden de cosas, basada jurídicamente, sino en la violencia más grosera, en el asesinato y en el suplicio.

Los ricos, los que perciben grandes sueldos en detrimento de la clase miserable, de igual modo que los comerciantes, los médicos, los artistas, los sabios, los abogados y los criados, que viven á la sombra de los que tienen, gustan de creer que los privilegios de que gozan se basan, no en la violencia, sino en un cambio regular y libre de servicios. Se esfuerzan en no ver que estos privilegios tienen siempre la misma causa, la que obliga á los aldeanos, so pena de ser azotados ó fusilados, á abandonar sus bosques en beneficio de quien no los necesita, de quien no los cultivó, pero á quien agradan.

Si los que necesitan tierra para alimentar á su familia no pueden cultivar la que á sus casas rodea; si un hombre, cualquier propietario no cultivador, posee una extensión capaz de alimentar á mil familias; si el rico mercader, aprovechando la miseria del trabajador, puede ad-

quirir el trigo en la tercera parte de lo que vale, y, sin incurrir en delito, conservarle en sus almacenes, establecidos en un dominio de hambrientos, á quienes le vende á precio triple del justo, igual causa lo promueve.

Y si es imposible comprar ciertos productos, á causa de una línea de demarcación denominada frontera, sin pagar derechos de aduanas á personas que en nada contribuyeron á la producción de aquellas mercancías; si los infelices han de vender su última vaca para pagar los impuestos que el gobierno distribuye á sus funcionarios ó que emplea en alimentar á sus soldados, que recibieron el encargo de matar á los contribuyentes, á la citada causa debe atribuirse.

Los hombres que gozan de los privilegios de las clases directoras se persuaden y persuaden á los demás, únicamente porque ocurren casos de violencia sin suplicios y sin asesinatos, de que las ventajas de que gozan no provienen de martirios ni de ejecuciones, sino de causas generales y misteriosas.

Si las personas que ven la injusticia de todo esto (como los obreros de hoy), dan la mayor parte del producto de su trabajo á los capitalistas, á los propietarios rurales, y pagan impuestos conociendo el mal uso á que el dinero se destina, evidente es que lo hacen, no obedeciendo á ciertas leyes abstractas de que ninguna idea tienen, de las que ni oyeron hablar, sino porque saben que se les pegará y se les matará si á ello se niegan.

En cuanto á los hombres que aprovechan las ventajas resultantes de la violencia, olvidan y gustan de olvidar como se adquirieron tales ventajas. Sin embargo, basta leer la historia, no la de las hazañas de varios soberanos,

sino la verdadera, la de la opresión de la mayoría por la minoría, para saber que todos los privilegios de los ricos no se basan sino en las cárceles, en los presidios, en las ejecuciones.

Puédese citar casos de opresión, raros, es cierto, no encaminados á procurar ventajas á las clases directoras, pero atrevidamente puede decirse que en nuestra sociedad, donde, por cada hombre que viva cómodamente, hay diez gastados por el trabajo, envidiosos, ávidos y menudo sufriendo cruelmente con sus familias, todos los privilegios de los ricos, todos sus lujos, todo el superfluo suyo no es adquirido y asegurado sino por medio de los malos tratamientos, de las prisiones, de las ejecuciones.

El tren rápido que encontré el 9 de Septiembre se componía de un coche de primera para el gobernador, los funcionarios y los oficiales, y algunos vagones de mercancías llenos de soldados. Aquellas autoridades y aquellos soldados iban á Tula para cometer una injusticia flagrante. Hecho que prueba con evidencia como los hombres pueden ejecutar actos contrarios á su convicción y á su conciencia, sin darse cuenta de ello.

Los soldados iban alegres, como, si en vez de tratarse de asesinar á sus padres, á sus abuelos hambrientos, tratárase de ir al campo á divertirse.

Igualmente iban alegres los funcionarios y los oficiales, como si el objeto de su viaje fuera cosa ordinariamente practicada.

En general, todas aquellas personas iban á asesinar á los hambrientos é inofensivos seres que les mantenían; y en la expresión de todos los rostros se leía que sabían

bien lo que iban á hacer, y la seguridad de que su acción les glorificaría.

¿Qué significa esto?

¡Se hallan á media hora del lugar donde se van á llevar á cabo los más horribles actos, y se aproximan á él tranquilamente!

Decir que todos aquellos funcionarios, oficiales y soldados no saben lo que han de hacer es imposible, pues para ello van preparados.

Decir, como se dice generalmente y como ellos mismos se repiten, que obran por convicción de la necesidad de mantener la organización gubernamental sería injusto, primero porque es dudoso que «á todos aquellos hombres les preocuparan la organización social y su necesidad, en segundo lugar porque no pueden hallarse convencidos de que el acto en que toman parte servirá al mantenimiento y no á la ruina del Estado; y en último caso porque; en realidad, la mayoría de ellos, sino todos, no sólo no sacrificarían su tranquilidad y su alegría para el mantenimiento del Estado, sino que ni aun dejarían pasar la ocasión de aprovechar, en detrimento del Estado, cuanto pudiese aumentar su tranquilidad y su bienestar. Luego no lo hacen por principios.

¿Qué significa esto?

Conozco á tales hombres. Si no personalmente, conozco más ó menos su carácter, su pasado, su manera de ser. Todos tienen madres, algunos mujeres, hijos. La mayoría son buenos, bravos, clementes, con frecuencia sensibles; detestan toda crueldad; á más de esto son cristianos, y consideran toda violencia contra seres inofensivos como acción vil y vergonzosa. En la vida ordinaria, ni uno de esos

hombres sería capaz de hacer, para su provecho, lo que hicieran en el distrito de Orel. Y, sin embargo, están alegres á media hora del lugar donde se verán obligados á repetirlo.

¿Qué quiere decir esto?

No solamente se hallan dispuestos al asesinato los hombres á quienes el tren conduce á toda prisa; también lo están el propietario, el gerente, el juez, y los que, de San Petersburgo, enviaron la orden de que la sentencia fuera ejecutada. ¿Cómo estos hombres, buenos también, pudieron ordenar semejante crimen? ¿Cómo los simples espectadores, que no toman parte en él, que se indignan ante todos los casos de violencia en la vida privada, pueden consentir que se perpetre obra tan terrible?

Por el contrario, los encargados de consumarla y los que ocasionaron el asesinato tienen la conciencia tranquila.

Los espectadores que, al parecer, ningún interés personal podían tener en el asunto, más bien con simpatía que con repugnancia miraban á los que se disponían á cometer acción tan atroz.

¿Qué significa esto?

No se puede decir que todas aquellas personas, provocadores, participantes, indiferentes, estaban á tal punto degradados que eran capaces de obrar contra sus convicciones.

Decir que todos son fieras, á las que no repugnaría cometer aquella crueldad, es aún menos posible. Basta haberles visto para convencerse de que todos, propietario, juez, ministro, soberano, oficiales y soldados, no sólo no aprueban interiormente aquella acción, sino que sufren al

pensar que se ven obligados á ejecutarla. Y por lo mismo procuran no pensar en ella.

Diciendo en pocas palabras cuanto he de decir aún, todas, absolutamente todas las personas que concurrían al cumplimiento de aquella crueldad, hasta los viajeros del tren en que yo iba, que, sin tomar parte en ella, asistían á los preparativos, sentíanse avergonzados.

¿Por qué, pues, la cometían ó la toleraban? Preguntádselo. Responderán los funcionarios que para asegurar el orden necesario al bien del país, indispensable al progreso de toda sociedad constituida.

Los que obedecen, los que con sus manos han de ejecutar la violencia, los aldeanos, los soldados, responderán que aquello fué ordenado por la autoridad superior y que la autoridad debe estar en manos de los hombres que la poseen; para ellos es cosa indiscutible. Aun cuando la posibilidad de un error se hiciera admisible, ellos no podrían comprenderle sino de un funcionario inferior; la autoridad superior es siempre infalible para ellos.

Aun cuando expliquen su conducta valiéndose de motivos diferentes, tanto los jefes como los subordinados están de acuerdo para decir que obran de aquel modo porque el orden de cosas existente es necesario, y deber sagrado de ellos es contribuir á su mantenimiento.

En la necesidad y en la inmutabilidad de este orden de cosas se basan para justificar su participación en las violencias del gobierno.

Y la argumentación que se hacen permite que hombres buenos y honrados tomen parte, más ó menos tranquila su conciencia, en acciones como las llevadas á cabo en

Orel, como las que preparaban los soldados que iban á Tula.

Pero ¿en qué se funda esta afirmación?

No hay que decir que es agradable y deseable para el propietario el creer en la necesidad y la inmutabilidad del actual orden de cosas, que le asegura una gruesa renta y le permite llevar su vida habitual, ociosa y lujosa.

Compréndese igualmente que el juez crea en la necesidad de un orden de cosas que le permita cobrar cincuenta veces más que el aldeano más trabajador. Y en el mismo caso se encuentran todos los funcionarios, desde los policías más humildes á la autoridad más elevada.

Pero á los aldeanos, á los soldados, que ningún provecho sacan del actual orden de cosas, que se hallan en la situación más ínfima y humillante, ¿qué puede importárseles que deba ó no existir este orden de cosas? ¿Quién obliga á estos hombres á creer en su inmutabilidad, pues evidente es que puede mudar, cuando ellos le mantienen?

¿Quién obliga á aquellos aldeanos, arrancados al arado el día antes, á asesinar á sus padres y á sus hermanos hambrientos?

Los jefes, con frecuencia buenos, humanos, además del provecho que sacan, son capaces de tomar parte en tales actos, porque su participación se limita á la instigación, á las decisiones, á las órdenes. Ordinariamente ni aun ven como se cometen los crímenes por ellos provocados y ordenados. Pero los infelices de las clases inferiores que, sin el menor provecho, — por el contrario son despreciados, — arrancan á los hombres del seno de sus familias, que les sujetan, les apresan, les deportan, les fusilan, ¿por qué lo hacen?

Toda violencia, gracias á ellos puede cometerse. Sin ellos, ninguno de los hombres que firman las sentencias de muerte, de prisión, jamás hubiérase decidido á colgar, á apresar, á martirizar á la milésima parte de los que, desde su gabinete, ordenó matar, apresar ó martirizar.

Estas injusticias y crueldades hánse hecho frecuentes porque siempre hay personas dispuestas á cometerlas servilmente.

Si los ejecutores no existieran, á ningún propietario le habría nunca ocurrido sentenciar que á los mujiks se les arrancara la propiedad de que cuidaron, ni á los funcionarios les ocurriría considerar legítimos sus malos tratos al pueblo hambriento, ni ganaría nadie persiguiendo á los demás porque se niegan á mentir y quieren predicar la verdad.

Todas estas acciones, como las de todos los tiranos, desde Napoleón al último comandante de compañía, no se explican sino porque se hallan embriagados por el poder que les concede la sumisión de los hombres prontos á ejecutar todas sus órdenes.

¿Qué es, pues, lo que condujo á las personas de quienes todo depende, á las honradas gentes, á la sorprendente aberración de que un orden de cosas tan criminal debe existir tan necesariamente?

¿Quién les hizo incurrir en un error tan grosero?

Tales hombres no pudieron persuadirse por sí mismos de que deben hacer lo contrario á su conciencia, lo perjudicial, criminal para ellos y para toda su clase, que representa las nueve décimas partes de la población.

Todos los hombres de nuestro mundo cristiano saben de una manera absoluta, según la tradición, según la re-

velación, según la conciencia, que el asesinato es uno de los mayores crímenes que puede el hombre cometer, cual se halla dicho en el Evangelio, y que este crimen no puede ser limitado, es decir, que matar sea pecado para unos y no para otros. Todos saben que es siempre un pecado, cualesquiera que sea la víctima. Sin embargo, desde su infancia ven los hombres que el crimen es admitido, más aun, bendecido por los acostumbrados á considerarse sus guías espirituales, designados por el mismo Dios, y ven que los jefes laicos llevan, con perfecta tranquilidad, hasta con orgullo, armas asesinas, y, como en nombre de la ley y hasta de Dios, se exige á los aldeanos tomen parte en tales crueldades. Los hombres ven en esto una verdadera contradicción, mas, no pudiendo resolverla, suponen que es sólo aparente y que resulta de su ignorancia.

Su convicción se afirma con la grosería y la evidencia de esta contradicción. No pueden imaginar que los que van á la cabeza de la civilización puedan predicar con tanta seguridad las obligaciones que tan opuestas les parecen: la ley cristiana y el asesinato. Un simple niño no corrompido, adolescente luego, no puede imaginarse que hombres tan altamente colocados en su aprecio sean capaces, no importa con qué objeto, de engañarle tan impudicamente.

Y, sin embargo, ello ocurre, no cesa de ocurrir. Ocorre: 1.º porque á todos los trabajadores, que por sí no pueden examinar las cuestiones morales y religiosas, desde la infancia se les sugiere que la tortura y el asesinato son conciliables con el cristianismo y que, en ciertos casos, no sólo pueden, sino que deben emplearse; 2.º porque, á ciertos de ellos, alistados en el ejército, ya con arreglo al ser-

vicio obligatorio, ya voluntariamente, se sugiere que el cumplimiento con propias manos de la tortura y del homicidio es un deber sagrado y hasta una hazaña generosa y digna de elogio y recompensa.

Esta mentira universal es propagada por todos los catecismos, ó bien por libros que les reemplazan y que hoy se emplean en la instrucción obligatoria. Dícese en ellos que que la violencia, la tortura, la prisión y las ejecuciones, como el asesinato en tiempo de guerra, son cosas absolutamente legítimas y que en nada contradicen ni á la moral ni al cristianismo.

Y los hombres se persuaden tan bien de esto que crecen, viven y mueren en esta convicción, sin dudar de ella un solo instante.

Tal es la mentira universal; hay aún la mentira particular á los soldados ó á los policías que cometen crueldades ó asesinatos necesarios al mantenimiento del actual orden de cosas.

Léese en todos los códigos militares lo que se lee en el ruso; la única diferencia está en el modo de expresarlo.

Dice el código militar ruso que el individuo, cuando soldado, puede y debe cumplir *todas* las órdenes del jefe; y, como estas órdenes casi siempre provocan homicidios, debe violar todas las divinas y humanas leyes, pero no puede violar el juramento prestado al que, en un instante dado, se halla casualmente en el poder. Y no puede ser esto de otro modo, porque tal mentira es la base del poder del Estado. Esta es la razón por que los hombres de la clase inferior creen que el actual orden de cosas, tan cri-

minal para ellos, es el que ha de existir, y que se le debe mantener por medio de la tortura y del asesinato.

—Dime,—pregunté en cierta ocasión á un soldado.—Si tu padre, detenido y confiado á tí, tratara de escaparse, ¿qué harías?

—Le atravesaría con la bayoneta,—respondió él, con aquella voz estúpida y particular á los soldados.—Y, si se «escapaba», debería disparar contra él,—agregó, visiblemente orgulloso de saber lo que era preciso hacer en caso de que su padre se le escapara.

Cuando el joven ha descendido más que una fiera, tór-nase cual debía para los que le emplean como objeto de violencia. Está pronto: perdióse el hombre, pero hay un nuevo instrumento de violencia.

Al recordar tan terrible mentira, uno se admira viendo como los predicadores de la religión cristiana, de la moral, los maestros de la juventud, ó sencillamente los buenos é inteligentes seres que á menudo encuéntranse en el mundo, predicán no importa qué doctrina moral en esta sociedad en que se reconoce abiertamente que la tortura y el homicidio constituyen la condición indispensable de la existencia de los hombres, y en que entre nosotros siempre ha de haber seres aparte prontos á matar á sus hermanos y en que á cada uno de nosotros puede ocurrir lo propio.

¿Cómo enseñar á los niños, á los adolescentes, á todos en general, aun sin hablar de la instrucción cristiana, cualquier doctrina moral, frente á la que predica que el asesinato es preciso para mantener el bienestar general y que, por lo mismo, legítimamente, hay hombres (entre los que pudiéramos contarnos) que se hallan obligados á violen-

tar y á matar á sus semejantes? Si semejante doctrina es posible, no hay ni puede haber ninguna enseñanza moral, no hay sino el derecho del más fuerte. En realidad, esta doctrina, justificada para algunos con la teoría de la lucha por la existencia, reina en nuestra sociedad.

En efecto, ¿cómo una doctrina moral puede admitir la necesidad del asesinato con no importa qué objeto? Esto es tan inadmisibile como una teoría matemática que dijera: dos es igual á tres.

La doctrina ojo por ojo, diente por diente y vida por vida es rechazada por el cristianismo por no ser otra cosa que la justificación de la inmoralidad, una apariencia de equidad sin ningún sentido. La vida es un valor que no tiene peso ni medida, que no puede compararse á ningún otro, y, de consiguiente, el aniquilamiento de la vida con la vida no tiene sentido. Además, toda ley social tiene por objeto la mejora de la existencia. ¿Cómo la destrucción de la vida de algunos hombres puede mejorar la de los otros en general? La destrucción de una vida no es acto de mejora, es un suicidio.

Acción es semejante á la del hombre que, habiendo perdido un brazo, se hiciera cortar el otro, á fin de ser justo.

Sin hablar de la mentira que permite que el más terrible crimen sea considerado como obligación, sin hablar del horrible abuso que se hace del nombre y de la autoridad de Cristo para legitimar una acción que Él condenara, sin hablar de la tentación por la que se mata no sólo el cuerpo, sino hasta el alma «de los pequeños», ¿cómo los hombres pueden tolerar esa fuerza estúpida, cruel y homicida que representa todo gobierno organizado bajo el apoyo del ejército?

La cuadrilla de los bandidos más feroces ofrece una organización menos temible. El poder de todo jefe de bandidos es limitado, porque los que forman la cuadrilla gozan de cierta parte de libertad y pueden oponerse al cumplimiento de actos contrarios á su conciencia. Por el contrario, gracias al apoyo del ejército, ningun obstáculo hay para los hombres que forman parte de un gobierno organizado. Y no hay crimen que no se hallen dispuestos á cometer los hombres que forman parte del gobierno y del ejército, á las órdenes de aquel que la casualidad puso á su cabeza.

Sin querer se pregunta uno como los hombres toleran esto, no pensando en su seguridad.

Puédese responder que ello no es tolerado por todos los hombres (La mayoría, engañados y sometidos, nada tienen que tolerar ni prohibir). Es únicamente tolerado por los que, en semejante organización, ocupan un lugar ventajoso. Y lo toleran porque las desventajas que representa para ellos la presencia de un loco á la cabeza del gobierno ó del ejército, son siempre menores que las que resultarían de la desaparición de la organización.

Admiración debe causar el ver que hombres libres á ello no obligados, lo que se llama la flor de la sociedad, entran en el servicio militar en Rusia, en Inglaterra, en Alemania, en Austria y hasta en Francia, y ansian ocasiones para matar. ¿Por qué los padres, personas honradas, consienten que sus hijos vayan á las escuelas militares? ¿Por qué las madres siempre les compran chacós, fusiles y sables de plomo? (Es de notar que los hijos de los aldeanos nunca juegan á los soldados). ¿Por qué hombres buenos, hasta mujeres, que nada tienen que ver con el militaris-

mo, á quienes nada importan las hazañas de Skobelef, no le escatiman los elogios? ¿Por qué individuos que á ello no están obligados, como los mariscales de nobleza en Rusia, por ejemplo, consagran meses enteros al trabajo moral y físicamente penoso del reclutamiento? ¿Por qué los emperadores y los reyes usan trajes militares? ¿Por qué los hombres libres consideran una honra ser lacayos de los soberanos? ¿Por qué los hombres que no creen en las supersticiones religiosas de la Edad media fingen creer seriamente en la institución impía de la iglesia que sostienen? ¿Por qué no solamente los gobernantes, sino los hombres de las clases superiores tratan de mantener á las personas en la ignorancia? ¿Por qué los historiadores, los novelistas, los poetas, que nada pueden lograr á cambio de sus halagos, hacen héroes de los emperadores, de los reyes, de jefes militares muertos?

¿Por qué hombres que tiénense por sabios consagran vidas enteras á la creación de teorías según las cuales la violencia cometida por el poder en perjuicio del pueblo es una violencia legítima, un derecho?

Con frecuencia causa admiración el ver como una mujer de mundo ó un artista, que, al parecer, no debían conceder atención á las cuestiones sociales ó militares, condenan las huelgas de obreros, predicán la guerra y siempre, sin vacilar, atacan á unos y defienden á otros.

Pero ello no causa extrañeza, cuando se comprende que la cosa no tiene lugar sino porque todos los miembros de las clases directoras sienten instintivamente lo que mantiene y lo que destruye la organización gracias á la cual pueden gozar de sus privilegios.

La mujer de mundo ni aun se ha dicho que, si no exis-

tieran capitalistas ni ejércitos para defenderles, su marido no tendría dinero, ni ella salón y artículos de tocador; y el pintor tampoco pensó que los capitalistas defendidos por el ejército le son necesarios para la venta de sus cuadros; pero el instinto, que reemplaza en este caso al razonamiento, es su guía más seguro. Y el mismo instinto guía, salvo raras excepciones, á todos los hombres que algún apoyo prestan á las instituciones políticas, religiosas ó económicas que les sirven para algo.

Pero ¿es que los hombres de las clases superiores pueden realmente sostener el actual orden de cosas porque su mantenimiento les interesa? ¿No pueden no ver que este orden de cosas es irracional, que no responde al grado de desarrollo moral de los hombres, á la opinión pública, y que está lleno de peligros?

Los hombres de las clases directoras, honrados, buenos, inteligentes, no pueden dejar de experimentar estas contradicciones ni aun ver los peligros que les amenazan. ¿Quiere decir esto que los millones de hombres de las clases inferiores pueden cumplir, tranquila su conciencia, todos los actos evidentemente malos, que no ejecutan sino por temor al castigo? No podría ser esto, y ni á los unos ni á los otros sería posible no advertir la demencia de sus actos, si los detalles de la organización social no se la ocultaran.

Tantos instigadores, cómplices é indiferentes toman parte en cada acto, que ninguno se considera moralmente responsable.

Para llegar más fácilmente á este resultado, los gobernantes tratar de englobar á cuantas personas pueden para

el cumplimiento de los actos criminales que tienen precisión de cometer.

En los últimos tiempos, lo que digo se ha manifestado de una manera particularmente evidente: en los tribunales por medio de llamada á los ciudadanos para que oficien de jurados, y en la administración comunal ó legislativa en calidad de electores ó elegidos.

Antiguamente, los tiranos eran acusados por los crímenes que cometían, mientras que hoy pueden lucirse impunemente todos los Nerones.

En el grado superior, el rey, el presidente, los ministros, los Parlamentos ordenan las violencias, los asesinatos, el reclutamiento, absolutamente seguros de que, colocados en el poder, ó por la gracia de Dios ó por la sociedad á la que gobiernan, y que les pide precisamente lo que ordenan, no pueden ser responsables.

Entre los unos y los otros hay una clase intermedia, los que vigilan la ejecución de estas violencias, y están absolutamente seguros de que su responsabilidad es en parte aniquilada por las órdenes de los superiores, en parte por el hecho de que las órdenes son pedidas por los colocados en el grado inferior de la escala.

La autoridad que manda y la autoridad que ejecuta, colocadas en los extremos límites de la organización gubernamental, liganse como extremos de un anillo: dependen uno de otro y se mantienen mutuamente.

Sin la convicción de que hay una persona sobre quien recae la responsabilidad del acto, el soldado no se atrevería á alzar el brazo para cometer una violencia. Sin la convicción de que ello es exigido por todo el pueblo, ningún emperador, ningún rey, presidente, ni asamblea ninguna

se atrevería á ordenar tales violencias. Sin la convicción de que hay superiores responsables é inferiores que las piden por su bien, ninguno de los hombres de la clase intermedia se atrevería á tomar parte en las violencias que se cometen.

En la desigualdad, en la elevación de los unos y la humillación de los otros se basa la facultad que tienen los hombres de no darse cuenta de la locura de la vida actual, de su crueldad y de la mentira que los unos cometen haciendo á los otros culpables.

Unos—aquellos á quienes se sugirió que están investidos de una grandeza y de una importancia particulares—hállanse de tal modo embriagados con su grandeza imaginaria que ya cesan de ver su responsabilidad en los actos que cometen; otros—aquellos á quienes, por el contrario, se persuade de que son seres inferiores que en todo han de someterse—caen en un estado extraño de servilismo embrutecido y, bajo la influencia de este embrutecimiento, tampoco ven el alcance de sus actos y pierden la conciencia de su responsabilidad. La clase intermedia, en parte considerándose á sí misma superior, siéntese al propio tiempo embriagada por el servilismo, y pierde, á causa de esto, la conciencia de su responsabilidad.

Al asistir á una revista, échese una ojeada sobre el comandante en jefe, cuando, al sonido de las trompetas, pasa por delante de las tropas, petrificadas de servilismo, presentando las armas, y se comprenderá que aquel momento, hallándose en tal estado de embriaguez, el comandante, los oficiales y los soldados pueden ejecutar crueles actos en los que ni pensar hubieran podido en otras circunstancias.

En la mentira de la desigualdad de los hombres y en la embriaguez de poder y de servilismo resultante, reposa sobre todo la facultad que tienen los hombres formados en organización social, para cometer sin remordimiento los actos más opuestos á su conciencia.

Sin la influencia de tal embriaguez, los hombres crearíanse seres particulares sin más deberes que los ordinarios, en especial los de la clase á que pertenecieran.

Así, el propietario rural que quitó el bosque á sus aldeanos, obró porque se creía no un hombre como ellos, con igual derecho á la vida, sino porque se figuraba ser un gran propietario, un miembro de la nobleza; y, de consiguiente, bajo la influencia de la embriaguez del poder, sentíase ofendido por las reclamaciones de los aldeanos.

Las situaciones de convención, establecidas há centenares de años, reconocidas hace siglos, distinguiéndose por medio de nombres ó de trajes particulares, y sancionadas por el de diversas solemnidades, de tal modo se imponen á los hombres que, olvidando las condiciones ordinarias de la vida, no juzgan sus acciones y las de otro si no desde el punto de vista convencional.

Así, por ejemplo, en el caso actual, en el del robo del bosque á los mujiks, éstos, según los jefes (que me lo confirmaron) tienen razón. Saben que los aldeanos son desgraciados, pobres, y el propietario rico y antipático. Y, sin embargo, dispónense á matar á los infelices para asegurar al propietario la posesión de 3000 rublos, únicamente porque funcionarios, oficiales y soldados créense entonces, en aquellos momentos, no hombres, sino gobernador, general, oficial, soldado, y consideran un deber obedecer, no á

las exigencias eternas de la conciencia, sino á los temporales, ocasionales, de su situación.

Por extraño que parezca, la única explicación de estos fenómenos sorprendentes consiste en que estos hombres se hallan en idéntico estado que los hipnotizados militarmente, y en que se creen en la situación que les sugiere el hipnotizador. Por ejemplo, si al hipnotizado se le sugiere que es cojo, se levantará y andará cojeando. En igual situación se hallan todos los que cumplen sus deberes sociales y gubernamentales antes y en detrimento de los deberes del hombre.

La diferencia entre los hipnotizados por medios ordinarios y los que se hallan bajo la influencia de la sugestión gubernamental, reside en que á los primeros se sugiere rápidamente una situación imaginaria, mientras que la sugestión gubernamental se opera poco á poco, insensiblemente, desde la infancia, en ocasiones no sólo durante años, sino por espacio de muchas generaciones, y no por una sola persona, sino por toda la cohorte.

«Pero —se me objetará— siempre, en todas las sociedades, la mayoría de los hombres, todos los niños, todas las mujeres, absortas por los cuidados y las obligaciones maternales, toda la gran masa de trabajadores, absortos en su trabajo, todos los hombres débiles de espíritu, anormales, intoxicados por la nicotina, el alcohol, el opio y otras causas, todos, hallándose en situación de no poder pensar con independencia, ó bien se someten á los más inteligentes, ó bien permanecen bajo la influencia de las tradiciones familiares ó sociales, y se someten á lo que se llama opinión pública, y nada hay anormal ni contradictorio en esta sumisión».

En efecto, nada hay de anormal, y la tendencia que tienen los hombres poco razonadores á someterse á los más inteligentes es un fenómeno constante y necesario á la vida en sociedad: unos, la minoría, se someten á los principios razonados, siempre los mismos, por su concordanza con la razón; otros, la mayoría, se someten á los mismos principios de un modo consciente, sencillamente porque la opinión pública lo exige.

Semejante sumisión á la opinión pública, por parte de los hombres que razonan poco, no presenta ningun carácter anormal mientras la opinión pública no pueda partirse en dos. Pero llega un momento en que el conocimiento de la mayor verdad, despues de revelada á algunas personas, se impone poco á poco á tan gran cantidad de hombres, que la antigua opinión pública empieza á vacilar para dejar sitio á la nueva, ya pronta á establecerse. Llega un momento en que los hombres comienzan á razonar sus actos con arreglo á principios nuevos, mientras que, en la vida general, por inercia, por tradición, continuan aplicando los principios, que en el antiguo tiempo formaban el grado superior de la conciencia razonada, pero que se encuentran actualmente en contradicción con ella. De donde resulta una situación anormal para todos, pertenezcan á las clases superiores privilegiadas ó á las inferiores, sometidas á todas las órdenes.

Los hombres de las clases directoras, no teniendo razonable explicación para sus privilegios, vense obligados á ahogar en su corazón los sentimientos superiores de amor, y á persuadirse de la necesidad de sus situaciones excepcionales; los de las clases trabajadoras, aplastados por el trá-

bajo y embrutecidos perfectamente, permanecen bajo la constante influencia de las clases superiores.

Sólo de esta manera puede explicarse el fenómeno admirable que presencié el 9 de Septiembre: hombres honrados y dulces iban, con perfecta tranquilidad de alma, á cometer el crimen más atroz, más estúpido, más vil.

No porque en ellos no estuviera la conciencia que les prohibiera hacer lo que se preparaban á ejecutar; no, existía, pero dormida, en los jefes por lo que el psicólogo llama autosugestión, y en los ejecutores, en los soldados, por la hipnotización de las clases superiores.

Mas por adormecida que esté, la conciencia se manifiesta aun á través de la autosugestión y de la sugestión, y, una vez más, se despertará.

Hubo época en que los hombres, partiendo con el objeto de practicar violencias ó asesinatos, no regresaban sino despues de haber cumplido su misión, y al regresar acariciaban tranquilamente á sus mujeres, á sus hijos, y bromeaban y reían y se entregaban á todas las puras alegrías familiares. Entonces, los hombres á quienes aprovechaban estas violencias, ni aun sospechaban que sus intereses se relacionasen directamente con aquello. Hoy, los hombres saben ya, ó están próximos á saber lo que hacen y el objeto con que lo hacen. Pueden cerrar los ojos, imponer silencio á su conciencia, mas, con los ojos abiertos y la conciencia libre, no pueden no ver el alcance de los actos cometidos. Ocurre que los hombres no comprenden la importancia de lo que hacen sino después de haberlo hecho; puede ocurrir también que lo comprendan justamente antes de hacerlo. Así, los hombres que ordenaran las violencias de Nijni—Novgorod, de Saratof, de Orel, no comprendieron

el significado de sus actos sino después de cometerlos, y actualmente enrojecen ante la opinión pública y ante su conciencia, de igual modo que los que ordenaron lo que ellos ejecutaron. Yo hablé de esto con soldados, que se apresuraban á cambiar de conversación, que me respondían con repugnancia.

Pero casos hay en que los hombres vuelven en sí antes de la ejecución. Sé que ha habido ocasión en que los soldados encargados de una ejecución militar negáronse á disparar, y sé que los oficiales encargados se negaron á ordenar la ejecución.

Los hombres que viajaban en el tren del 9 de Septiembre iban á matar á sus hermanos, pero no sabían si lo harían. Por oculta que para cada cual estuviera su parte de responsabilidad, por fuerte que fuese su convicción de que no eran hombres, sino funcionarios ó soldados, y que, como tales, podían violar todas las humanas obligaciones, cuanto más se aproximaron al lugar de la ejecución más debieron vacilar.

Gobernador, funcionarios, oficiales y soldados, por extraño que parezca, sabían que la acción que se disponían á cometer era una deshonra. Y al saberlo tenían que vacilar.

No eran aquellos unos soldados que abandonaran la vida natural del trabajo y consagraran toda su existencia al desarreglo, á la rapiña, al asesinato, como los legionarios romanos ó los luchadores de la guerra de los Treinta Años, ó como los que habían de cumplir veinticinco años de servicio. Sabemos como son los soldados de hoy; y sabemos que entre ellos hay algunos librepensadores, alistados voluntarios y oficiales liberales, y que la grana de la

duda, respecto á la legitimidad de lo que van á hacer, está sembrada en su conciencia.

Cierto que todos pasaron por aquella educación hábil, terrible, elaborada por siglos, que mata toda iniciativa, y que se hallan de tan modo acostumbrados á la obediencia mecánica, que á la orden de mando: «¡Fuego!» todos sus fusiles se levantan como por sí mismos, y comienzan los gestos acostumbrados. Pero el «¡Fuego!» no significa el divertido ejercicio de tirar al blanco, significa que se ha de disparar contra sus padres, extenuados, explotados, que van en multitud y gritan no se sabe qué, gesticulando.

Y Dios sabe lo que el soldado hará en aquel momento supremo. Una sola palabra, una alusión, serían cosa bastante para que se detuviera.

En el momento de obrar, todos aquellos hombres se asemejan al hipnotizado, á quien se sugirió cortar en dos un madero, y que, habiéndose aproximado al objeto que se le designa como madero, vé, al levantar el hacha, que no es tal madero, sino un hermano dormido. Puede ejecutar el acto que se le sugiriera, pero también puede despertar.

Si, en el momento de ir á obrar, algunos se detienen y expresan atrevidamente á los otros lo que de criminal tiene aquella acción, el prestigio de aquellos hombres puede despertar á los otros de la sugestión bajo cuya influencia obraban, y el acto criminal no será ejecutado.

Mejor aun, si algunos hombres, hasta de los que no tomaran parte en el acto, pero que son espectadores de sus preparativos, ó que, conociendo ya hechos parecidos, no permanecen indiferentes y expresan con franqueza todo

el disgusto que les causa aquello en que no participan, su manifestación tendrá una influencia salvadora.

Esto es lo que ocurrió en el caso de Tula.

Bastó que algunas personas expresaran su repugnancia, diciendo que los soldados no eran verdugos, para que ellos, llegados al lugar, se limitaran á cortar la madera y entregarla al propietario.

Si la conciencia de que lo que hacen es malo hubiera existido en ciertos hombres, y si, de consiguiente, no hubiera en este sentido la influencia de los unos sobre los otros, lo que pasó en Orel no hubiera tenido lugar.

Todo depende, claro se está viendo, del grado de conocimiento de la doctrina cristiana.

Justo sería, pues, que hacia el desarrollo de esta conciencia tendiera la acción de todos los hombres de nuestra época que dicen desear el bienestar humano.

Mas ¡cosa extraña! los que más hablan hacen menos, afirmando que aquello es justamente lo que no se debe hacer, que hay otros medios más eficaces para mejorar la situación de los hombres. Dicen que la mejora de las condiciones de la vida humana resulta, no de los esfuerzos morales aislados ni de la propagación de la verdad, sino de modificaciones progresivas de las condiciones generales y materiales de la vida, y que, de consiguiente, los esfuerzos del individuo aislado, deben encaminarse en tal sentido; mientras que toda confesión individual de la verdad contraria al orden de cosas existente, lejos de ser útil es perjudicial, porque provoca, de parte del poder, una oposición que impide que el individuo aislado siga su acción útil á la sociedad. Según esta tesis, todas las modifi-

caciones de la vida humana se producen con arreglo á las mismas leyes que rigen la vida de los animales.

Resultaría de esta teoría que los fundadores de religión, como Moisés, y los profetas Confucio, Buddha, Cristo y otros, predicaron sus doctrinas, y que sus partidarios las aceptaron, no porque les gustase la verdad, sino porque las condiciones políticas, sociales y sobre todo económicas de los pueblos en los que aquellas doctrinas aparecieron eran favorables á su aceptación y á su desarrollo.

La acción del hombre que desea servir á la sociedad y mejorar las condiciones de vida, según esta tesis, debe encaminarse, no hacia el esclarecimiento de la verdad y su observancia, sino á la mejora de las condiciones exteriores, políticas, sociales y sobre todo económicas. Y la modificación de estas condiciones se hace, en parte, sirviendo al gobierno é introduciéndose en la administración de los principios de liberalismo y de progreso, en parte contribuyendo al desarrollo de la industria y propagando las ideas socialistas, y principalmente concurriendo á la difusión de la ciencia.

Lo que importa, según esta doctrina, no es profesar la verdad revelada y, de consiguiente, realizarla en la vida ó al menos no cometer actos contrarios á ella, sino cambiar las formas actuales de la vida, sometiéndose á ellas aun cuando sea en contra de sus convicciones, introducir el liberalismo en las instituciones existentes. Según esta teoría, siendo propietario, negociante, juez, funcionario, oficial, soldado, á la vez se puede ser no sólo humano, sino hasta socialista y revolucionario.

La hipocresía, que en otro tiempo sólo era religiosa, con la doctrina del pecado original, de la redención y de la

iglesia se ha tornado científica, y ha cogido en sus redes á todos los hombres á quienes su desarrollo intelectual no les permitiera apoyarse en la hipocresía religiosa. Así como el hombre que antiguamente profesaba la doctrina religiosa oficial, sin dejar de creerse puro de todo pecado, podía tomar parte en todos los crímenes del Estado y sacar provecho de ellos, con tal de que cumpliera las prácticas exteriores de su religión, los hombres que hoy no creen en el cristianismo oficial encuentran en la ciencia las mismas razones para considerarse puros y hasta grandemente morales, no obstante su participación en las hazañas del gobierno y las ventajas que de ellas sacan.

El derecho de propiedad de un dueño de inmensos bienes terrenos, reposa en la circunstancia de que, á cada tentativa de los oprimidos á gozar, sin su consentimiento, de la tierra que creen suya, llegan tropas que les someten á toda clase de violencias. Evidentemente parece que el hombre que vive de este modo es un malvado, egoísta, y que de ningún modo puede llamarse cristiano. Evidente parece que la primera cosa que debería hacer, si deseara hallarse conforme con el espíritu del cristianismo ó del liberalismo, sería cesar de despojar y de perder á los hombres con ayuda de violencias gubernamentales que le aseguran el derecho sobre la tierra.

Esto ocurriría, en efecto, si no hubiera una hipócrita metafísica que afirma, desde el punto de vista religioso, que la posesión ó no posesión de la tierra es indiferente para la salvación, y, desde el punto de vista científico, que el abandono de la tierra sería un sacrificio individual in-

útil, visto como está que la mejora de los hombres se cumple no por esta marcha, sino por medio de las modificaciones progresivas de las formas exteriores de la vida.

Así instruido, aquel hombre, el propietario rural, sin la menor turbación, sin la duda más mínima, organizando una explotación agrícola, fundando una asociación de templanza, predica atrevidamente en la familia, en los salones, en los comités y en la prensa el amor evangélico ó humanitario á su prójimo en general, y en particular á los trabajadores agrícolas, á quien no cesa de explotar y de oprimir.

Y los hombres que ocupan igual situación que él le dan crédito, le ensalzan y examinan otros medios de mejora de la suerte de aquel pueblo trabajador, en la explotación del cual se basa su existencia, inventando al efecto infinidad de procedimientos, salvo el único que, efectivamente, sería una mejora: el de cesar de tomarle la tierra necesaria á su existencia.

El negociante cuyo comercio—como todo comercio, por otra parte—se basa en una serie de raterías, aprovecha la ignorancia ó la necesidad, comprando las mercancías por menos de su valor y expendiéndolas al triple de su precio.

Evidente parece que el hombre cuya actividad se basa en lo que él mismo llama raterías, debía avergonzarse de su situación y no puede, mientras continúa su comercio, denominarse cristiano ó liberal.

Pero la metafísica de la hipocresía le dice que puede pasar por hombre virtuoso aun continuando su acción perjudicial: el hombre religioso debe limitarse á creer, el li-

beral á contribuir al cambio de condiciones exteriores, al progreso de la industria.

Y de este modo educado el comerciante (que, por otra parte, vende mala mercancía, engaña en el peso, y expende cosas perjudiciales á la salud, como el opio, el alcohol), se considera y es considerado por los demás como un modelo de probidad y de honradez.

Y, si gastara la milésima parte del dinero que robó en alguna institución pública,—hospital, museo, escuela,—considerado sería como bienhechor del pueblo, gracias á la explotación del cual hizo una fortuna.

Y, si para aumentar su prestigio, le ocurre dar parte del dinero robado á las iglesias y á los pobres, todo el mundo le considerará cristiano ejemplar.

El fabricante es un hombre cuyos beneficios son el salario escamoteado á los obreros, y cuya acción se basa en un trabajo obligatorio y anormal que gasta á generaciones enteras.

Evidente es que, si profesara principios liberales ó cristianos, ante todo debería cesar de arruinar para su provecho las vidas de muchos seres; pues, según la doctrina existente, concurre al progreso de la industria, y no debe cesar en esta acción, si su deseo no es perjudicar á la sociedad.

Y el fabricante, el duro poseedor de esclavos, después de construir, para los obreros que se estropeen en su fábrica, una casita con jardincillos de dos metros y un hospital, está completamente seguro de que con tales sacrificios ha pagado con creces lo que debía por las vidas que arruina física y moralmente, y continúa viviendo tranquilo, orgulloso de su obra.

El funcionario, civil, religioso ó militar, que sirve al Estado para satisfacer su ambición, ó, lo que con frecuencia ocurre, por un sueldo que se arranca del producto del trabajo del pueblo, si, cosa que es rarísima, no roba todavía el dinero del Tesoro, se considera por sus iguales como miembro el más útil, el más virtuoso de la sociedad.

El juez, el fiscal, que sabe que, si lo desea, centenas, millares de hombres, son arrancados á sus familias y encerrados, ya en la cárcel, ya en el presidio, donde se tornan locos ó se matan; que sabe que tienen madres, mujeres, hijos desesperados por la separación, deshonorados, pidiendo en balde el perdón, el indulto de sus padres, hijos, maridos ó hermanos; ese juez, ese acusador, se hallan tan imbuidos en su hipocresía, que ellos mismos y sus semejantes, sus mujeres y sus familias y amigos están completamente seguros de que, no obstante sus hazañas, pueden ser muy buenos y hasta sensibilísimos.

Según la metafísica de la hipocresía, desempeñan una misión social lo más útil.

Y estos hombres, á quienes se debe la pérdida de millares de individuos, con la fe en el bien y en la creencia en Dios, entran en la iglesia sonrientes, oyendo el Evangelio, pronuncian discursos humanitarios, acarician á sus hijos, les predicán moral y se enternecen ante sufrimientos imaginarios.

Todos estos hombres y los que en torno de ellos viven se nutren con la sangre que por tal ó cual medio, valiéndose de estas ó de las otras sanguijuelas, se extrae de las venas del trabajador, y cada día de placer cuesta infinitas horas de trabajo.

Ven las privaciones y los sufrimientos de los obreros, de sus hijos, de sus mujeres, de sus ancianos, de sus enfermos; saben á qué castigos se exponen los que quieren resistir á la rapiña organizada, y no sólo no disminuyen en su lujo, no sólo no le disimulan, sino que lo lucen impudicamente ante aquellos obreros oprimidos que les odian, cual si quisieran excitarles.

Y, al mismo tiempo, continúan creyendo y haciendo creer á los demás que les preocupa mucho el bienestar de un pueblo al que no cesan de pisotear, y, el domingo, lujosamente vestidos, preséntanse en la casa de Cristo, elevada por la hipocresía, y allí oyen á unos hombres, instruidos para aquella mentira, la predicación del amor, que contradicen todos ellos en toda su existencia.

Y de tal modo desempeñan y se penetran de su papel, que dichos hombres concluyen por creer ellos mismos en la sinceridad de su actitud.

De tal modo ha penetrado en el cuerpo y alma de todas las clases de la presente sociedad la general hipocresía, que nada indigna á nadie. No en balde hipocresía, en su sentido propio, quiere decir representar un papel; y representar un papel, cualesquiera que sea, siempre resulta posible.

Hechos como el de la bendición, por los representantes del Cristo, de asesinos alineados en orden, armados contra sus hermanos y manteniendo el fusil *por medio de la oración*, como la participación de los sacerdotes de todas las iglesias cristianas en las ejecuciones, reconociendo que el asesinato es compatible con el cristianismo (un pastor asistió á la prueba de la ejecución por medio de la electricidad), hechos son que no admiran á nadie.

Una exposición internacional penitenciaria tuvo lugar no hace mucho en San Petersburgo. Se expusieron los instrumentos de tortura, las cadenas, modelos de cárceles celulares, es decir, de instrumentos de suplicio peores que el *knut* (1) y los vergajos, y las señoras y los caballeros sensibles iban á ver aquello y se divertían.

Nadie se sorprende tampoco de que la ciencia liberal, reconociendo la igualdad, la fraternidad, la libertad, demuestre la necesidad del ejército, de las ejecuciones, de las aduanas, de la censura, de la prostitución, etc., etc.

Se habla de lo que ocurrirá cuando todos los hombres profesen lo que se llama cristianismo (es decir, diversas confesiones las unas hostiles á las otras), cuando todos los habitantes de la tierra estén entre sí ligados por el telégrafo, el teléfono, y se comuniquen con ayuda de globos, cuando todos los obreros se hallen penetrados de las ideas socialistas y cuando las asociaciones obreras reúnan millones de adherentes y posean millones de rublos, cuando todos sean instruidos, lean periódicos, conozcan todas las ciencias...

¿Qué puede resultar, útil y bueno, de tantos perfeccionamientos, si los hombres no dicen ni hacen lo que consideran la verdad?

La desgracia de los hombres proviene de su desunión, y su desunión proviene de que no siguen la verdad, que es única, sino la mentira, que es múltiple. He aquí el motivo por que los hombres, cuanto más avidamente buscan la verdad, más se encaminan á su unión.

Pero ¿cómo los hombres pueden unirse, aproximarse en

(1) Látigo de varias correas con clavos en los extremos.

la verdad, si no sólo no expresan la verdad que conocen, sino que la consideran inútil y fingen reconocer como verdad lo que saben es mentira?

De consiguiente, ninguna mejora es posible mientras las cosas vayan así.

Si la hipocresía que hoy reina subsiste, si los hombres no profesan la verdad, que conocen, sino que continúan simulando creer en lo que no creen, su situación no sólo continuará siendo la misma, sino que hasta empeorará. Cuanto más al abrigo de la necesidad estén los hombres, cuantos más telégrafos, teléfonos, libros, periódicos y revistas haya, más medios resultarán para la propaganda de la mentira y de las hipocresías contradictorias, y más desunidos estarán los hombres.

No sin razón la única palabra dura de Cristo fué dirigida á los hipócritas.

Los hombres que, ignorando la verdad, ocasionan el mal, sólo se lo causan á quien atacan; pero los hombres que, conociendo la verdad, hacen el mal tras la careta de la hipocresía, causansele á sí mismos, á sus víctimas y á miles y miles de hombres, tentados por la mentira ocultadora del mal.

Los ladrones, los asesinos, los timadores, que cometen acciones reconocidas malas por ellos mismos y por todos los hombres, son el ejemplo de lo que no se debe hacer y desagradan á los hombres. Mientras que los que cometen los mismos robos y asesinatos, disimulándoles por medio de toda clase de justificaciones religiosas ó científicas, como los propietarios, los comerciantes, los fabricantes y los funcionarios, provocan la imitación y causan mal no sólo á ellos mismos, sino que también á millares de hombres,

á quienes pervierten, á quienes extravían, haciendo desaparecer toda distancia entre el bien y el mal.

Toda guerra, aun la más benigna, con sus consecuencias ordinarias, pervierte, sólo en un año, más personas que millares de pillajes, de incendios, de asesinatos cometidos en el espacio de un siglo por individuos aislados é impedidos por la pasión.

Una sola existencia lujosa, igualmente en los límites ordinarios, de una familia denominada honrada y virtuosa, que depende, por sus necesidades, del producto de un trabajo que bastaría para alimentar á miles de hombres que viven en la miseria, pervierte á más personas que las innumerables orgías de comerciantes groseros, de oficiales, de trabajadores entregados á la embriaguez, al des-arreglo, etc., etc.

Una sola procesión solemne, un oficio, un sermón de mentira, en el que ni el predicador mismo cree, ocasiona más daño que millares de falsedades, de falsificaciones de productos alimenticios.

Se habla de la hipocresía de los fariseos. Pero la hipocresía de los hombres de nuestra época la excede en mucho. Los fariseos tenían, por lo menos, una ley religiosa exterior cuyo cumplimiento les impedía examinar sus verdaderas obligaciones con relación á las de sus semejantes. Por otra parte, estas obligaciones no se hallaban bien definidas. Hoy, semejante ley no existe (no hablo de las groseras y estúpidas personas que se figuran que los sacramentos ó las dispensas del papa absuelven de todo pecado). Por el contrario, la ley evangélica, que profesamos bajo una forma ó bajo otra, prescribe directamente nuestras obligaciones; además, estas obligaciones, que enton-

ces no habían sido expresadas sino por ciertos profetas y en términos vagos, hoy se hallan claramente formuladas. De consiguiente, los hombres de nuestra época no debían fingir que las ignoran.

El hombre moderno, que aprovecha el actual orden de cosas, basado en la violencia, y que asegura al propio tiempo que ama á sus semejantes, que no se da cuenta de que toda su existencia es funesta á su prójimo, se asemeja al bandido que, alzando su puñal sobre el infeliz á quien echara la uña, dijese que no sabía si lo que se propone hacer es ó nó agradable para la persona á quien des-balijó y va á degollar.

No podemos persuadirnos de que ignoramos la existencia de tal número de hombres encerrados en cárceles y presidios, al efecto de asegurar nuestra propiedad y la tranquilidad nuestra; ni de que ignoramos la existencia de los tribunales de que nosotros mismos formamos parte; tan poco podemos fingir que no nos damos cuenta de la presencia de los gendarmes, que, armados de un revólver, paséanse bajo nuestros balcones, al objeto de velar por nuestra seguridad mientras engullimos ricos manjares ó guardamos una nueva moneda, ni simular que no vemos á los soldados, que aparecerán armados de sables y fusiles en el momento en que se produzca el menor atentado contra nuestra propiedad.

He aquí por qué, así como el bandido cogido en flagrante delito, no puede negar que levantaba el cuchillo sobre su víctima con objeto de apoderarse de su bolsa, nosotros no podemos afirmar que los soldados y los gendarmes nos rodean, no para protegernos contra los desheredados, sino para defendernos contra el enemigo exte-

rior; no podemos afirmar que sabemos que á los hombres les agrada morir de hambre, no teniendo derecho á ganar sus alimentos en la tierra en que viven, que les gusta trabajar bajo tierra, en una temperatura asfixiante, diez ó catorce horas al día, para fabricar los objetos precisos á nuestros placeres.

Imposible parece negar esta evidencia.

Se niega, sin embargo.

Hay, no obstante ello, algunos ricos, mujeres y jóvenes particularmente, que reconocen cuanto dije, mas, si existen estas personas sinceras, que ven su falta y no pueden enmendarla, casi todos los hombres de nuestra época entraron de tal modo en su papel de hipocresía, que atrevidamente niegan lo que parece imposible no ver.

«Todo eso es injusto,—dicen;—nadie obliga al pueblo á trabajar para el propietario ó fabricante. Es asunto de libre elección.

»La gran propiedad y los capitales son necesarios para la organización del trabajo de la clase obrera.

»Por otra parte, el trabajo en las fábricas no es tan terrible como le hacéis. Si ciertos abusos existen, el gobierno y la sociedad toman medidas para impedirlos y hacer que el trabajo del obrero sea más fácil, hasta agradable.

»La clase trabajadora está acostumbrada al trabajo físico, y es incapaz, por ahora, de hacer cosa distinta.

»En cuanto á la pobreza del pueblo, en manera ninguna resulta de la gran propiedad territorial ni de la concentración de capitales, sino de otras causas, como la ignorancia, el desorden, la embriaguez, etc., etc.

»Y nosotros, funcionarios, que obramos contra este empobrecimiento por medio de una buena administración;

nosotros, capitalistas, que nos oponemos por medio de la propaganda de invenciones útiles; nosotros, sacerdotes, que empleamos en contra la instrucción religiosa; nosotros, liberales, que nos oponemos por medio de la formación de asociaciones obreras y la vulgarización de la instrucción, todos nosotros aumentamos, gracias á esto, sin variar nuestra posición, el bienestar del pueblo. No queremos que todos sean pobres como los pobres; no queremos que todos sean ricos cual los ricos.

»En cuanto á la afirmación de que se violenta y se mata á los hombres para obligarles á trabajar en provecho de los ricos, no es más que un sofisma. El ejército no emplea su fuerza contra el pueblo sino cuando, sin comprender su interés, altera, al rebelarse, la tranquilidad necesaria al bienestar general. Por lo mismo es necesario mantener el castigo á los malhechores, para quienes tenemos las cárceles, los presidios... Nosotros mismos quisiéramos suprimirles, y prueba esto el que para ello trabajamos».

La hipocresía es en nuestra época mantenida de dos partes: por la *cuasi-religión* y por la *cuasi-ciencia*, y ha llegado á tomar tales proporciones que, si no viviéramos en el medio en que vivimos, no podríamos creer que los hombres pudiesen llegar á tal grado de aberración. Los hombres llegaron á un estado tan sorprendente, su corazón está de tal modo endurecido que miran y no ven, escuchan y no oyen ni comprenden.

Hace mucho tiempo que los hombres viven en contradicción con su conciencia. Si no hubiera hipocresía, no podrían vivir de modo semejante. Esta organización social, opuesta á su conciencia, no continúa existiendo sino por que la oculta la hipocresía.

Y cuanto mayor es la distancia entre la realidad y la conciencia de los hombres, más se extiende también la hipocresía; pero ésta tiene un límite, y me parece que llegamos á él.

Todo hombre de nuestra época, con la moral cristiana asimilada á su pesar, se encuentra absolutamente en la posición de un hombre dormido que, en sueños, se vé obligado á hacer lo que, ni aun en sueños, debe hacerse. Sabe esto, y, sin embargo, parece no poder cambiar de situación y cesar de obrar contrariamente á su conciencia.

Y, como esto ocurre en sueños, tornándose cada vez más dolorosa su situación, llega á dudar de la realidad de lo que se ve y hace un esfuerzo moral para desembarazarse de la obsesión que le posee.

Tal es la situación en que se halla el hombre de nuestro mundo cristiano. Siente que cuanto hace y cuanto se hace en torno de él es absurdo, infame, intolerable y contrario á su conciencia; siente que su situación se torna cada vez más dolorosa, que ha llegado á su paroxismo.

Y así como el hombre que sueña no vé que lo que vé es la realidad y quiere despertarse para volver á la vida verdadera, el hombre de nuestra época no puede creer interiormente que la situación terrible en que se halla y que empeora más cada vez sea real, y quiere despertar para volver á la vida verdadera.

Y, para despertar, el hombre no necesita llevar á cabo acciones de herosímo; basta con un esfuerzo moral.

Mas ¿puede el hombre hacer tal esfuerzo?

Según la teoría actual, precisa á la hipocresía, el hombre no es libre ni puede cambiar de vida.

«Y no es libre,—se dice,—porque todos sus actos son la

consecuencia de acciones antiguas. Y, haga el hombre lo que haga, sus actos siempre serán una causa á que obedece».

Tendría razón esta teoría si el hombre fuera un sér inconsciente, incapaz, reconocida la verdad, de elevarse á un grado moral superior. Mas, por el contrario, el hombre es un sér consciente que se eleva, sin parar un solo momento, hacia la verdad. Luego, aun cuando no fuera libre en sus actos, las causas en que consiste el reconocimiento de tal ó cual verdad, pueden ser dominadas por el hombre.

De manera que el hombre, no libre de ejecutar ciertos actos, es libre de trabajar para suprimir las causas.

Haga lo que haga el hombre consciente, obra de aquel modo y no de otro porque ó reconoce que está en la verdad, ó lo reconoció en otro tiempo y obra por costumbre.

El reconocimiento ó negación de cierta verdad depende, no de causas exteriores, sino de la conciencia misma del hombre.

De suerte que, á veces, en las condiciones exteriores más favorables al reconocimiento de la verdad, hay hombres que no la reconocen, y otros, por el contrario, que, en las condiciones más desfavorables, la reconocen sin motivos aparentes, como se lee en el Evangelio:

«Y nadie llegará á mí si hacia mi Padre no se dirige».

Es decir, que el reconocimiento de la verdad, que es la causa de todas las manifestaciones de la vida humana, no depende de los fenómenos exteriores, sino de algunas facultades interiores del hombre, que escapan á la observación.

He aquí el motivo por que el hombre que no es libre

en sus actos siéntese libre en lo que es causa de sus actos, en el reconocimiento ó negación de la verdad.

Así, el hombre que ha cumplido, bajo la influencia de la pasión, un acto contrario á la verdad de que tiene conciencia, queda igualmente libre de reconocerla ó no, es decir que, no reconociendo la verdad, puede considerar su acto como necesario y justificarle, y puede, si reconoce la verdad, considerarle como malo y lamentar haberle ejecutado.

No pretendo decir que el hombre es siempre libre de reconocer ó no reconocer toda verdad. Hay verdades reconocidas hace tiempo, que transmitieron la educación, las tradiciones, que entraron de tal modo en los hombres que ya se hicieron naturales, y hay verdades que se presentan mal definidas, vagas.

El hombre no es libre de reconocer las primeras, ni es libre de reconocer las segundas.

Pero hay una tercera categoría de verdades, que aun no pudieron tomarse por motivos irracionales de su acción, pero que le fueron ya reveladas con tal claridad, que no puede uno no tomar una decisión, y debe ó reconocerlos ó rechazarlos.

Respecto á estas verdades se manifiesta la libertad del hombre.

Todo sér se encuentra, durante su vida, frente á la verdad, en la posición del caminante que avanza á la débil luz que una invisible linterna proyecta ante él; no vé lo que la linterna no alumbrá aún; no vé el camino que andara, el cual queda envuelto en la obscuridad; mas, conforme anda, el camino le va siendo alumbrado, y siempre es libre de elegir uno ú otro lado de la senda.

Siempre quedan verdades invisibles, aun no reveladas á la mirada intelectual del hombre; hay otras verdades ya vividas, olvidadas y asimiladas por el hombre; y hay otras que surgen ante él en la claridad de su inteligencia y que no puede reconocer.

Y para el reconocimiento ó negación de estas verdades se manifiesta lo que llamamos libertad.

Toda la aparente dificultad de la cuestión de la libertad proviene de que los hombres que han de resolverla se representan al hombre inmóvil ante la verdad.

Cierto que el hombre no es libre si nos le representamos inmóvil, si olvidamos que la vida de la humanidad no es otra cosa que un incesante movimiento de la obscuridad hacia la luz, de la verdad inferior á la verdad superior, de la verdad más mezclada con el error á la verdad, más pura.

El hombre no sería libre si no reconociera ninguna verdad, ni sería libre ni tendría noción ninguna de la libertad si la verdad le fuera revelada en toda su pureza, sin mezcla de errores.

Pero el hombre no está inmóvil ante la verdad, y siempre, conforme avanza en la vida, la verdad le es cada vez más claramente revelada, y cada vez se verá más libre del error.

La libertad del hombre no consiste en su facultad de obrar independientemente de la marcha de la vida y de las causas que en ella influyen, sino en su poder, reconociendo y profesando la verdad que se le revelara, para tornarse libre y feliz artífice de la obra eterna cumplida por Dios ó por la humanidad, ó, cerrando los ojos á esta ver-

dad, para tornarse su esclavo y ser arrastrado penosamente hacia el lugar adonde no quiere ir.

La verdad nos abre la única senda que la humanidad puede seguir. Por esto los hombres, libres ó no, necesariamente han de seguir la senda de la verdad; unos por su propia iniciativa, y sometándose, á su pesar, á la ley de la vida, los demás.

La libertad del hombre está en esta elección.

Esta libertad, en límites estrechos, parece tan insignificante, que los hombres la distinguen con trabajo; unos, los deterministas, consideran esta partícula de libertad tan poca cosa que ni aun la reconocen por completo; otros, los defensores de la libertad completa, en presencia de su libertad imaginaria, desdeñan una libertad que tan incompleta les parece. Encerrada entre los límites de la absoluta ignorancia de la verdad y del reconocimiento de una parte de esta verdad, tal libertad es poco aparente, porque los hombres, que reconocen ó no la verdad revelada, obligados están á conformar á ella su vida.

El caballo enganchado con otros á un vehículo, no es libre de no marchar cuando los otros andan. Porque si no marcha, el vehículo le atropellará y se verá obligado á caminar. Mas, no obstante tan limitada libertad, libre es de dejarse arrollar por el vehículo.

En caso igual está el hombre,

Que esta libertad, comparada con la fantástica que deseamos, sea grande ó pequeña, la única es que existe realmente, y en ella está la dicha accesible al hombre. Y, además de procurar esta dicha, ella es el único medio para llegar al cumplimiento de la obra que persigue la humanidad.

Según la doctrina de Cristo, el hombre que vé el sentido de la vida en el dominio en que no es libre, en el dominio de los efectos, es decir, de los actos, no vive realmente.

Consagrando su vida á actos sensuales, el hombre cumple acciones que dependen de las causas temporales que se encuentran fuera de él. Nada hace por sí mismo, y á su parecer obra, pero, en realidad, todos sus actos los cumple bajo la influencia de una fuerza superior; no es el creador de la vida, es un esclavo. Estableciendo el móvil de su vida en el reconocimiento y la práctica de la verdad que le es revelada, identificándose con el manantial de la vida universal, cumple actos impersonales que dependen de las condiciones de espacio y tiempo, pero que no tienen causas, que constituyen las causas de todo el resto y que tienen un significado infinito que por nada es limitado.

«El reino de Dios se adquiere por medio del esfuerzo, y los que hagan este esfuerzo serán los únicos que á él lleguen».

Y de nosotros depende hacer tal esfuerzo.

Que cada uno de nosotros trate de comprender y de reconocer la verdad cristiana que, bajo las más variadas formas, nos rodea, nos oprime; que cesemos de mentir, aparentando no verla ó no quererla practicar, y veremos como algo se produce.

Que cesen todos los hombres de ser hipócritas y en seguida verán como la dura organización social que les liga, ofreciéndoseles como cosa indestructible, necesaria, sagrada, procedente de Dios, vacila súbitamente, dándonos á

entender que en la mentira y la hipocresía se basaba, que nosotros la sosteníamos.

Pero si así es, si cierto resulta que de nosotros depende la supresión del regimen actual, ¿tenemos derecho á hacerlo no sabiendo con qué reemplazarle? ¿Qué sería de la sociedad?

Claro es, para el más sencillo, para el más apegado á la tierra, que es loco permanecer bajo un tejado que amenaza ruina.

«Mas—piensa—¿qué sucederá si, saliendo de mi casa, me privo de sus ventajas y no se me construye una nueva ó bien se me edifica de otra manera y en ella no encuentro nada de aquello á que me hallo acostumbrado?»

Puesto que los materiales existen, puesto que los constructores existen, todo nos induce á creer que la casa nueva será edificada en mejores condiciones que la antigua.

A la vez es no sólo probable, sino cierto, que la vieja casa se derrumbará y sepultará bajo sus escombros á los que en ella permanezcan.

«¡Pero la ciencia, el arte, la civilización... Todo, absolutamente todo desaparecerá!»

¡Qué importa! Al fin éstas no son más que diversas manifestaciones de la verdad, puesto que el cambio que ha de hacerse tiene el objeto de aproximarnos á la verdad y realizarlo.

¿Cómo van á desaparecer las manifestaciones de la verdad, si se trata de realizarlas?

Serán otras, mejores y superiores, pero no desaparecerán. Lo que desaparecerá es lo que en ellas hubiere de

falso; lo que contuvieren de verdadero resplandecerá mucho más.

Volved en vosotros, hombres, y creed en el Evangelio, en la doctrina de la dicha, por que si no volvéis en vosotros, pereceréis, como perecieron los hombres muertos por Pilatos, como murieron los que aplastó la diosa Siloam, como perecieron millones y millones de hombres, como pereció neciamente el hombre que rodeara de muros sus granjas, contando vivir mucho tiempo y que murió la noche misma en que debía empezar á vivir la nueva vida.

Volved en vosotros, hombres y creed en el Evangelio,—dijo Cristo hace dieciocho siglos, y lo repite con más fuerza hoy, cuando la desgracia por él predicha llegó, hoy, cuando nuestra vida llegó al último grado de locura y de sufrimiento.

Después de tantos siglos de vanas tentativas para asegurar nuestra vida con ayuda de la organización pagana de la violencia, evidente debía parecer que todos los esfuerzos á ese fin encaminados no hacen otra cosa que acarrear nuevos peligros á la vida personal ó social, en lugar de tornarla más segura.

Hagamos lo que hagamos, censurable ó digno de encomio, dos condiciones inevitables que suprimen completamente el sentido de la vida, preséntanse ante nosotros:

1.º La muerte, que puede concluir con nosotros á cada instante.

2.º La fragilidad de todas nuestras obras, que desaparecen con demasiada rapidez sin dejar huellas.

Hagamos lo que hagamos,—todo ello pasará sin dejar rastro.

A causa de esto, por bien que nos lo ocultemos á noso-

tros mismos, no podemos ver que el sentido de nuestra vida no puede residir ni en nuestra existencia material, sometida á sufrimientos materiales y á la muerte, ni en ninguna institución sin organización social.

Tú, que estas líneas lees, piensa en tu situación y en tus deberes, pero no en tu situación de propietario, juez, sacerdote ó soldado que provisionalmente crearon los hombres, ni en los deberes imaginarios que esta situación te creara; piensa en tu situación verdadera, eterna, del sér que, por voluntad de Alguien, después de una eternidad de inexistencia, salió de la inconsciencia, y que á cada instante, por la misma voluntad, puede volver.

¿Haces lo que te pide El que te enviara al mundo y junto al cual volverás pronto?

¿Haces lo que te pide?

¿Lo haces cuando, propietario, fabricante, tomas de los pobres el producto de su trabajo, basando tu vida en esa expoliación, ó gobernador, juez, violentando á los hombres, condenándoles y haciéndoles ejecutar, ó militar, cuando, preparándote para la guerra, vas á ella, te entregas al pillaje y matas?

Dices que el mundo así está organizado, que todo es inevitable, que lo haces contra tu voluntad.

Lo cual es imposible.

Aun cuando se te dijera que ello es necesario para el mantenimiento del actual orden de cosas, y que este orden, con sus guerras y demás actos de violencia es necesario á la sociedad; que, si esta organización desapareciera, desgracias mayores resultarían, cosa que solamente lo dicen aquellos á quienes aprovecha tal organización, mientras que los que á causa de ella sufren,—piensan y dicen todo lo contrario. Y tú mismo, en tu fuero interno, sabes que eso no es cierto, que la organización actual es anticuada, y, de consiguiente, que nada te obliga á sostenerla, sacrificando tus humanos sentimientos.

Aun admitiendo que la organización fuera necesaria, ¿por qué es deber tuyo mantenerla pisoteando los mejores sentimientos? ¿Quién te hizo criado de esa organización que se contradice? Ni la sociedad, ni el Estado; nadie te lo pidió, á ti, que ocupas la posición de propietario, de comerciante, de soberano, de sacerdote ó de soldado, y sabes perfectamente que ocupas tal posición con el objeto desinteresado de mantener la organización necesaria á la dicha de los hombres; sabes que lo haces para satisfacer tu avaricia, tu vanidad, tu pereza.

Trata de no cometer actos crueles, pérfidos y viles que no cesas de ejecutar para mantenerte en tu posición, y al punto la perderás. Trata, jefe de Estado ó funcionario, de no mentir, de no tomar parte en las violencias y en las ejecuciones; sacerdote, de no engañar; militar, de no matar; propietario ó fabricante, de no defender tu propiedad por medio de la violencia, y al instante perderás la posición que pretendes se te impuso y que parece pesarte.

Imposible es que el hombre se halle, contra su voluntad, en una situación opuesta á su conciencia.

He aquí por qué, sabiendo que una posición repugna á tu corazón, á tu razón, á tu fe, y aun á la ciencia en que vives, es imposible no detenerse ante la cuestión de saber si, conservándola, tratando de justificarla, sobre todo, se hace lo que debíase ejecutar.

Podrías hacer la prueba si tuvieras tiempo de darte cuenta de tu falta y repararla, y si corrieras tanto peligro por algo que tuviese algún valor. Mas, cuando sabes de un modo cierto que puedes desaparecer á cada instante, sin la menor posibilidad, ni para ti ni para los otros, á quienes arrastras por tu falta, de repararla, cuando sabes también que, cuanto hagas en la organización material del mundo, desaparecerá tan pronto y tan ciertamente como tú mismo, sin dejar huella ninguna, evidente es que ninguna razón tienes para cargar con la responsabilidad de tan temible falta.

¡Esto sería tan claro y tan sencillo si nuestra hipocresía no obscureciera la verdad que nos es indiscutiblemente revelada!

Divide lo que tengas con los demás, no acumules riquezas, no seas orgulloso, no robes, no hagas sufrir, no hagas lo que no quisieras te hiciesen... Todo esto ha sido dicho, no hace mil ochocientos años, sino hace cinco mil, y no podría haber duda respecto á la verdad de esta ley si la hipocresía no existiera.

Pero tú dices que hay la lucha universal, que, para ella, no se ha de conformar el individuo con estas reglas: por el bienestar general se puede matar, violentar, robar. «Preferible es la muerte de un hombre á la de un pue-

blo», dices, como Caifás, y firmas la sentencia de muerte de un hombre, de otro, de otro; y cargas tu fusil para dispararle contra el hombre que debe perecer por la dicha general, y le encarcelas y le arrebatas cuanto posee.

Dices que ejecutas estas crueldades porque formas parte de la sociedad, del Estado, que tienes la obligación de servirles y, como propietario, juez, emperador, soldado, la de someterte á sus leyes.

Mas, si perteneces al Estado y esta posición te crea deberes, perteneces también á la vida eterna y á Dios, lo que también te impone deberes. Y, como tus deberes de familia y de sociedad están sometidos á los supersticiosos deberes del Estado, estos últimos necesariamente han de hallarse supeditados á los que te fueron dictados por la vida eterna y por Dios. Y, como sería insensato derribar los postes telegráficos para dar combustible á una familia ó á una sociedad y aumentar de esta suerte su bienestar, insensato es violentar, ejecutar, matar para aumentar el bienestar de la nación, porque, si en el primer caso se comprometen los intereses generales, en el segundo se hallan comprometidos los de la humanidad.

Tus deberes de ciudadano no pueden no ser subordinados á las obligaciones superiores de la vida eterna de Dios ni pueden contradecirles, como manifestaron hace dieciocho siglos, los discípulos del Cristo:

«Juzgad si es justo ante Dios obedeceros antes que á Dios» (1).

«Debe obedecerse á Dios antes que á los hombres» (2).
Se te afirma que, para que el orden de cosas no sea

(1) Actos de los Apóstoles, IV, 19.

(2) Actos de los Apóstoles, V, 29.

destruido, debes cometer violencias que destruirán el orden eterno é inmutable establecido por Dios ó por la razón.

¿Acaso es posible esto?

Por ello no puedes no reflexionar en tu posición de propietario, juez, emperador, soldado, inherente á la opresión á la violencia, á la mentira, al asesinato, y dejar de reconocer su ilegalidad.

No digo que, si eres propietario, debas abandonar inmediatamente tu tierra á los pobres; si capitalista ó industrial, tu dinero á los obreros; si funcionario, renunciar á las ventajas de tu situación; y, si soldado, negarte á obedecer.

Si tal haces, acto heroico ejecutarás. Pero puede ocurrir—es lo más probable—que no tengas fuerza para ello: cuentas con familia, con subordinados, con jefes, estás bajo una influencia tan poderosa que no puedes libertarte; mas puedes reconocer la verdad y no mentir. Y debes no engañar ni mentir á los demás, porque el único objeto de tu vida debe ser librarte de la mentira y profesar la verdad. Y te bastará hacer esto para que tu situación cambie al momento.

Solamente eres libre de cumplir una cosa: el reconocimiento y profesión de la verdad.

Y he aquí que por el solo hecho de que hombres tan extraviados, tan dignos de lástima como tú, te hicieron soldado, soberano, propietario, juez, sacerdote, general, te pones á cometer violencias completamente opuestas á tu razón, á tu corazón, á basar tu vida en la desgracia de otro, y, sobre todo, en lugar de cumplir el único deber de

tu vida, reconocer y profesar la verdad, finges no conocerla y te la ocultas á ti mismo y á los demás.

¡Y en qué condiciones lo haces! Tú, que á cada instante puedes morir, firmas sentencias de muerte, declaras la guerra, despojas á los obreros, vives lujosamente en medio de los pobres y enseñas á los hombres débiles que en ti tienen confianza que todo debe hacerse de tal modo, que en ello está la dicha de los hombres; y puede ocurrir que mueras, que pierdas la posibilidad de reparar el daño que causaste á los demás, y sobre todo el que te causaste, empleando inútilmente una existencia que te fué dada una sola vez en toda la eternidad, y sin saber llevar á cabo la única cosa que debías ejecutar.

Por trivial y anticuada que nos parezca, por turbados que estemos por la hipocresía y por la autosugestión que de ella resulta, nada puede destruir la certeza de esta verdad sencilla y clara: ningunas condiciones materiales pueden asegurar nuestra vida, que los sufrimientos materiales acompañan, y que, de consiguiente, no puede tener otro sentido que el constante cumplimiento de lo que nos pide la Potencia que nos puso en el mundo con sólo un guía seguro: la razón consciente.

He aquí por qué esta Potencia no puede pedirnos lo irracional é imposible: la organización de nuestra vida temporal material, de la vida de la sociedad ó del Estado. Esta Potencia nos pide lo solo razonable, cierto y posible: servir al reino de Dios, es decir, concurrir al establecimiento de la mayor unión entre los seres existentes,—unión sólo posible en la verdad,—y reconocer y profesar la verdad revelada, cosa que siempre se halla á nuestro alcance.

«Pero buscad primeramente el reino de Dios y su justicia; que lo demás os será dado por añadidura».

(San Mateo, VI, 33).

El único sentido de la vida es servir á la humanidad, contribuyendo al establecimiento del reino de Dios, cosa que no puede hacerse sino por medio del reconocimiento y la profesión de la verdad por todos los hombres.

«El reino de Dios no vendrá con resplandor, y no se dirá: Hele aquí, ó hele allá; porque el reino de Dios está entre vosotros».

(San Lucas, XVII, 20).

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Introducción.	5
Capítulo I.—La doctrina de la irresistencia al mal fué profesada por la minoría de los hombres desde el origen del cristianismo.	7
Capítulo II.—Opiniones de creyentes y librepensadores respecto á la irresistencia al mal por medio de la violencia	35
Capítulo III.—El cristianismo mal comprendido por los creyentes	53
Capítulo IV.—El cristianismo mal comprendido por los hombres de ciencia	83
Capítulo V.—Contradicción entre nuestra vida y la doctrina cristiana	109
Capítulo VI.—El servicio militar obligatorio.	127
Capítulo VII.—Aceptación inevitable por los hombres de nuestro mundo de la doctrina de la irresistencia al mal.	139

Capítulo VIII.—La aceptación de la concepción cristiana de la vida libra á los hombres de las desdichas de nuestra vida pagana.	155
Capítulo IX.—Inutilidad de la violencia gubernamental para suprimir el mal.—El progreso moral de la humanidad se cumple no solamente por medio del conocimiento de la verdad, sino que también se verifica por el prestigio de la opinión pública.	169
Capítulo X.—La concepción cristiana de la vida nace ya en nuestra sociedad y destruye infaliblemente la organización de nuestra vida basada en la violencia.—Cuándo llegará esto.	187
Conclusión.—Haced penitencia, porque el reino de Dios está próximo, está á la puerta.	197



Obras de Máximo Gorki

Entre los literatos modernos de mayor renombre, figura el joven Alejo Peschkov, que con el seudónimo de *Máximo Gorki* (1) ha publicado libros interesantes, hermosísimos, llenos de verdad y poesía, conocidos ya en todos los países de Europa.

El éxito alcanzado por LOS VAGABUNDOS, de los que se han publicado en Alemania, Italia y Francia numerosas ediciones, hizo que varios escritores españoles se apresuraran á traducir en nuestro idioma la obra de Peschkov. La primera versión publicada, que ha merecido los elogios del crítico de *El Imparcial*, señor Gómez de Baquero, es la de esta casa y lleva la firma de R. Devil.

Bajo el título de LOS VAGABUNDOS, hemos

(1) En ruso, Gorki significa «Desdichado».

reunido cuatro novelas cortas: *Malva*, *Tchelkache*, *Mi compañero*, y *Konovalov*.

He aquí algunas líneas del prefacio de este libro:

«Ha vivido (Gorki) entre vagabundos y ladrones; ha dormido arrullado por el ruido de las olas á orillas del mar, sobre la dura arena; ha cruzado la estepa; se acostó sin cenar, anduvo sin comer, llegó á una ciudad donde nadie le conocía, se durmió pensando en la estupidez y la maldad humanas; despertó desesperado y sintió, al recordar el conjunto de sus impresiones, una lástima inmensa y piadosa por los hombres en general que, sujetos á una ley inexorable, consumen su vida como todos los organismos inferiores, luchando entre sí con daño de todos, sin provecho definitivo para nadie, ya que la muerte no perdona al victorioso y venga al vencido.

Gran conocedor de los hombres, ha sabido crear figuras como Iliá, Paschka Gratchef, Artemio, la bella Tania, Tchelkache, Malva, Konovalov, y Charko, el benemérito haragán, que comprende y practica el robo y no puede aplicarse al trabajo, no porque la voluntad le falte, sino porque algún defecto cerebral se lo impide.

Las descripciones de Gorki, sencillas, sobrias, elocuentes, tienen una fuerza avasalladora. No son una fotografía del aspecto exterior, sino de su naturaleza íntima expresada con palabras precisas,

llenas de color, rebosantes de análisis, que dan la sensación misma que produce la contemplación del mar, la vida de los bosques, la caminata á través de la estepa.

Habla Gorki de lo que ha visto; analiza lo que conoce; no comenta, no impone su juicio al juicio ajeno. «Esto he visto y esto escribo», declara. Pelletán decía en una de sus obras: *J'ai mis la main sur le cœur de la France, je l'ai senti battre et j'ai écrit ce livre.* Y el libro era bueno. Los de Gorki son mejores. Es que Pelletán habla de los franceses y Gorki de los hombres.»

Más notable, si cabe, es aún la colección que hemos publicado, á la vez que LOS TRES, con el título EN LA ESTEPA, y que además del episodio del mismo nombre, contiene originales y brillantes narraciones, fruto del ingenio creador de un inimitable artista, que en este libro prodiga pensamientos nuevos é imágenes de incomparable belleza.

Al mismo tiempo que esos libros, damos á la estampa otros que ofrecen el mismo interés, tales como CAÍN Y ARTEMIO, LOS DEGENERADOS, TOMAS GORDEIEFF y ANGUSTIA, que es la última producción del gran novelista ruso.

En LOS DEGENERADOS (*Los exhombres*), Gorki estudia con minuciosa atención y escribe de un modo admirable la vida de esos seres que, colocados por la suerte, el nacimiento ó el propio mérito

en alto lugar, han caído en la desgracia y la pobreza. CAÍN Y ARTEMIO y los demás relatos de la colección tienen un relieve extraordinario, naturalidad y color asombrosos, poética grandeza.

Por lo que hace á la novela TOMAS GORDEIEFF, se la ha juzgado, con razón, como una de las obras maestras de la literatura contemporánea. Nada más humano que el carácter de *Gordeieff*, singular personaje que en las últimas páginas del libro brilla con luz fulgurante, á semejanza de esas estrellas que, desde el cielo de la estepa, miran pensativas al viejo narrador Makar Tchudra.

Cada una de estas obras forma un volumen igual al presente y se vende al precio de costumbre.



